

## Capítulo V LA PAZ Y LA POLITICA

### 1. EL MITO AMERICANO DE LA GUERRA.

Desearíamos agregar a lo expuesto en los capítulos anteriores algunas observaciones críticas. Es exacto que el concepto americano de la guerra está en vías de transformarse en una doctrina indiscutible, por no decir un lugar común, en los ejércitos del mundo occidental. Pero esto no es una razón para finalmente resignarse a aceptarla.

En la base de la Doctrina de la Seguridad Nacional hay un mito: el mito de la guerra, como una realidad humana fundamental, a la cual se reducen todas las otras.

En el mundo moderno, los mitos antiguos de la guerra han tomado una forma abstracta y filosófica en la obra de Hobbes. Ahora bien, la obra de Hobbes fascina al mundo militar actual: fascina a los generales latinoamericanos. El general argentino Benjamín Ratenbach, el principal ideólogo del Ejército argentino, lo dice hace veinte años: "Los militares se pliegan decididamente a la filosofía de Hobbes, que ve en el ser humano un individuo egoísta, resuelto siempre a luchar por sus intereses en perjuicio de los demás y dispuesto por tal motivo a entrar en conflicto con éstos." (1)

Y el general Golbery do Couto e Silva —el principal ideólogo de la Escuela Superior de Guerra brasileña— también se inspira en la oscura doctrina de Hobbes: "Se trata de que el incesante movimiento que domina de manera transparente toda la dialéctica de Hobbes, al igual que el avatar que estimula a los nuevos doctrinarios políticos, es este mismo gran miedo, el miedo cósmico, el que estuvo presente sobre la tierra cuando nació la Humanidad y su verdadera angustia existencial, el miedo paralizador y tenaz, el que surge

irresistiblemente de la eterna inseguridad del hombre".

"Sabemos que Hobbes nació prematuramente bajo el signo del miedo, cuando ocurrió esa epidemia histórica que sacudió Inglaterra entera, en el momento de la terrible noticia de que la Invencible Armada avanzaba y a la cual los cielos debían inmolar en holocausto al durable esplendor del **Rule Britannia**. Y ya viejo, respetado por todos, protegido por la Corte, verdadero monumento nacional, Hobbes quizás aún temblaba, y como siempre, se sentía amenazado por el espectro de la inseguridad que lo había perseguido toda la vida pero que, por otro lado, lo había sostenido en la admirable obra de construcción lógica de su sistematización monolítica de la política".

"Hoy la inseguridad del hombre es la misma, puede ser más grande aún... En realidad, se trata de la creciente y generalizada inseguridad en la cual se debate en agonía la Humanidad de hoy; es el opio envenenado que crea y nutre esas visiones horribles, capaces de llegar a ser una monstruosa realidad, etc." (2)

Se parte del mito de la inseguridad total en virtud de una guerra total y radical. Para los estados-mayores, no se trata aquí de un mito, sino más bien de una ciencia nueva, de la nueva ciencia política, descubierta en el seno de los organismos de seguridad de los Estados Unidos: el gran descubrimiento de los "hombres de la Seguridad Nacional".

Hoy, sin embargo, sabemos dónde desemboca tal ciencia. Sabemos dónde conducen los nuevos mitos de la guerra, defendidos por los "hombres de la Seguridad Nacional": en el Vietnam, en Watergate, en el Dops, en la DINA, en la AAA, en el CCC, y en la Villa Grimaldi.

Vale entonces la pena descomponer el mito en sus partes.

#### A. Estrategia y política.

En el concepto americano, las fronteras entre la guerra y la paz desaparecen: la guerra invade todo el espacio, tanto el de las relaciones inter-Estado como las relaciones intra-Estado. En estas condiciones lo esencial de la política desaparece o tiende a hacerlo.

Se asiste, entonces, a la inversión de la Fórmula de Clausewitz: la política se transforma en la prolongación de la guerra gracias a otros medios. Pero esta inversión se hace impunemente. Si la política es la prolongación de la guerra, se asimila a la guerra y debe ser conducida por la guerra; rápidamente, llegamos a la fase en la cual debe ser conducida por los generales. Finalmente, la política es absorbida por la guerra: ella pierde toda consistencia propia.

¿Cómo se llega a esto? Por dos caminos convergentes. Existe, por un lado, una cierta sociología de los "conflictos". El conflicto está presente en todas partes: está especialmente presente en las relaciones entre estados. La guerra es una especie de conflicto. Si no se le presta la debida atención a lo específico de la guerra en virtud de sus medios, se llega fácilmente a creer que guerra y conflicto son sinónimos.

Por otra parte, la noción de guerra total en la cual todos los recursos humanos y naturales pueden alimentarla, conduce a la idea de que la guerra penetra todo el contexto de la existencia y todo lo substancial de la humanidad.

Ahora bien, sea como fuere, la agravación de las guerras a través del siglo XX, no es verdad que la guerra sea lo substancial de la humanidad. La guerra sigue siendo un estado excepcional, y es imposible tratarla como un estado normal, o de concebir, de hoy en adelante, la existencia en función de una perpetua guerra. Es

falso que la guerra sea la realidad humana fundamental, y es falso asimismo que no se pueda hacer nada para hacerla retroceder. Es falso que sea necesario adaptar la política a un estado de guerra permanente, como en este momento se la concibe en las dictaduras militares latinoamericanas.

La asimilación de la política a la guerra se traduce particularmente por el concepto de estrategia general (o total o global). Un concepto como éste se ha transformado en la base de la doctrina estratégica en los Estados Unidos. Fue defendido en Francia por el general Beaufre. Las razones invocadas para justificarlo muestran, en efecto, que las aprensiones que suscita su uso no son inútiles.

A primera vista se puede encontrar que, siendo el lenguaje un asunto de convención, se puede indistintamente usar tanto la expresión de estrategia general como la de política general para designar la coordinación de todas las actividades del Estado. (3) Pero la experiencia nos muestra que lo que se nos quiere introducir con el concepto de estrategia general es la disolución de las fronteras entre actividades militares y no militares, entre paz y guerra, en virtud de la suposición de que permanentemente estamos en un cierto estado de guerra.

El general Beaufre justifica la adopción de la estrategia general diciendo que los comunistas proceden de igual forma, y asimilan guerra y paz en un solo estado de guerra permanente; así, entonces, Occidente se pondría en estado de inferioridad si no se alineara junto a su adversario. Ahora bien, esta razón es falsa. La doctrina soviética oficial siempre ha mantenido la distinción clásica: sigue fiel a Clausewitz, y los americanos son los que se alejaron de la doctrina clásica. (4)

El uso de los conceptos no es inocente: es en el nombre del estado

de guerra permanente que se construye en América del Sur, tanto el Estado como toda la sociedad, en función del estado de guerra. Se pone a la nación en un permanente pie de guerra: la sociedad es transformada en un inmenso ejército movilizad: y movilizad con miras a una guerra fantasma, con miras a un mito.

Pero veamos los componentes que entran en la formación de esta idea de guerra total y permanente, para que así aparezcan las diversas facetas del mito.

#### **B. El mito de la guerra generalizada y absoluta.**

Se mostró más arriba que la guerra generalizada de los Estados mayores americanos era una resultante hecha de la idea de guerra por todos los medios y de guerra absoluta para la supervivencia. Ahora bien, estas dos ideas representan conceptos límites, pero en ningún caso realidades históricas.

En las guerras actuales los protagonistas jamás usan todos los medios que tienen al alcance; no lo hacen por razones políticas, porque la guerra que están haciendo no es jamás su única preocupación.

Ahora, en cuanto a la guerra por la supervivencia, ésta es un mito. Lo que está en juego no es nunca la supervivencia física: más bien el porvenir, quizás la supervivencia de ciertas instituciones, ciertas ideologías, ciertos sistemas sociales o económicos. Tales fines no son jamás bienes absolutos. Ninguna guerra se transforma en bien absoluto, cuando hace desaparecer todos los demás bienes, todas las demás aspiraciones o preocupaciones. La guerra es uno de los medios, una de las opciones posibles de la política. En realidad, nunca es una obligación absoluta.

Ahora bien, lo que se quiere obtener mediante el concepto de guerra absoluta es la sumisión absoluta, total, incondicional de los ciudadanos al Estado comprometido en una guerra de este tipo. El espectro de la guerra generalizada tiene como fin despertar un sentimiento de inseguridad radical, de la cual se espera que brotará una sumisión igualmente total.

A tales pretensiones hay que oponer la afirmación de la sabiduría tradicional: que toda guerra es un medio de la política, una vía al lado de otras vías posibles; que toda guerra está limitada y determinada por fines políticos. Por consiguiente, toda guerra, por muy generalizada que se quiera describirla, está siempre subordinada a una deliberación, a una elección y a un compromiso limitado. No se trata, y no se puede tratar, de la lucha a muerte de un animal que pelea para no ser comido. La guerra no puede escapar a un juicio político.

Por otra parte, es por eso que Clausewitz estimaba que era dañino que la guerra fuese dirigida por generales. No basta que la política le fije sus metas: es necesario que ésta la dirija en todas sus fases de la estrategia. Pero los americanos y los sudamericanos prefirieron la tesis Ludendorff, según la cual el Comandante en Jefe no sólo debe de ser el jefe absoluto de la guerra, sino también de la nación entera.

### C. El mito de la guerra fría.

El concepto de guerra fría no deja cabida a lo que distingue la paz y la guerra. Sirve para aplicar a la situación actual todas las consecuencias de un estado de guerra.

La guerra fría recibió todos los atributos de la guerra generalizada. Los militares americanos y sus alumnos aceptaron reconocer convencionalmente que la guerra fría

es una guerra total que recurre virtualmente a todos los medios, una guerra que abarca la totalidad de la vida individual y social, y una guerra absoluta en la cual está implicada la supervivencia. La idea de guerra de los generales latinoamericanos corresponde exactamente a esta definición. Se sienten implicados en una guerra análoga contra el "comunismo internacional".

Ahora bien, la guerra fría no ha existido jamás: es un concepto falso que expresa falsamente una coyuntura internacional.

Su origen se le atribuye a Rusia: habría sido impuesta en Occidente por el comunismo. Se supone que la Unión Soviética estaría totalmente comprometida en una empresa de conquistar el mundo por todos los medios, sólo evitando el riesgo de la guerra atómica. Ahora bien, esto en ningún momento fue cierto. Seguramente existen planes soviéticos de expansión: también existen acciones soviéticas en algún lugar del mundo que pueden depender de una forma de imperialismo. Pero interpretar la política exterior de la Unión Soviética a partir del concepto de guerra fría es una farsa: la farsa del general Pinochet, quien cree que impidió la conquista de Chile por Rusia.

Referente a los Estados Unidos, sería igual de vano que para la Unión Soviética, explicar su política exterior durante los últimos treinta años por el concepto de guerra fría. Entre los dos Grandes hay una rivalidad y antagonismo que se expresan de diversas maneras. También existen acuerdos implícitos o explícitos, convenciones tácitas, formas de colaboración. Existen puntos de roce y zonas neutras, terrenos de competencia y terrenos de acuerdo. Ni el uno ni el otro controla totalmente el campo de expansión que ellos consideran como su espacio vital. Ni el uno ni el otro forman voluntades

unánimes, rígidas: tanto en Estados Unidos como en Rusia la política exterior da lugar a debates entre intereses divergentes, y puede variar. En resumen, hay aquí un complicado juego político en el cual intervienen acciones de guerra de vez en cuando, pero para el cual la uniformidad de un concepto como este de guerra fría no conviene en ningún caso. De ningún modo se pueden imaginar sus relaciones como una rivalidad total e implacable, donde cada uno se lanza con todo su peso porque se trata de su supervivencia.

Referente a los países del Tercer Mundo, la noción de guerra fría es aún mucho menos representativa de su situación. Para aclarar el asunto, se trata de que la guerra fría sirve esencialmente a las Grandes Potencias como medio para impedir que los Estados débiles se atribuyan una política exterior propia, y para que acepten someterse al programa trazado por la potencia dominante. La noción de guerra fría corresponde para ellos a una simple alienación. Una alienación así sirve únicamente los intereses de las clases sociales cuyos privilegios están ligados a la mantención de la situación de dominio.

No sólo la guerra fría no existe, sino que no puede existir. Seguramente, en el curso de las últimas décadas la guerra ya no se declara. Comienza sin previo aviso. Pero esto no significa que no hay diferencia entre el estado de guerra y el estado de paz. Cuando los Estados en presencia recurren a las armas para saldar sus diferencias, existe estado de guerra. Por el contrario, existen extensos períodos a lo largo de los cuales, por los motivos más diversos, los Estados deciden no recurrir a las armas. Pueden vivir en estado de conflicto, pero tratando de hacer prevalecer su voluntad por otros medios: presiones políticas o económicas, propaganda cultural, amenazas, etc. Entre estos medios de presión y la guerra hay una diferencia

radical. Sin esto no cabría a la guerra otra alternativa sino una paz paradisiaca. Pero ya que la paz del paraíso no existe sobre la Tierra no se puede decidir, como se hace en las Academias de Seguridad Nacional, que se está en estado de guerra. (5) Llamar guerra o violencia a todos los estados de conflictos y a todos los medios de presión no ayuda a esclarecer los problemas; al contrario, tiende siempre a generalizar el uso de la violencia y a hacerla aceptar como normal.

#### D. El mito de la guerra revolucionaria.

En América Latina, el mito de la guerra total y absoluta por la supervivencia, se aplica a la guerra revolucionaria. La guerra revolucionaria es considerada como dirigida por Moscú. Se supone que es una guerra de aniquilamiento de todos los valores nacionales y humanos.

Ahora bien, en primer lugar, omitiendo la ideología de la Seguridad Nacional, nadie cree en una guerra revolucionaria mundial, cuyos hilos manejaría Moscú. Si existe un hecho constante en el transcurso de los últimos cuarenta años, es que el Partido Comunista de la Unión Soviética y todos los partidos comunistas que reconocen su subordinación a ésta, no sólo no han organizado movimiento violento alguno, sino que se han opuesto sistemáticamente a ello. Moscú se opuso a las empresas de Cuba en América Latina (contrariamente a su política en Africa), y logró impedir que Fidel Castro siguiera sosteniendo los movimientos de guerrillas latinoamericanas. Esto no le quita la debida importancia a las guerrillas y al terrorismo, pero impide que se piense en una amplia conspiración mundial. (6)

Luego, si es verdad que hubo algunas guerras revolucionarias en el siglo XX —la guerra del Ejército Rojo contra el

Ejército Blanco en Rusia, la guerra de Mao Tse-tung contra el Kuo-Min-tang es falso. que el concepto de guerra revolucionaria se aplique a todas las acciones violentas de todo el mundo. En el continente americano jamás ha habido una guerra revolucionaria. En vez de buscar la explicación de estos fenómenos mediante la aplicación de un concepto vago, que no aclara nada, sería conveniente tratar de entender lo que pasa partiendo de los hechos y de la historia, como trataron de hacerlo los militares peruanos.

En el nombre de este concepto de guerra revolucionaria, los oficiales latinoamericanos se obligan a mantener sus países bajo la amenaza y bajo el control de toda la máquina contrarrevolucionaria preparada por el Ejército francés en Argelia y por los americanos en Vietnam. Mientras exista la más leve oposición, la más débil crítica a la dictadura, lanzarán sobre el pueblo todo el peso de esta máquina infernal. (7)

#### **E. La mistificación de la Inteligencia.**

El mito de la guerra revolucionaria alcanza su más alto efecto en cuanto a mistificación en la acción de los Servicios de Inteligencia.

Los Estados de Seguridad Nacional montan un servicio de policía secreta, organizada para una verdadera guerra revolucionaria. Una vez organizado el Servicio, hay que hacerlo funcionar: hay que, por lo tanto, partir en busca de ese célebre comunismo internacional. Ya que desgraciadamente la realidad escasea, será necesario encontrarle innumerables sustitutos: en la más mínima reunión de obreros, el más ínfimo reclamo de un trabajador, la crítica a cualquiera institución, nos encontramos en presencia del comunismo internacional. Los enemigos, en estos últimos tiempos son todos aquellos que invocan los derechos humanos. Estos se han transformado

en un sinónimo de comunismo. (8) Los Servicios de Inteligencia mantienen todos los procedimientos proporcionados por los manuales de guerra contrarrevolucionaria franceses y americanos. Todo lo hacen como si fuese en serio: secretos arrestos nocturnos; detenciones en lugares secretos; búsqueda de datos e informaciones inexistentes, por todos los sistemas habituales: tortura, detectores de mentira, hipnosis, etc. Toda una maquinaria totalmente desproporcionada frente a las amenazas reales. (9)

Dado que los Servicios Secretos se sitúan en el centro del Estado y que el Presidente se apoya antes que todo en ellos, sucede que la mistificación acciona todo el juego. Se trata de la paranoia, elegida como método para gobernar.

Si una mistificación como ésta no fuera cruel, sería ridícula. Sirve para encubrir la mantención del statu quo social, y para reprimir cualquier veleidad de cambio. A decir verdad, sirve para hacer callar todas las voces que protestarían contra la explotación y la miseria. Después de todo, los Servicios de Inteligencia son los auxiliares de los privilegiados.

El mito de la guerra no es en ningún caso un simple error intelectual: es útil. El acuerdo entre las diferentes burguesías privilegiadas y el Estado de Seguridad Nacional deja en claro qué papel juega el mito en la guerra. Y es por esto que no será fácil desarraigarlo. Si la guerra fría y todas sus secuelas, en un plano académico, pudieran ser superadas, en un plano de realidad histórica, su utilidad es siempre un hecho.

## 2. RECONSTRUIR LA POLÍTICA.

### A. Política y paz.

La Doctrina de la Seguridad Nacional destruyó la política y la reemplazó por un Estado de guerra y por la movilización general permanente. En Estados débiles o poco estables como los países en vías de desarrollo, una doctrina como ésta hace estragos; destruye el paciente trabajo de décadas dedicado a socializar, concientizar y organizar una nación. El reino del miedo, regido por el Estado de Seguridad Nacional y sus Servicios de Inteligencia, arrasa con el pasado. Hay que reconstruir la política.

Hasta el siglo XX, el Estado siempre vio su poder limitado por la falta de medios. La lentitud de las comunicaciones y recolección de informaciones, el reducido efecto de los armamentos disponibles constituían serias limitaciones. Era difícil que la policía estuviese siempre informada de todo y dispuesta a intervenir eficazmente en cualquier momento.

Las técnicas del siglo XX aumentan el poder del Estado casi ilimitadamente. Aquí sería peligroso tratar de definir a través del monopolio de la violencia, la función o el sentido del Estado. Que el Estado disponga de una violencia cuasi ilimitada, esto no plantea un nuevo problema. En otros tiempos, durante siglos, el problema político consistió en acumular sobre el Estado un cierto poder, aplicado eficazmente sobre la nación con miras a realizar su unificación.

El problema actual es que el Estado es ya casi capaz de un control total. La Doctrina de la Seguridad Nacional lo exhorta a poner a la nación en pie de guerra. No cabe duda que ningún Estado está en condiciones de hacer la guerra permanentemente a otras naciones: necesita, por lo tanto, reservar especialmente algunos lapsos

de paz. Pero está ya capacitado para hacer en cierto modo una guerra permanente contra sus propios habitantes.

En otros tiempos, por lo menos la paz era la consecuencia de los límites materiales que surgían frente a la posibilidad de una guerra total. Actualmente esos límites tienden a desaparecer. La paz ya no es simplemente la ausencia de la guerra, un reposo entre dos guerras, un necesario paréntesis. La paz debe ser deseada por lo que ella significa. Ya que ahora ha llegado a ser posible el no desearla, y es precisamente este juego el que juegan los aprendices de brujos de las dictaduras latinoamericanas.

La paz es la consecuencia de la renuncia a los medios violentos, es decir, al uso de armas que matan. La paz, al igual que la guerra, se define a partir de los medios; de la violencia o de la no-violencia.

La paz consiste entonces en buscar medios para resolver los conflictos que no incluyen recurrir a las armas. Ella no puede suprimir los conflictos, las rivalidades, los odios, la dominación, la injusticia. La paz consiste en afrontar esos conflictos sin recurrir a las armas, sin matar. La política consiste justamente en buscar la paz, recurriendo a la guerra sólo en casos absolutamente extremos, y después de haber agotado todos los otros medios. Así es la doctrina clásica.

La Doctrina de la Seguridad Nacional tiende a absorber la política interior dentro de la política exterior, en la medida en que los conflictos internos no sean considerados sino como únicamente la consecuencia de la acción del enemigo exterior. Ya que todos los conflictos internos son creados o manipulados por el "comunismo internacional", la estrategia de seguridad interna

es sólo un aspecto de la estrategia de Seguridad Nacional.

Por el contrario, la política nacional comienza a partir de la distinción, clara y radical, entre la política interior y la exterior.

Efectivamente, en cuanto a política exterior se refiere, la búsqueda de medios pacíficos a través de la diplomacia será siempre aleatoria: el recurrir a la fuerza de las armas es una posibilidad, un caso extremo que no puede ser excluido, mientras no exista una organización supranacional capaz de hacer valer su autoridad, y capaz de desarmar las naciones y los Estados. De ahí el papel de las Fuerzas Armadas: están preparadas para usar sin restricción todas las armas existentes, ya que no es, en última instancia, imposible que deban emplearlas todas. Pero si recurrir a las armas es un caso extremo, existe un lugar para una paz posible, donde las rivalidades entre naciones estén contenidas dentro de ciertos límites y no utilicen todos los medios.

En cuanto a política interior se refiere, la perspectiva es diferente. En efecto, lo que caracteriza es el monopolio de la violencia en manos del Estado:

El monopolio de las armas crea una situación dramáticamente ambigua. Puede tener éste dos sentidos exactamente opuestos. Gracias al monopolio de las armas el Estado está en condiciones de imponer a los ciudadanos el orden absoluto: puede suprimir todos los conflictos internos posibles previniendo todas sus formas de expresión. Este es el sentido impuesto por la Doctrina de la Seguridad Nacional. La fórmula es la siguiente: que no exista conflicto interior para que así la nación entera pueda dedicarse a la guerra exterior. Más aún, todo conflicto interno es una expresión del enemigo externo. Entonces, todo el peso de las armas debe recaer sobre

cualquiera manifestación de no conformismo. El Estado se sirve del monopolio de las armas para hacer una guerra permanente a sus propios ciudadanos, sospechosos de ser cómplices del enemigo.

Pero el monopolio de las armas puede tener otro sentido, y es aquí cuando da lugar a la política interior. Ya que los ciudadanos están desarmados, el Estado puede tolerar que se manifiesten los conflictos internos sin tener que preocuparse por su supervivencia. El monopolio de las armas le permite tolerar ampliamente que los diferentes intereses se manifiesten, que se expresen los conflictos buscando a la vez resolverlos por todos los medios, salvo la violencia.

La política consiste justamente en buscar y definir maneras pacíficas de resolver los conflictos. Una empresa como ésta supone naturalmente un amplio diálogo nacional, diálogo que puede ser violento verbal pero no físicamente. Esta empresa necesita que se organice una especie de tácita o explícita convención entre los ciudadanos, para aceptar un cierto número de reglas destinadas a resolver sus controversias. En condiciones como éstas, la lucha de clases acepta someterse a un cierto número de reglas.

Si contener la lucha de clases en los límites de un cierto número de reglas aceptadas por todos se transforma en algo imposible, el ejemplo de América Latina muestra lo que ocurre: la política está suprimida, y el Estado se sirve del monopolio de las armas para imponer el orden suprimiendo los conflictos. En una situación de esta envergadura, las clases pobres son generalmente las víctimas, mientras que normas jurídicas, por muy formales que puedan ser, les proporcionan después de todo algún poder. Cuando normas como éstas empiezan a ser totalmente vaciadas

de su substancia y cuando el Estado no es más que la expresión de la violencia de las clases privilegiadas, el pacto nacional se disuelve y la violencia pura aparece.

Dado que siempre los conflictos se pueden transformar en algo peligroso, y que individuos o grupos pueden intentar sustraerse del pacto nacional, el Estado mantiene una función de guardián del orden; se trata del conjunto de instituciones que se pueden agrupar bajo un nombre global: la función de la policía.

En la Doctrina de la Seguridad Nacional cualquier distinción entre el Ejército y la policía desaparece. De hecho el Ejército asume cada vez más misiones de policía: es el mismo enemigo, tanto al interior como al exterior. Y la policía cada día se parece más a un Ejército: mismo equipamiento, igual entrenamiento, mismo método. Es el Ejército del Estado contra el pueblo.

Por el contrario, la policía consiste en subrayar la distinción entre las Fuerzas Armadas y las fuerzas de la policía. Partiendo del hecho que los ciudadanos están desarmados, la policía debe recibir el mínimo de armas posible; para así no ser tratada como el enemigo del Estado.

En todo caso en la medida en la cual se puede concebir que el Estado está al servicio de la nación y que no es su enemigo.

#### B. Política, Estado, Nación.

En el sistema de Seguridad Nacional, el Estado se identifica con la nación, de la cual pretende ser la encarnación. Pero se trata aquí de la nación como ente abstracto hecho de poderes distintos y sometidos a los Objetivos Nacionales. En cuanto a los individuos que constituyen el cuerpo concreto de la nación, cada uno de ellos es susceptible de haber sido infiltrado o contaminado por el comunismo

internacional; cada uno de ellos debe ser considerado como sospechoso mientras no haya dado prueba de lealtad; cada uno de ellos es un enemigo virtual del Estado o de la nación abstracta que el Estado encarna. Como "poder" cada individuo está absorbido por la nación y sometido al Estado; como "individuo" tiende siempre a afirmarse independientemente del Estado y debe ser considerado como un posible enemigo del Estado. La violencia es, en manos del Estado, un sistema de prevención más que de represión. (10)

¿Qué se necesita para que el Estado deje de ser el enemigo de los ciudadanos? Es necesario que acepte renunciar a invocar la violencia como medio para imponer su voluntad. La política comienza cuando el Estado deja de ser violento y entra en diálogo con los ciudadanos. Deja de ser violento cuando acepta someterse a reglas aceptadas por ambas partes, cuando acepta entrar en un sistema jurídico al igual que los ciudadanos y las asociaciones particulares. Por lo menos de una manera habitual, ya que en casos extremos puede recurrir a la violencia cuyo monopolio posee.

La política comienza cuando la vida nacional empieza a estar sometida a leyes que son la resultante de un diálogo entre el Estado y los ciudadanos y de una leal aceptación de normas comunes por ambas partes. La ley es la resultante de un debate entre el Estado y los ciudadanos. Las modalidades pueden variar, pero si no existe un diálogo abierto, no hay ley verdadera. Este es el sentido tradicional de lo que se llama democracia en Occidente.

El Estado democrático acepta soportar presiones de diversos sectores. Permite la oposición, venga de donde venga. Dado que estas presiones se hacen naturalmente notar en sentido inverso, el Estado democrático

asume una especie de función de arbitraje entre los partidos.

Pero no es jamás lisa y

llanamente la expresión de un partido

Es el compañero privilegiado

(por la fuerza) que se encuentra solo frente a todos los partidos.

Si se transforma en la expresión de un partido, está bastante cerca de caer

en la anarquía o en la tiranía,

o en un juego oscilatorio entre una y otra.

Cualquier Estado no es capaz de mantenerse frente a cualquier tipo de presiones o debates. Siempre le queda la fuerza de las armas para imponer su voluntad. Pero en la medida en que cree deber recurrir a la fuerza de las armas, se arriesga bastante a encontrarse en la posición de enemigo de la nación, hecho tan frecuente en este siglo.

### C. Política y moral.

Mientras más dictatorial y violento es un Estado, más trata a la nación como enemiga, más invoca sus pretensiones de moralidad, y su lenguaje es más moral, edificante, espiritual. Hasta el punto que cualquier discurso sobre moral en la boca de un Jefe de Estado suscita inmediatamente el miedo. En ese sentido, los discursos de los generales latinoamericanos han batido todos los récords. De creerles, sus dictaduras no tienen otra meta que la de reconstruir la moralidad de la nación.

Sin embargo, la moral humana está hecha de manera que se destruye cuando se la impone por la fuerza. Estando el Estado siempre en manos de personas particulares que poseen todos los defectos de todos los individuos de la especie humana, cuando su poder se torna absoluto, los vicios de los gobernantes corrompen toda la sociedad. Es cierto en todo caso que el poder absoluto corrompe ineludiblemente.

Hasta hoy el único remedio que se ha encontrado para limitar los efectos de la corrupción en el Estado, es impedir el secreto, y permitir la libre publicación de las informaciones. La diferencia entre la corrupción en una democracia y la corrupción en una sociedad de Seguridad Nacional, es que la primera es conocida y que la segunda es secreta. Pero las escasas informaciones que logran reunir acerca de los regímenes militares actuales en América Latina muestran que la corrupción alcanza en ellos dimensiones astronómicas, las que nunca se habrían podido imaginar bajo un régimen democrático.

La política está fundada en una clásica distinción entre la moralidad privada y la moralidad pública. Esto no quiere decir una distinción entre normas morales aplicables a la vida privada, y otras normas aplicables a la vida pública. La moral privada, en el correcto sentido de la expresión, es aquella que la persona se autoimpone y observa, en virtud de una elección personal. La moral pública es aquella que es impuesta por las leyes y sancionada por la fuerza del Estado.

La política es el arte de las transacciones de la tolerancia y el arte de lo posible. Transacción entre los bienes y los egoísmos particulares que buscan valerse de la ayuda del poder, transacción entre el bien común de la nación y los bienes particulares que ejercen presiones, transacción entre la virtud y el vicio. Todo sistema que pretende imponer el bien común a pesar de todas las resistencias, se transforma en opresión. Todas las dictaduras latinoamericanas invocan el bien común. Pero el bien común impuesto por la fuerza se transforma rápidamente en enemigo de la nación. El bien común vale como norma sólo en la medida en que sea reconocido y aceptado por la nación. La función del Estado es hacerlo reconocer en un amplio debate nacional. Pero también es la de aceptar una

transacción entre el bien común y todas las presiones que emanan de los bienes particulares. Sin un debate como éste, el bien común será rápidamente confiscado por grupos dominantes que lograrán hacer prevalecer secretamente sus voluntades gracias a los representantes del Estado. Se llega entonces a esta paradoja: los Estados militares que se dicen por encima de los partidos políticos y entregados al bien común, son aquellos que están más entregados al poder de intereses particulares extremadamente minoritarios: las dictaduras latinoamericanas actuales gobiernan de hecho para el beneficio del 1% de la población.

#### D. La formación de la nación en el Tercer Mundo.

El problema de la construcción de la nación ("Nation-Building") es abordado por todas las ideologías que se encargan del Tercer Mundo. Durante el curso de los años sesenta se produjo una especie de unanimidad que va de la derecha a la izquierda para afirmar que la construcción de la nación exige un Estado autoritario, es decir, una dictadura. De hecho, las dictaduras llegaron. Y es muy probable que el éxito de las teorías que previamente las justificaban no fuera ajeno con su advenimiento.

Ahora bien, ¿es acaso totalmente cierto que el Estado autoritario sea el mejor constructor de la nación? ¿Es acaso cierto que las masas son incapaces de ver dónde se encuentra su bien y su liberación y que son incapaces de aceptar los sacrificios que la construcción de la nación exige, si una obra como ésta las conduce de hecho a una liberación? ¿Serán necesariamente más incapaces que las élites que se pretenden los auténticos intérpretes de su porvenir?

Es exacto que a menudo el sistema democrático permaneció "formal" en

América Latina. Pero no lo fue porque toda democracia esté en sí inevitablemente condenada a permanecer formal en un país no europeo o americano del Norte. Lo fue porque las oligarquías reinantes jamás permitieron que el sistema fuese aplicado íntegramente. Argentina es el caso típico de un país en el cual la democracia fue sistemáticamente falseada por las oligarquías (aliadas a los poderes extranjeros, especialmente de Inglaterra). Otro caso es Brasil, donde los analfabetos jamás han recibido el derecho a voto, lo que elimina de un golpe la mitad más pobre del país.

Toda democracia constituyó siempre un proceso progresivo: comienza cuando el Estado admite en diálogos algunos grupos sociales. Crece cuando el círculo de los admitidos aumenta. Estaría teóricamente completa el día en que todas las clases sociales tuviesen igual acceso al debate nacional. Un caso así obviamente no se presentará jamás. Pero esto no quiere decir que los acercamientos, aunque imperfectos, no sean mejores que un Estado de Seguridad Nacional.

La experiencia no parece confirmar que un Estado autoritario pueda realizar durablemente el bien de toda la nación sin un debate en el cual las clases más pobres no sean aceptadas. Si las masas no reciben expresión política, será difícil que un Estado no se deje convencer por los grupos que están mejor, con el fin de ayudarlo a construir una "potencia nacional".

Para los países llamados en vías de desarrollo, les es, sin duda difícil conciliar los tres objetivos que necesitan perseguir al mismo tiempo: democracia, que es la participación de las masas; socialismo, que es la planificación, y especialización. Pero el problema no se resuelve suprimiendo lisa y llanamente uno de estos desafíos.

Por otro lado, la política no es posible si previamente no se superan los tres conceptos que forman el eje de la Doctrina de la Seguridad Nacional: Seguridad Nacional, Objetivos Nacionales y Poder Nacional. Es necesario hacer desaparecer estos tres conceptos si se quiere reemplazar la guerra por una política, y, al mismo tiempo subordinar la guerra a la política. Esto constituirá el tema de los siguientes párrafos.

### 3. LAS REDES DE LA SEGURIDAD NACIONAL.

Si existe algo que se manifiesta cada vez más claramente, es que la Seguridad Nacional no es un bien y que es el origen de los más grandes males. La inseguridad corresponde a la condición humana, y cualquier intento por asegurar la seguridad sólo hace que aumente la inseguridad. El concepto de Seguridad Nacional es la gran trampa en la cual cayeron los Estados latinoamericanos, y una vez que se ha caído en la trampa, es difícil salir.

#### A. La peligrosa fascinación de lo absoluto.

Los conceptos clásicos de Defensa Nacional y de Seguridad del Estado tendían a limitar el empleo de la violencia de las armas. En la Defensa, el Estado hace uso de sus armas, para responder a una agresión exterior: el uso de las armas está, al mismo tiempo, justificado y limitado por la necesidad de esta defensa. Lo mismo ocurre en el caso de la Seguridad del Estado; éste recurre a las armas de la policía para protegerse de las agresiones de individuos o grupos particulares.

Por el contrario, el concepto de Seguridad Nacional es totalmente

general: el Estado exige estar libre de cualquier tipo de presiones, en cualquier campo, para imponer su voluntad. Una seguridad como ésta tiende por sí misma a lo absoluto. Nunca es lo suficientemente completa, nunca está totalmente satisfecha. Su ideal es una especie de descanso absoluto, de ausencia total de movimiento, de manera que permita un control y una manipulación total de todos los factores.

Desde su punto de vista, la Seguridad Nacional hace ver la población nacional y los pueblos vecinos como un conjunto de amenazas. Constituyen peligros que deben ser contenidos. Como es difícil estar totalmente seguro de la lealtad de los ciudadanos o de la de los Estados vecinos, se tiende a aumentar el número de enemigos. Todos aquellos que no pueden demostrar positivamente que son amigos, son enemigos posibles. Aunque no cometan agresiones, pueden hacerlo. La Seguridad Nacional debe tomar en cuenta igualmente las posibilidades aún más que los hechos concretos.

Además, el concepto de Seguridad Nacional unifica y reduce a un mismo criterio todas las formas de amenazas. Todo acto sospechoso de un país vecino, todo acto de inconformismo de un ciudadano visto a la luz de la Seguridad Nacional contiene ya el germen de la destrucción de la nación. En los delitos menores, la semilla del mal absoluto está ya presente: la supervivencia del Estado está ya en juego y es invocada para reprimir al malhechor. Una vez adoptada la seguridad como criterio, ésta tiende a aumentar la gravedad de cualquier amenaza.

Resumiendo, por todos lados la Seguridad Nacional tiende a lo absoluto. Y los Estados basados en este concepto tienden a hacer un uso absoluto de la violencia. Multiplican el número de enemigos. Porque la

Seguridad Nacional es insaciable. Cada vez descubre que tiene más enemigos. Con éstos se autodestruye. Ya que comportándose como enemiga de los ciudadanos, multiplica de hecho los individuos que se tornan hostiles hacia el Estado. Este reacciona multiplicando la represión. La represión aumenta la desconfianza de la población. Esta aumenta la desconfianza del Estado y entramos en un círculo sin fin. El Estado que adopta la Seguridad Nacional como objetivo alcanza finalmente una situación de inseguridad radical. Esta es la situación en la que viven los gobiernos militares latinoamericanos. La Seguridad Nacional, en la medida en que es perseguida sistemáticamente, engendra la inseguridad absoluta del Estado. Este ya no sabe con quién puede contar.

Lo mismo ocurre en el exterior. El caso de Chile ilustra, claramente, el procedimiento. El Estado chileno sospechó y denunció durante tres años, bajo todas las presiones internacionales, amenazas y agresiones. Vio y denunció por todos lados manifestaciones de comunismo internacional. El que no es amigo es enemigo. El que no está conmigo está con el comunismo internacional. El resultado de esta política o estrategia, típica de un Estado de Seguridad Nacional, es el completo aislamiento diplomático de Chile, y la más grande inseguridad que el país haya conocido a través de su historia en el plano internacional.

Por el momento sólo tiene como aliado a Paraguay y Uruguay, los que están en las mismas condiciones y que en caso de conflicto, no le serán una gran ayuda.

### **B. Seguridad y violencia.**

Hemos visto más arriba cómo la Seguridad Nacional reunió en una sola estrategia total la diplomacia y la guerra. Hizo en todo caso

desaparecer la frontera entre la diplomacia y la violencia, entre el recurso a las armas y el recurso a los medios no violentos. Igual procedimiento en cuanto a mantención del orden interior se refiere: todos los medios son buenos. La seguridad no tiene problemas en cuanto a los medios.

Además, suprime las fronteras entre la prevención y la represión. Acude al uso indiscriminado de la violencia tanto para prevenir posibles agresiones, como para la represión de los delitos. Y en un Estado de Seguridad Nacional que multiplica al infinito la sospecha, la prevención no tiene límites. Hemos mostrado hasta dónde se extienden los poderes del Presidente y de los Servicios Secretos en las legislaciones de los Estados sudamericanos y cómo ya nada retiene la violencia ejercida por el Estado.

Por consiguiente, la Seguridad Nacional engendra automáticamente la inseguridad de los ciudadanos. Se puede afirmar que seguridad nacional y seguridad individual una y otra son inversamente proporcionales. En el Brasil, una reciente encuesta efectuada en Sao Paulo mostró que un 70% de la población vive en el miedo de ser arrestada y encarcelada sin saber por qué. Si se hiciese una encuesta similar en Chile seguramente se llegaría a un número más elevado aún.

El retorno a la política implica el volver al concepto tradicional de Defensa Nacional y a la distinción entre la diplomacia y la defensa militar. Implica un orden jurídico en el cual las medidas de represión están limitadas a los delitos y donde la represión preventiva está reservada a algunas circunstancias absolutamente excepcionales y no sin rodearlas de garantías.

Resumiendo, la seguridad de los ciudadanos exige que el Estado acepte

una cierta condición de inseguridad. La seguridad individual no carece de riesgos. En la medida en que se quiere eliminar los riesgos, se crea una inseguridad intolerable.

Los ideólogos de la Seguridad Nacional juegan demasiado imprudentemente con una especie de metafísica de la seguridad a la Hobbes, cuya crueldad se sabe por experiencia. El general Rattenbach escribe: "Tanto el sistema de Seguridad Nacional como las demás clases de seguridad que figuran dentro de ésta responden a la profunda necesidad humana de 'sentirse seguro', la cual en los últimos tiempos ha adquirido en ciertos lugares el carácter de una verdadera psicosis, al punto que algunos sociólogos creen que tiende a convertirse en uno de los valores de nuestra vida social, al igual que 'libertad', 'igualdad', 'justicia social' y 'democracia'". (11) Apreciaremos particularmente el humor de esta "psicosis" que se está transformando en un "valor" del mismo nivel que la libertad, la justicia o la democracia. El problema es precisamente que el sistema de Seguridad Nacional hace de una psicosis el valor fundamental de la vida social.

### C. Inseguridad y desarrollo.

La Doctrina de la Seguridad Nacional, siempre basada en las proposiciones del discurso de Montreal de Robert McNamara, uno estrechamente desarrollo y seguridad. Una unión así, sólo lleva a la formación de un complejo militar-industrial dependiente, cuyo único resultado es el advenimiento de una especie de potencia dependiente. El desarrollo de Estados subdesarrollados como éstos se parece a sus ejércitos, equipados con armas pasadas de moda, provenientes de los países desarrollados en virtud de la última guerra perdida por ellos, y en función de una guerra futura que no tendrá lugar:

se trata de un desarrollo desigual en el cual todos los sectores que pueden dar la imagen de la potencia son privilegiados y en el que las grandes masas son mantenidas en un estado de subalimentación, subcultura y subhumanidad. Un desarrollo como éste no constituye ningún riesgo para la seguridad.

Por el contrario, todo trabajo de construcción de una nación a partir de su población e implicando una promoción de las masas marginadas, crea inmediatamente riesgos enormes. Entrar en la vía de un auténtico desarrollo es entrar en la inseguridad. En primer lugar, existe la inseguridad en el plano internacional, ya que se trata de emanciparse del dominio de las grandes potencias mundiales y de que éstas poseen innumerables medios de presión para impedir un proceso como éste.

En segundo lugar, está la inseguridad en el plano interior. Efectivamente, en una sociedad donde los privilegios son exorbitantes, toda promoción de las masas supone terribles conflictos que pueden llegar hasta la exasperación. Los privilegiados se defienden violentamente: sus privilegios son tan antiguos, que les parecen que forman parte de la naturaleza de las cosas. Y las masas ceden bastante fácilmente frente al mesianismo por el hecho de que sus esperanzas han sido reprimidas durante tantas generaciones.

Sin duda el Estado debe contener la anarquía, pero sin aceptar considerables riesgos no podrá realizar jamás cambios sociales y políticos.

El culto de la seguridad sólo puede favorecer los privilegios y justificar el statu quo. Por el contrario, el desarrollo supone una conciencia nueva, un sentido del riesgo, una disposición para afrontar un período de inseguridad y de desorden. El que no quiere pagar este precio, se entrega a las oligarquías tradicionales.

Lógicamente, para instituciones que por naturaleza están ligadas a la estabilidad y el orden como el Ejército, también la Iglesia, la Universidad, para citar sólo las más importantes, un lenguaje tal es duro de aceptar. Si el Ejército está requerido por una ideología de seguridad, lista para intervenir apenas se produzcan los primeros conflictos sociales, paraliza cualquier cambio y se pone al servicio de los poderosos. Es por esto que una ideología como la de la Seguridad Nacional es exactamente lo contrario de lo que necesitarían las Fuerzas Armadas en países en vías de desarrollo. (12)

#### 4. LA UTOPIA DE LOS OBJETIVOS NACIONALES.

##### A. Las vicisitudes del Interés Nacional.

El concepto de Objetivos Nacionales recibió la herencia del Interés Nacional, concepto americano que hizo fortuna al comenzar la postguerra mundial de 1941-45. A menudo es todavía propuesto como sinónimo de los Objetivos. En este sentido está asociado a la Seguridad Nacional: se habla de política del Interés Nacional y de la Seguridad Nacional, o del Interés y del Desarrollo Nacional. Los argentinos también prefieren esta fórmula, (13) mientras que los brasileños prefieren los Objetivos. Este último concepto va más con el de Poder Nacional, y permite poner en valor el racional y riguroso esquema "medios-fines". En cuanto al contenido, no hay diferencia señalable.

El concepto de Interés Nacional es bastante difícil de definir. Recibe en cada época de la historia un significado nuevo en relación con el papel que se le pretende hacer jugar.

El interés dinástico; a ese título sirvió de arma contra la monarquía y para la

república. Antes que todo, tenía un sentido más bien negativo.

El Interés Nacional suponía que la nación tenía intereses diferentes que los de una familia privilegiada. Ocurría en aquel tiempo en que los reyes todavía confundían fácilmente la nación con sus propias posesiones, los recursos del Estado con sus rentas personales. Además, los reyes y príncipes embarcaban sus pueblos en aventuras de las cuales pensaban obtener bastantes honores, pero que costaban demasiado caras. Los súbditos del rey debían pagar la cuenta por el honor del rey. De esta manera, el interés del monarca podía ser de origen moral y espiritual; para los pueblos, su noción de interés tenía un contenido más económico. Era normal, ya que eran ellos los que pagaban.

Pero una vez habiendo desaparecidos los reyes —y sus poderes estrictamente reducidos a los límites constitucionales— se tornó muy difícil determinar el interés nacional. Positivamente, ¿qué contenía?

El concepto podría haber caducado. Pero fue retomado por los "neorrealistas" americanos de la escuela de H. Morgenthau. Para éstos también les fue bastante difícil de dar al interés nacional un contenido positivo. (14)

Pero sirvió en un sentido negativo. La tesis de los "neorrealistas" consiste en que los Estados Unidos, al igual que todas las naciones, jamás han tenido una política exterior desinteresada; su política, como la de todas las naciones, siempre ha sido egoísta: siempre han perseguido el interés nacional, y han hecho bien en hacerlo. Así tiene que ser. Cada nación debe buscar su interés nacional: el interés nacional es el egoísmo aplicada a la nación. En cuanto a saber cuál es el contenido real, Morgenthau, en persona, confiesa que es imposible saberlo, es decir, saber cuál es la suma de bienes reales que representa este interés nacional. ¿Cómo entonces sabe tan bien

que los Estados siempre buscan su interés? En realidad, generalmente, los autores llegan a una especie de tautología. Los Estados siempre buscan su interés. Entonces veamos lo que buscan: eso será su interés. He aquí un concepto que no nos aclara mucho el problema.

En realidad, el Interés Nacional es invocado por el Estado cuando pretende convencer a la nación de aceptar un gasto o un proyecto que a esta última no le gusta. Cuando los partidos o los grupos se oponen, el Estado invoca el interés nacional opuesto a los intereses particulares. Entonces, el interés nacional es la voluntad del Estado. Es el interés de la nación porque así lo decidió el Estado.

En la misma línea, el interés nacional sirve para negar o esconder los intereses de clases. Se acude al interés nacional para obligar a las clases a renunciar a defender sus intereses. Y simultáneamente para tratar de esconder el carácter de clase de las decisiones tomadas por el Estado. Mientras más un Estado se opone al interés de las mayorías, más invoca el Interés Nacional.

Resumiendo, parece que este concepto está destinado a usos polémicos o apoloéticos. Todavía no se consigue darle otro contenido. Y lo que acabamos de anotar a propósito del Interés Nacional, se aplica igualmente bien a los Objetivos Nacionales. Pero éstos provocan otras objeciones, las que trataremos ahora.

## B. Utopía y razón.

El concepto de Objetivos Nacionales siempre se presenta con el de Poder Nacional. Con él constituye un esquema "fin-es-medios". Para los que quieren hacer de este esquema el principio de una política, concebida por otro lado como una estrategia, la nación debe gobernarse como el mundo material: se trata de un conjunto de fuerzas que

pueden ser aplicadas con el fin de obtener ciertos efectos. Es por esto que el concepto de Objetivos Nacionales representa para ellos la racionalidad introducida en la conducción del Estado.

Por lo tanto, lo que importaría es concebir debidamente los Objetivos. Partiendo de los Objetivos se podría estudiar cuáles son los medios necesarios para obtenerlos, se podría movilizar para el efecto el Poder Nacional y aplicar correctamente los medios a los fines deseados. He aquí lo que sería una política racional. La racionalidad que así se propone es la de las empresas: mientras sólo se consideren los factores materiales listos para aplicación, un esquema de medios y de fines es perfectamente pensable y en cierta medida se impone. Por mucho que el Estado asuma el rol de empresario, puede y debe aceptar tales criterios. En esta medida se impone la planificación.

Pero la función del Estado no es primordialmente la de dirigir empresas. Su función es elegir, establecer opciones, prioridades, escalas de valores entre todas las empresas posibles y existentes. ¿La racionalidad de los fines y medios es acaso aplicable en este nivel, que es el nivel propio del Estado? No lo es. No es posible, en primer lugar, porque no es posible definir los objetivos fuera del proceso político en sí. La experiencia de los medios es la que permite ver los resultados que éstos producen. Es imposible saber de antemano cuáles son los medios que producirán tales resultados: se puede saberlo en una empresa privada, pero no cuando se trata de un sistema tan complejo como una nación.

En primer lugar, un gobierno recibe una nación en un determinado estado. Se trata de la herencia del pasado, un pasado que nadie conoce perfectamente. Es imposible saber exactamente cuáles fueron en el pasado los factores que produjeron tales

efectos y una situación actual como ésta. He aquí la prueba: la prueba es que la interpretación de la historia varía constantemente. Por lo tanto, no se puede saber exactamente qué resultado puede provocar tal intervención o tal cambio en las estructuras heredadas del pasado. He aquí un riesgo.

Con mayor razón es difícil saber cuáles son los medios necesarios para obtener tales resultados. Esto significa que durante el proceso político es necesaria una permanente revisión de la orientación de los factores en juego. Es necesario tener suficiente escepticismo en cuanto a los fines que se pueden obtener, y esperar siempre que un programa elegido produzca el resultado inverso al deseado.

En realidad los objetivos y los medios son conocidos al mismo tiempo durante la acción y el desarrollo.

Por otra parte, a medida que el tiempo pasa, los objetivos cambian de sentido: las mismas palabras encubren cosas diferentes y los medios también cambian; surgen otros factores, otras maneras de actuar, otras fórmulas o simplemente otras modalidades.

Estando cada nación implicada en un complejo juego de interrelaciones, los objetivos y los medios están permanentemente sometidos a la presión de factores exteriores imprevisibles. Gracias a la influencia del exterior, un país pierde parte de sus recursos o adquiere nuevos, esto lo motiva a cambiar la dirección de su acción. En estas condiciones un Estado sólo dispone de una cierta cantidad de libertad para definir sus planes. Aun es lícito elegir y aceptar un riesgo pase lo que pase: necesitará pensar en tener que sacrificar, a causa de este proyecto, muchas otras aspiraciones, las que inicialmente no pensaba sacrificar.

La Doctrina de la Seguridad Nacional cree poder remediar todo esto gracias a la intuición de las élites. Existen élites militares, que tienen el don de saber anticipadamente el curso de la historia, y de percibir el destino de la nación, y por añadidura ver los objetivos que se imponen.

Partiendo de tal intuición, las élites se atribuyen la misión de poner racionalidad en el país.

Ahora bien, una intuición como ésta es evidentemente sólo una utopía, digamos una idea preconcebida y gratuita. Y la racionalidad de la estrategia depende de la irracionalidad de la utopía. Esta sólo se defiende gracias a la confianza que las supuestas élites tienen en ellas mismas —y gracias a su poder, es decir, la fuerza militar de que disponen.

Llegamos de esta manera a otro aspecto de la supuesta racionalidad de la estrategia de los Objetivos Nacionales. Una vez los Objetivos concebidos, se pueden transformar en principio de acción sólo a través de la fuerza. Una utopía concebida por élites se transforma en realidad histórica sólo a través de la fuerza. En ese caso sólo encontrará los peores fracasos; y será desmentida por los hechos durante su realización. Si las élites que disponen del Estado lo quieren, las utopías continuarán imperturbablemente gracias a la fuerza: la fuerza militar. Una racionalidad como ésta conduce a la dictadura. No es mera casualidad que el positivismo lleve tan frecuentemente al régimen militar. Tienen una afinidad innegable: la racionalidad positivista no encuentra en ninguna parte terreno tan propicio como en el Ejército para aplicarse. (15)

¿Por qué la utopía elitista necesita de la dictadura? Porque el mundo político es un mundo de hombres y no de factores o de fuerzas materiales.

Por eso es probable que los Objetivos Nacionales concebidos por una élite, para muchos no signifiquen nada o

casi nada. Es probable que la población sea penetrada por corrientes ideológicas diversas y aun compatibles; es posible que clases distintas tengan aspiraciones diferentes, hasta opuestas. Para hacer prevalecer todas esas voces hay que imponer por la fuerza una opción que la mayoría no acepta. Seguramente las élites esperan convencer las masas; pero para hacerlo tienen que crear un sistema de propaganda, el que sólo les es posible imponer —nuevamente— por la fuerza.

Si la política consiste en renunciar al uso de la fuerza y en permitir el diálogo, ocurrirá necesariamente que el programa que el Estado podrá aplicar será una especie de término medio entre todos los programas que circulan en la nación. Será imposible definir de antemano los Objetivos.

Las metas volverán a ser discutidas sin cesar, volverán a ser planteadas y examinadas. El equilibrio político alcanzado un día se deshace otro día, y esto obliga a cambiar los planes.

Además, en política los medios utilizados no son sólo fuerzas materiales, son también hombres. Y hombres que no se dejan manejar y convencer muy fácilmente: si se les quiere aplicar a programas que les repugnan demasiado, es necesario recurrir nuevamente a la fuerza. En política hay que actuar con los hombres tales cuales son. Los programas también serán transacciones entre los objetivos concebidos por los ciudadanos y los esfuerzos o sacrificios que están dispuestos a hacer. Abrir el debate es aceptar que los proyectos sean limitados por las resistencias, justificadas o no, racionales o no, de los que han de realizarlos.

Entran aquí en competencia dos tipos de racionalidad. Una pretende someter las acciones de la sociedad nacional a una rigurosa cadena de medios y de fines. Pero al final subordina la racionalidad de los procesos a una irracionalidad total del fin apuntado. ¿Cómo saber cuáles son los

fundamentos racionales de los objetivos decididos por un estrecho grupo que se considera como una élite sencillamente porque posee la fuerza?

El otro tipo de racionalidad consiente en adaptar los fines a los medios: ella parte de las posibilidades concretas de las personas y de los movimientos presentes en una sociedad. Se entiende por posibilidades concretas lo que esas personas están dispuestas a hacer sin tener que ser violentadas y los procesos que les parecen corresponder a sus aptitudes y aspiraciones, sin que en ningún caso se pueda probar que los medios empleados sean efectivamente capaces de engendrar los fines apuntados. Ahora bien, puede haber tanta o más sabiduría en proceder de esta manera, es decir, a ciegas partiendo de una cierta percepción media de las grandes masas, como en obligar a los pueblos, mediante la violencia armada, a perseguir metas que parecen interesar a minorías aisladas.

Para terminar, aún no hemos hecho alusión al caso, en ningún momento hipotético, en el cual toda esta armazón conceptual de medios y de fines de Objetivos y de Poderes no es más que una simple envoltura ideológica y pseudocientífica que sirve para esconder un sistema de dominación y de explotación de los trabajadores por hábiles burguesías capaces de utilizar la Fuerza Armada para sus intereses privados. Quizás este caso no se da nunca al estado puro, tal como el descrito. Quizás siempre se da en él una parte de ilusión, voluntaria o no, paralela a la voluntad de engañar y de explotar. Lo cierto es que cabe agregar que, de hecho, los Objetivos Nacionales coinciden de manera sorprendente con los Objetivos de las burguesías.

### C. Objetivos y valores espirituales.

Los ideólogos de la Seguridad Nacional sitúan siempre en buen lugar, entre los Objetivos Nacionales, los valores

morales o espirituales: la regeneración moral de la nación, la herencia de las virtudes nacionales o de carácter nacional, los valores de "Occidente", del cristianismo o de la "civilización cristiana y occidental", la libertad, la democracia, la justicia social, etc.

Ocurre que valores como éstos no constituyen fines que puedan ser adquiridos gracias a medios que les sean intrínsecos. No existe otro medio para producir cristianismo que el de practicarlo. No existen medios o poderes que logren producir libertad: la libertad se crea practicándola. Igual proceso para los valores restantes. La democracia no se prepara: se comienza a ponerla en práctica o se destruye. Hay algo más grave aún. Los métodos de violencia empleados con fines de promover estos objetivos son más bien para destruirlos. Es poco probable que la dictadura sea el medio para construir una democracia. Es poco probable el hecho que los generales latinoamericanos de la Seguridad Nacional se presenten como cristianos y que invoquen motivaciones cristianas para su estrategia, sea con el fin de fortalecer el cristianismo de los habitantes.

Existe una incompatibilidad radical entre los valores espirituales y la sujeción por la violencia. Aunque se pudieran obtener favorables consecuencias del hecho que la inmoralidad, la irreligión o el libertinaje logran ser disminuidos por el efecto de la represión —lo que no es certero— tales efectos serían ampliamente compensados por los desastrosos resultados de la contrapropaganda creada por los métodos de represión.

#### **D. Objetivos Nacionales y Desarrollo.**

El concepto Objetivos Nacionales parece suponer que la totalidad de la nación pueda coincidir a un acuerdo y trabajar por un fin común. En una palabra, supone una nación ya existente. Ahora bien, en los países en vías de

desarrollo la nación aún no está completa; gran parte de la población no participa en sus actividades: millones de personas viven en un nivel de subsistencia únicamente o bajo ese nivel; vegetan gracias a una agricultura deteriorada, en un pedazo de tierra miserable, o truecan su inseguro trabajo por un salario de hambre, o simplemente mendigan, roban o viven a expensas de sus familias, de un familiar o de cualquier oportunidad. ¿Qué pueden significar para toda esta población los Objetivos Nacionales? Todas sus aspiraciones están orientadas hacia el problema de la subsistencia día a día, o hacia el sueño de poder escaparse un día de esta prisión de la miseria. Los Objetivos Nacionales son el lujo de las clases privilegiadas que monopolizan los insuficientes recursos de una economía subdesarrollada.

En un contexto como éste el desarrollo y los Objetivos Nacionales sirven en realidad para mantener al margen de la sociedad las masas, las que son inútiles en ella y para extraer de ellas el escaso producto de un trabajo poco productivo con el fin de aumentar un poder nacional que en nada las ayuda. Antes de hablar de Objetivos Nacionales, es necesario afrontar las tareas que una liberación nacional implica: son necesarios cambios profundos, los que significan, como decía el programa de la revolución peruana, un traspaso real del poder de las oligarquías a las masas populares. La ideología de la Seguridad Nacional, al ignorar totalmente este problema, sólo sirve para reforzar la marginalización y la explotación de los pueblos, como lo muestran con evidencia todas las estadísticas.

## 5. LA ALIENACION DEL PODER NACIONAL.

### A. El círculo del poder.

En el sistema de Seguridad Nacional todos los ciudadanos y todos los recursos con que disponen o de los que pueden obtener un cierto rendimiento útil por el trabajo, son requisados con miras a constituir un Poder Nacional.

Ahora bien, ¿para qué sirve el Poder Nacional? Sirve para asegurar la Seguridad Nacional. ¿Y qué es la Seguridad Nacional? Es el poder suficiente para reprimir cualquier amenaza posible contra los Objetivos Nacionales. ¿Y de dónde provienen esas amenazas contra las cuales la Seguridad Nacional forma una barrera construida gracias al Poder Nacional? De los ciudadanos sospechados de poder colaborar, consciente o inconscientemente, con el enemigo de la nación: el comunismo internacional. De esta manera, los ciudadanos son requisados y llamados a formar una fuerza contra ellos mismos, para así reprimir todas sus veleidades de insubordinación. La tarea de los ciudadanos consiste en dedicarse a reprimirse a sí mismos: están llamados a sacrificar sus trabajos y sus recursos para reprimir en ellos todos los deseos que tuvieren de no sacrificarse en esta tarea de sacrificarse. Se trata de un círculo de poder que desemboca en una monstruosa obra de autodestrucción o de autoalienación. El pueblo está llamado a luchar contra sí mismo y a considerar esta lucha como su primer objetivo, el que dirige todos los demás.

### B. El hombre y el poder.

El concepto de Poder Nacional tiende a tornar homogéneas dos realidades que en la historia de la civilización humana siempre se ha tratado de separar, de distinguir cada vez más:

la capacidad de actuar sobre la naturaleza, utilizando, por un lado, gracias a la ciencia y la técnica, las energías del mundo material, y por otro lado, la capacidad de actuar sobre los hombres para obligarlos a realizar acciones y a producir resultados a los que sus voluntades se niegan. Aquí, por el contrario, los hombres son factores que es necesario poner en movimiento al mismo título que las fuerzas materiales: el Poder Nacional es un solo poder. Contiene todas las técnicas y todos los medios para poner en movimiento los hombres y las energías naturales. Energías humanas y energías materiales se mezclan y se fusionan para producir juntas los mismos Objetivos Nacionales.

Volvemos así a los tiempos de la esclavitud, cuando no existía ninguna diferencia entre el trabajo producido por los esclavos y el producido por las máquinas. El hombre está reducido al papel de una máquina. Su actividad en sí no tiene sentido. Esta no tiene como fin desarrollar la persona que de ella es autor: está subordinada a una realidad que le es exterior: un Poder Nacional. Se dirá, sin duda, que este Poder Nacional garantiza un bien superior, que es la Seguridad. Pero una Seguridad como ésta proviene del exterior hacia un ser que ha sido de antemano vaciado de sí mismo. Una Seguridad como ésta es tan ajena al hombre como a la máquina. ¿Qué le importa a un esclavo la seguridad del sistema al cual está sometido?

En toda sociedad siempre se admite que una pequeña parte de las energías y rentas está reservada a la defensa colectiva y también a la seguridad del Estado. Pero como se trata de gastos a fondo perdido y sin satisfacciones de tipo personal, se les reduce al estricto mínimo. Muy por el contrario, en el sistema de Seguridad Nacional el minimum se transforma en el maximum. En todo caso, son todas las energías de los ciudadanos las que deberían estar orientadas hacia la Seguridad y transformarse en un Poder.

El sistema de Seguridad Nacional produce más bien una situación humanamente peor que la esclavitud. En la esclavitud las energías humanas son transformadas en energías materiales destinadas a producir efectos económicos. Productos como éstos son en sí inocentes. Por lo menos el esclavo tiene la satisfacción de producir bienes útiles, aunque no reciba nada para sí. Mientras que el ciudadano subordinado a la Seguridad Nacional está llamado a formar un poder que servirá para dominar hombres, para quebrar sus voluntades y destruir sus personalidades.

Todo esto tiene un sentido bien concreto en América Latina: todos los ciudadanos —por ejemplo, los estudiantes y los escolares— son inducidos a practicar la delación; la delación no sólo es estimulada y organizada sistemáticamente, sino que también es laureada; en ciertos casos es obligatoria. No se trata de delatar sólo crímenes y delitos. Hay que denunciar sospechas: estoy llamado a comunicar a las autoridades que sospecho que tal o tal persona es susceptible de una "infiltración comunista" o de ser manipulada consciente o inconscientemente por el comunismo internacional.

#### C. La cultura y el poder.

Estamos lejos de las ilusiones del siglo XIX, cuando se pensaba que la instrucción y la cultura serían los autores de la liberación de los pueblos. Sabemos bien que toda cultura otorga un poder. Pero la cultura no es sólo poder y todo humanismo presiente que la cultura sólo puede ser humana si se limita voluntariamente, o si acepta ver limitados los privilegios que su poder le permite otorgar. No hay nación posible, ni libertad, ni democracia, si los ciudadanos no pueden controlar el uso que se hace de la cultura.

Ahora bien, en el Estado de Seguridad Nacional no sólo el poder que otorga la cultura es reprimido, sino también es desarrollado y utilizado plenamente: la cultura se desarrolla gracias al poder que otorga. La única condición es que este poder esté sometido al Poder Nacional con miras hacia la Seguridad Nacional. Siendo la guerra ideológica antes que todo, la cultura constituye el arma principal. Es a través de la manipulación de la cultura que el Estado de Seguridad Nacional pretende vencer al comunismo internacional, más que a través de las armas militares, o aun la fuerza económica.

Una situación como ésta produce el mismo tipo de esterilización cultural que el stalinismo en Rusia: basta recorrer las universidades, las librerías, las instituciones culturales de América Latina o asistir a sus espectáculos que se presentan, para informarse. Si nos hemos podido dar cuenta cómo era la situación hace diez años, incluso hace cinco años, podemos constatar los estragos y la verdadera devastación que ha causado la Seguridad Nacional.

#### D. Poder y subdesarrollo.

La alienación del poder alcanza en los países subdesarrollados su punto culminante. Los soldados y los suboficiales, la policía, los agentes de la policía secreta son reclutados en las capas más pobres de la población. Gracias a diversos mecanismos, los jóvenes de las clases más afortunadas están exentos de todo trabajo. Por lo tanto, son los hijos de los más miserables o de los más marginados los que están encargados de mantener en el silencio y la miseria a sus hermanos, sus familias, su pueblo. Se entienden las sublevaciones de los soldados y suboficiales de los cuales, obviamente, se habla poco en los medios de comunicación bajo control; éstas se producen en todos los países de Seguridad Nacional.

Por otro lado, la cultura y la instrucción proporcionada tanto por la Educación Nacional como por las instituciones privadas, se concentran cada vez más alrededor de las clases privilegiadas: en ningún caso se trata de dar poder a las masas marginadas: tanto el analfabetismo como la falta de instrucción se mantienen o se desarrollan. Las instituciones fundadas por los gobiernos con miras a salvar la imagen frente a la opinión pública internacional tienen, sobre todo, la misión de no ser eficaces y de no producir cultura popular.

Para terminar, los mass-media se encargan de mantener un estado de sueño y de ilusión, permitiendo a los muchedumbres tomar parte en las delicias de la sociedad de consumo. La televisión muestra a los miserables todos los bienes a los cuales jamás tendrán acceso. Permite mantenerlos en sueños por la proyección de sus personalidades sobre los personajes fantásticos que aparecen en pantalla. Esta cultura de ilusión parece ser eficaz: logra, parece, desactivar los pueblos y quitarles cualquier deseo de actuar para cambiar sus condiciones.

Felizmente hay en todo hombre un último refugio que se defiende contra cualquier vejamen y cualquier esclavitud. La Seguridad Nacional jamás logra destruir lo humano que hay en el hombre: apenas se presenta la ocasión, apenas aparece un breve instante que permite expresarse, la voluntad de libertad renace. Aparentemente, los pueblos están resignados: antes que nada hay que sobrevivir, es decir, ¡callarse! Pero la libertad no ha muerto. Espera su hora.

## CONCLUSION

La expansión de la doctrina y del sistema de la Seguridad Nacional, con todas sus implicaciones políticas, sociales, económicas y otras, no habría sido posible si no hubiese existido la Revolución de Cuba. Es necesario poner en el origen de este proceso el **shock** producido por Cuba.

En efecto, jamás, desde su independencia, América Latina había sido sacudida con tanta fuerza por un acontecimiento. Lo que pasó en la isla de Cuba concernió directamente a todas las naciones latinoamericanas.

La historia de cada una de ellas quedó decisivamente marcada: la revolución cubana puede, quizás, ser considerada como el equivalente de la revolución rusa para América Latina. Lo que ésta significó para Europa, el Fidelismo lo ha sido para América Latina.

Se ha escrito mucho acerca del trágico destino de esta revolución. Después de haber inflamado cada una de las naciones latinoamericanas, la revolución cubana pasó de la epopeya de una liberación a un terrorismo de desesperados, que sería patético sino fuera tan irracional, absurdo e inútilmente cruel.

Las razones de este fracaso se han expuesto cientos de veces: el movimiento revolucionario encendido por Cuba en América Latina fue desde un comienzo —y ha sido siempre— un movimiento de intelectuales. Es la expresión más desgarradora y más lamentable de la condición de los intelectuales en América Latina. Desde el Manifiesto de Córdoba (1918) los intelectuales son la vanguardia de una revolución nacional que no concluye, porque no logra reunir las masas. Es por esto que se entregan a la utopía, y ésta les impide cada vez más ver la realidad.

El terrorismo en el cual los revolucionarios buscaron evadirse para no reconocer su error, crea naturalmente un grave desafío, para los Estados y para las Fuerzas Armadas. Sin embargo, lo que llama rápidamente

la atención, lo que choca profundamente, es la falta de proporción entre los peligros de la "subversión" y del terrorismo por un lado y el sistema de represión que fue instituido en el nombre de la Seguridad Nacional.

Los oficiales de la revolución peruana vieron muy bien que la guerrilla, rápidamente transformada en terrorismo, representaba un fenómeno secundario dentro de la evolución de la nación, que este fenómeno no debía legitimar una movilización de la nación, y, sobre todo, que no debía ser un pretexto para aplazar o abandonar las tareas del cambio radical de la sociedad que permanecen como una necesidad urgente. Por el contrario, la única respuesta válida y satisfactoria a los problemas expuestos por los intelectuales sublevados era dar al fin una solución a la opresión de las masas populares. Muchos militares pensaban lo mismo en todos los países. Desgraciadamente, en muchas naciones no son ellos los ganadores. Los oficiales de la "línea dura" vencieron, a pesar de que sólo eran una minoría. Supieron organizarse mejor y se prepararon para conquistar la totalidad del poder. Una vez en él, instalaron un sistema de represión concebido para una verdadera guerra contrarrevolucionaria, se propusieron cambiar la estructura del Estado, condenaron gran parte del pasado de su nación, retrocediendo en lo que concernía a tantas transformaciones sociales o democráticas. En su obsesión del orden y de la seguridad, se encontraron al lado de lo que se llama en América Latina las oligarquías tradicionales. Los imperativos de seguridad hasta los condujeron a promover el contraterrorismo, terrorismo de derecha que supone contrabalancear el terrorismo de izquierda. En el nombre de la Seguridad Nacional instauraron finalmente lo que todo el mundo conoce a través de los numerosos informes divulgados en el mundo entero: un estado de inseguridad radical al mismo tiempo

que una miseria aún más grande que la que existía en el punto de partida.

Una respuesta como ésta no habría sido posible si los oficiales de cada uno de los países hubiesen quedado a merced de su propia iniciativa y se hubiesen limitado únicamente a los precedentes de su historia nacional. En realidad, recibieron una estrategia ya hecha, y a pesar de todas sus protestas de nacionalismo, el modelo de sociedad que instauraron en su país fue montado, pieza a pieza, en los Estados Unidos y para la gente de la Seguridad Nacional. Es verdad que los primeros en rechazar todas las ideas de inspiración extranjera son los sistemas de Seguridad Nacional. En realidad, todo proviene de las escuelas americanas situadas en los Estados Unidos o en la zona americana del Canal de Panamá.

Todo proviene de la estrategia de guerra contrarrevolucionaria de los Estados-mayores americanos, la misma que fue aplicada en Vietnam con los resultados que conocemos. Una estrategia así habría sido impensable fuera del contexto más global de la guerra fría.

Como remolcadores de sus maestros americanos, las líneas duras latinoamericanas han tratado, y desgraciadamente con mucho éxito en varios países, de encerrar la nación entera en un sistema social, totalmente militarizado: la política fue repensada en términos militares. Ahora bien, conceptos vagos como el de guerra psicológica, de guerra fría, guerra no convencional y otros, el de Seguridad Nacional en primer lugar, han logrado confundir totalmente los espíritus.

Con la llegada de la Administración Carter, parece que decididamente los Estados Unidos están cambiando su política exterior. Dios quiera que al fin, después de treinta años de errores, puedan concebir una política mundial que no esté basada en simples

relaciones de fuerza militar, donde la diplomacia y la guerra no estén constantemente mezcladas y que no se sientan obligadas a intervenir, creando regímenes de fuerza apenas se produce un cambio en el mundo. Que dejen de concebir las relaciones internacionales en términos de seguridad.

La política de Carter a favor de los derechos humanos no deja de ser ambigua. Es capaz de herir la susceptibilidad de los nacionalismos latinoamericanos así como hiere el nacionalismo ruso. Pero, a largo plazo, sólo puede deshielar la situación política de los países sometidos a un régimen de Seguridad Nacional. Después de todo es más un bien que un mal.

Por otra parte, la defensa de los derechos humanos no resuelve todos los problemas. No se puede olvidar que los sistemas de represión de América Latina tienen sus fuentes en los Estados Unidos, y que son solidarios con un sistema económico íntimamente ligado al sistema económico americano. Sería inútil esperar que un Estado latinoamericano pueda eximirse de su sistema de represión si se pretende mantener al mismo tiempo el mismo sistema económico y social. Ahora bien, las estructuras del sistema económico controlado por la sociedad americana en ningún caso actúan a favor de los cambios revolucionarios que serían necesarios en América Latina. La sociedad americana es en todos sus aspectos solidaria con las oligarquías locales, y tiende a ayudarlas a llevar un tren de vida análogo al de las burguesías de América del Norte o de Europa Occidental. La situación de América Latina propone a los países industrializados de Occidente un desafío que va más allá de una acción —después de todo fácil y favorable para una buena conciencia— en pro de los derechos humanos.

Para las Fuerzas Armadas latinoamericanas el desafío es urgente.

Puede formularse de la manera siguiente: ¿cómo liberarse de la dominación de las "líneas duras", que, en el nombre de la ortodoxia anticomunista o antisubversiva, imponen un esquema importado de Estados Unidos y desechado por los Estados Unidos mismos? Las "líneas duras" impusieron a sus países una falsa estrategia inspirada en una falsa ciencia militar con miras hacia una falsa guerra. En el nombre de una estrategia tal han despolitizado la nación y de esta manera la han entregado —en el nombre del orden y la tranquilidad— al saqueo y a la dominación de las minorías privilegiadas. Para las Fuerzas Armadas el desafío consiste en recobrar la línea de los "libertadores", de Bolívar, San Martín, Artigas, Sucre, O'Higgins; reconciliarse así con las verdaderas tradiciones nacionales, con el pueblo que todavía queda por "liberar".

## NOTAS

### INTRODUCCION:

- (1) Ellos no tienen nada equivalente a la dialéctica que, dentro del marxismo, permite unificar lo particular y lo universal, haciendo del proletariado el portador de la historia. La Nación no tiene dialéctica.
- (2) En Europa se presta poca atención en este momento al pensamiento de los militares. Sólo los movimientos anti-militaristas de extrema izquierda están interesados en él. Podría bien ser una equivocación el darle tan poca importancia. Cf. Robert Pelletier et Serge Ravet. **Los movimientos de soldados y el anti-militarismo revolucionario**. "Petite collection maspero", París, 1976, especialmente p. 18-32.
- (3) En Buenos Aires se acaba de publicar, por ejemplo, las traducciones siguientes: Ga. André Beaufre, **La Apuesta del Desorden**, Americalee, 1971; **Estrategia de la acción**, Pleamar 1973 (**Strategie de l'action**, A. Colin 1966); Gal Gabriel Bonnet, **Las guerras insurreccionales y revolucionarias**, Rioplatense, 1976. (**Les guerres insurrectionnelles et revolutionnaires, de l'antiquité a nos jours**, Payet, París); Gal Roger Trinquier, **Guerra, Subversión, Revolución Rioplatense**, 1975; **La guerra moderna**, Rioplatense, 1975; Gnl. P. Chateau Jobert, **Doctrina de la Acción Contra-revolucionaria**, Rioplatense, año 1975; **Manifiesto político y social**, Rioplatense, 1975.
- (4) Cf. Arthur M. Schlesinger, **The Imperial Presidency**, Houghton Mifflin Co., 1973; en francés: **La Présidence Imperiale**, PUF París, 1976 (La Presidencia Imperial).
- (5) Las publicaciones de Zbigniew Brzezinsky, consejero del presidente para los asuntos de seguridad nacional y, a este título, cabeza del Consejo de Seguridad Nacional, parecen autorizar la perspectiva de un tal cambio. Ver, por ejemplo: **Between two ages. America's Role in the Technotronic Era**, The Viking Press, New York, 1970 (Entre dos Edades. El Rol de América (EE. UU.) en la Era Tecnocrática).
- (6) Cf. Carlos Estevan Martins, **A evolução da política externa brasileira, na década 64/74**, en **Estudos CEBRAP**, N. 12, 1975, Sao Paulo, p. 67-77.
- (7) Es demasiado temprano para saber hasta qué punto esta evolución es debida a una inflexión voluntaria de la política de Kissinger respecto a América Latina, o bien, si ella es la consecuencia normal de decisiones tomadas anteriormente por la administración Kennedy y el efecto de los factores establecidos en los años 1961-1962.
- (8) Es asombroso sin duda ver que no mencionamos al Paraguay. En realidad, el régimen del general Stroessner nos parece que proviene de otro sistema, menos desarrollado que el sistema de Seguridad Nacional. Se trata de un

caudillismo parecido a los del siglo XIX, en una sociedad condenada a un subdesarrollo perpetuo: el Paraguay tiene por misión encubrir una base militar americana y nada más.

(9) Los rigores de la represión obligan a entender estas palabras en su sentido literal.

(10) El debate entre Ludendorff y Clausewitz ha sido muy bien puesto en evidencia por los militares peruanos, especialmente por el general Edgardo Mercado Jarrín, principal ideólogo de la "revolución peruana".

## CAPITULO I:

(1) Ver un informe de Alberto Methol Ferré, sobre la actual ideología de la Seguridad Nacional, ampliamente divulgado en América Latina en diciembre de 1976, pero del cual no sabemos si ya ha sido publicado.

(2) Cf. José Alfredo Amaral Gurel, **Segurança e Democracia**, José Olympio, Río de Janeiro, 1975; Eliezer Rizzo de Oliveira, **As forças armadas: política e ideología no Brasil** (1964-1969), Vozes, Petropolis, 1976. En Chile un grupo de estudios de la Vicaría de la Solidaridad del Arzobispado de Santiago, ha hecho un largo trabajo de compilación y de síntesis (septiembre-diciembre 1976), del cual no se ha publicado nada hasta ahora, según nuestros conocimientos al momento de entrar este libro en prensa. El grupo está formado de juristas y de sociólogos; un cierto número de entre ellos ha tenido relaciones con el partido demócrata-cristiano, hoy declarado en receso por la Junta Militar.

(3) Cf. Evaristo López W., **Participación y Seguridad Nacional**, en el volumen colectivo "Seguridad Nacional y bien común", puesto en circulación restringida por la Vicaría de la Solidaridad de Santiago de Chile en septiembre de 1976, p. 164, nota 4.

(4) Para la doctrina de la Seguridad Nacional, es necesario llamar la atención sobre el libro pionero de Michel Schooyans, **Destino del Brasil**, Duculot, Gembloux (Bélgica), 1973, completado por el autor en **La presidencia Geisel y el "pragmatismo responsable"**. Opciones políticas actuales del Brasil, en **La documentación francesa. Notas y Estudios Documentarios**, 27 febrero, 1976, N. 4625-4266-4267. **Problemas de América Latina XXXIX**, p. 7-38; y **Mañana, Brasil**. Ed. du Cerf., París, 1976.

(5) En Brasil existe una escuela de geopolítica ya antigua y muy activa. Ahí se encontrará una visión de conjunto en la obra del General Meira Mattos, **Brasil-geopolítica y destino**, José Olympio, Río de Janeiro, 1975, p. 41-67. En Argentina acaba de constituirse en 1975 un Instituto de Estudios Geopolíticos que

publica una revista **Geopolítica** (Buenos Aires, distrib. Ed. Pleamar). En Uruguay igualmente acaba de fundarse en 1975 un Instituto uruguayo de estudios geopolíticos; éste también publica una revista, textos e informes. En lo que se refiere a Bolivia, Cf. André J. Fernández Cendoya, **Las ideas geopolíticas en Bolivia**, en **Estrategia**, N. 40/41, mayo-agosto 1976 (Buenos Aires), p. 26-37; Alipio Valencia Vega, **Geopolítica en Bolivia**, ed. Juventud, La Paz, 1975. En fin, en lo que a Chile se refiere, el general Augusto Pinochet U. ha reeditado su libro **Geopolítica**, ed. Andrés Bello, Santiago, 1974.

(6) Así procede José Alfredo Amaral Gurgel en su síntesis. Mientras tanto, uno de los maestros de la Seguridad Nacional, el general brasileño Golbery da Costa e Silva presenta la doctrina en el marco de su geopolítica, como una mera extensión de la geopolítica.

(7) Hay, por lo tanto, un buen y un mal uso de la geopolítica. Un ejemplo del uso moderado de la geopolítica: Alberto Methol Ferré, **Geopolítica de la cuenca del Plata. El Uruguay como Problema**, Peña Lillo, Buenos Aires, 1973 (3ª ed.).

(8) Cf. Golbery de Couto e Silva, **Geopolítica de Brasil**, José Olympio, Río de Janeiro, 1967. Sobre el general Golbery, ver **La documentación francesa. Problemas de América Latina XXXI**, p. 30 s. Después de haber sido uno de los profesores de la Escuela Superior de Guerra (llamada la Sorbona del ejército brasileño), el general Golbery organiza el SNI durante el gobierno de Castelo Branco (es decir el organismo que centraliza todos los servicios de información y de inteligencia). El llegó a ser el brazo derecho y el principal consejero del presidente Geisel cuando éste llegó al poder en 1974.

(9) Cuando publicó la primera edición de su libro el coronel Pinochet era profesor de geopolítica en la Academia de Guerra (1968).

(10) Se comprende la seducción que ella ejerce sobre las naciones que se preguntan por su porvenir y aun sobre su razón de ser, como es a menudo el caso en el Tercer Mundo.

(11) Se encontrará una larga serie de definiciones en Golbery, **Geopolítica de Brasil**, p. 164-172.

(12) Jorge B. Atencio, **Qué es la Geopolítica**, Pleamar, Buenos Aires, 1965, p. 41. En su libro, p. 42, el general Pinochet da la misma definición de la geopolítica, sin decir de dónde viene.

(13) En su libro sobre **El Estado como forma de vida**, publicado en sueco en 1916, y también alemán (**Der Staat als Lebensform**, 4ª ed. Berlín, 1924).

(14) Se acaba de publicar en Argentina una **Antología geopolítica**, Pleamar, Buenos Aires, 1975, con textos de Ratzel, Kjellen, Haushofer, etc. Ver también la presentación de Jorge B.

Atencio, **Qué es la geopolítica**, pp. 98-113, en la cual los autores se inspiran a menudo.

(15) Cf. por ejemplo National Security Seminar. Background Readings (Colegio Industrial de las Fuerzas Armadas. Fort Lesley. J. McNair, Washington, D.C.

(16) Texto presentado en apéndice por Jorge B. Atencio, **Qué es la geopolítica**, p. 367-379; y en la Antología Geopolítica, p. 61-81.

(17) Los dos primeros objetos pertenecen a la tradición brasileña: ellos encuentran su expresión más completa en las obras de Golbery. El tercero data del gobierno Medici y ha encontrado su portavoz en el general Meira Mattos.

(18) Cf. Gral. Div. Juan Guglielmelli, **Golbery do Couto e Silva, el "destino manifiesto" brasileño y el Atlántico Sur, en Estrategia**, N° 39, marzo-abril 1976, p. 4-22; Carlos P. Mastrorilli, **Una actualización de la doctrina Golbery: Brasil geopolítico y destino de General Meira Mattos**, en **Estrategia**, *ibid.* p. 37-47; Rubén Oscar Moro, **Historia de un expansionismo geopolítico**, en **Geopolítica** N°s 3/4, marzo-junio 1976, p. 27-41.

(19) Cf. Golbery, **Geopolítica de Brasil**, p. 28 s., A. Pinochet U., **Geopolítica**, p. 153.

(20) Citado por el coronel J. B. Atencio, **Qué es la geopolítica**, p. 110. Ver las imágenes orgánicas en A. Pinochet, **Geopolítica**, p. 208.

(21) En Chile, los militares han adoptado la consigna de evitar las imágenes orgánicas de las cuales se servían abundantemente, cuando Mons. Santos, obispo de Valdivia, los denunció en un artículo en septiembre de 1976. Fieles a su táctica de adoptar lo más posible el lenguaje eclesiástico y de evitar todo lo que en el lenguaje pudiera alarmar a la Iglesia católica, ellos han reemplazado el lenguaje orgánico por el del bien común para justificar la doctrina de la Seguridad Nacional. Ver. Mons. José Manuel Santos, **La Seguridad Nacional, condición del bien común**, en el volumen colectivo. **Seguridad Nacional y bien común**, Vicaría de la Solidaridad, Santiago, sept. 1976, p. 89-91. Poco después de la publicación de este artículo, las autoridades militares, se empeñaron en desautorizar al coronel Gerardo Cortés Rencoret, quien, en un escrito publicado bajo el patrocinio del gobierno había basado la seguridad nacional sobre imágenes orgánicas. Cf. Gerardo Cortés Rencoret, **La Seguridad Nacional como objetivo de Gobierno, en Nuestro camino**, volumen colectivo publicado por Ed. Encina, Santiago, mayo de 1976, p. 113-145.

(22) Cuanto más saludable es la personificación del Estado, tanto más nefasta es la de la nación, como veremos en el capítulo crítico.

(23) Carlos P. Mastrorilli, **Una actualización de la doctrina Golbery**, en **Estrategia**, N° 39, p. 44.

(24) El Estado y la Seguridad Nacional, en **Seguridad Nacional**, t. I, N° 1, agosto 1976, p. 37.

(25) Circular titulada **Seguridad Nacional**, firmada G. Moraes R., oficial de Estado Mayor (R), sin fecha, enviada en 1976.

(26) Cf. M. Schooyans, **Problemes d'Amérique Latine, La présidence Geisel et le "pragmatisme responsable"**, p. 9 s. La conferencia del general Borges Fortes ha sido publicada en la revista argentina **Estrategia**, N° 24, sept.-oct. 1973, p. 41-48.

(27) Citada en el manual de estrategia de John M. Collins, del National War College (Colegio Nacional de Guerra), publicado por la prensa del Instituto Naval, Annapolis (Maryland, USA). Nosotros citamos de la traducción al español de esta obra publicada por el círculo militar de Buenos Aires bajo el título de **La Gran Estrategia, Principios y Prácticas, Círculo Militar**, B. Aires, 1975, p. 77.

(28) Sobre el concepto de guerra absoluta y el pensamiento de Clausewitz a este respecto, se encontrarán muy largas explicaciones, muy aclaratorias también en R. Avón, **Penser la guerre, Clausewitz, I. L'age européen** (Pensar la guerra, Clausewitz I., La edad europea). NRF, Gallimard, París, 1976, sobre todo p. 108-148.

(29) Puede ser que esto sea simplemente como lo sugiere el especialista porque los Americanos, después de haber fundado durante la Segunda Guerra Mundial una formidable máquina de Seguridad Nacional, tienen ante todo la preocupación de hacer andar su máquina a full, eficazmente sin hacerse problemas sobre los fines perseguidos por la máquina. Cf. Richard Smoke, **The National Security Affairs** (Los Asuntos de la Seguridad) en el vol. 8, **International Politics, del Handbook of Political Science** (Manual de Ciencia Política) publicado por Addison-Wesley Publishing Co., Reading (Massachusetts), 1975, p. 277. Como sea, aún los más fieles defensores de la política extranjera de los Estados Unidos reconocen la debilidad de esta política cuando se trata de definir estos objetivos. Cf. R. Aron, **República imperial. Los Estados Unidos en el mundo, 1945-1972**, Calmann-Lévy, París, 1973, p. 69-70. Se citan frecuentemente estas palabras del general Ridway, antiguo comandante en jefe de Corea a propósito de la guerra de Vietnam: "Yo me pregunto qué fue lo que Westmoreland ha recibido como tarea en Vietnam".

(30) Ver. R. Smoke, **The National Security Affairs** (Los Asuntos de la Seguridad Nacional), en el vol. 6 del **Handbook of Political Science** (Manual de Ciencia Política), p. 247-362, con una bibliografía. Ver. R. Arón, **Penser la Guerre, Clausewitz, II. L'age planetaire** (Pensar la Guerra, Clausewitz, II, La edad planetaria), NRF, Gallimard, París, 1976, p. 139-183.

(31) Cf. R. Aron, **Penser la Guerre, Clausewitz**, t. I, p. 19, 113, 116-121 (ver índice, carácter irreal de la guerra absoluta).

(32) Cf. Golbery, **Geopolítica de Brasil**, p. 24. El libro principal de Ludendorff, **Der totale Krieg**,

ha sido traducido y publicado en español bajo el título **La Guerra Total**, Pleamar, Buenos Aires, 1964. Los geopolíticos y estrategias latinoamericanos se refieren a él.

(33) Cf. Golbery, **Geopolítica de Brasil**, p. 190-200, 225-257; José Alfredo Amaral Gurgel, **Segurança e Democracia** (Seguridad y Democracia), p. 37-53.

(34) Discurso del 11 de septiembre de 1976.

(35) Discurso del 11 de septiembre de 1976.

(36) Cf. G. Cortés R., **La Seguridad Nacional como Objetivo de Gobierno en Nuestro Camino**, p. 121-122; Elio Baciagalupo Soracco, **El Estado y la Seguridad Nacional**, en **Seguridad Nacional**, N° 1, p. 35 y ss.

(37) Cf. John M. Collins, **La Gran Estrategia**, p. 123-138.

(38) Volveremos más adelante sobre las ambigüedades del concepto de guerra fría y sobre los problemas políticos que acarrea.

(39) Cf. R. Smoke, **The National Security Affairs** (Los Asuntos de la Seguridad Nacional), p. 276. Los orígenes de la guerra fría han sido el tema de numerosos estudios y críticas en los Estados Unidos, especialmente por los historiadores "revisionistas" que critican la definición de la Doctrina Truman y la entrada en estado de guerra fría en 1947. Ver un resumen del debate en R. Aron, **República Imperial**, p. 41-71.

(40) La intervención rusa en Europa Oriental, el problema de Berlín, el rechazo del Plan Marshall, la campaña por la paz, la acción de los guerrilleros en Grecia, todo ello se supone forma parte de un plan de conquista mundial. Podría haber otras explicaciones.

(41) Cf. Robert Borosage, **The making of the National Security State** (La formación de un Estado de Seguridad Nacional), en **The Pentagon Watchers** (Los observadores del Pentágono), Doubleday Garden City, New York, 1970, p. 7.

(42) Cf. Robert Borosage, a.c. p. 9.

(43) Sobre la estrategia de las represalias masivas, Cf. John Collins, **La gran estrategia**, p. 182-186. Esta estrategia es sobre todo conocida por las obras que se consagraron a su refutación. Esta encuentra sus primeras manifestaciones en H. Kissinger, **Nuclear Weapons and Foreign Policy** (Armas nucleares y política exterior), Harper and Row, New York, 1957, el libro gracias al cual Kissinger se lanzó en el mundo de la Seguridad Nacional; Maxwell Taylor, **The Uncertain Trumpet** (La Trompeta Incierta), Harper and Row, New York, 1959, libro que valió a su autor el ser llamado por Kennedy para ser su consejero militar.

(44) La política de Foster Dulles ha conducido a la puesta en cuarentena de la China y al hielo de toda la camarilla china, del Departamento de Estado, lo que ha echado a un lado a todos los funcionarios que comprendían algo del Extremo Oriente; al enfriamiento de las relaciones con la URSS en Europa, al apoyo total a Chiang-Kai-shek, a la negativa de apoyar a Nasser y construir la Represa de Asuán, a la cruzada ideológica que debía dar cobertura al maccarthysmo, al apoyo de Diem.

(45) Sobre los debates de esta época citamos solamente dos obras muy apreciadas: Glenn H., Snyder, **Deterrence and Defense, Toward a Theory of National Security** (Disuasión y Defensa, hacia una teoría de Seguridad Nacional), Princeton University Press, 1961; R. Arón, **Le Grand Débat, Introduction a la stratégie atomique**, Calmann-Lévy, París 1964. Ya como conclusión de los debates en 1965, el volumen colectivo publicado por H. Kissinger bajo el título de **Problems of National Strategy** (Problemas de Estrategia Nacional), Fr. Praeger, New York.

(46) Sobre la nueva estrategia de respuesta graduada que es la Doctrina McNamara, cf. John Collins, **La gran estrategia**, p. 227-241. Y el libro Robert McNamara mismo, **The Essence of Security** (La esencia de la seguridad), Harper and Row, New York, 1968.

(47) He aquí las etapas de la distensión: acuerdo sobre el uso pacífico de la energía atómica: 21 mayo 1963; acuerdo de Ginebra sobre la instalación del teletipo 1963; tratado sobre la prohibición de pruebas nucleares atmosféricas: julio 1963; tratado nuclear de no-proliferación: 5 agosto de 1968; acuerdos SALT firmados en Moscú en mayo 1972.

(48) Cf. Luis Melo Lecaros, **El resurgimiento de la guerra fría**, ed. Vaites, Santiago, 1976.

(49) Ver su discurso en **Estrategia** N° 24, p. 43.

(50) De la inmensa literatura sobre la guerra de Vietnam, distinguimos algunas obras más adecuadas para hacer comprender el porqué del compromiso americano en esta trampa. Ver, sobre los hombres implicados en el proceso: las biografías de John Kennedy, por T. Sorenson y A. Schlesinger; David Halberstam, **The brightest and the best** (Los más brillantes y los mejores), Random House, 1969 (Paperback: Fawcett Crest Books, 1971). Sobre los hechos y la estrategia: **The Pentagon Papers** (Los papeles del Pentágono), New York Times, julio 1971; Daniel Ellsberg, **Papers on the War**. (Papeles sobre la Guerra), Simon and Schuster, Nueva York, 1972. Sobre los principios de la estrategia, Cf. Ronald Steel, **Paz Americana: The Cold War Empire and the Politics of counter-revolution** (El imperio de la guerra fría y la política de la contra-revolución), The Viking Press, New York, 1967; Michael T. Klare, **War without End: American Planning for the next Vietnams**, Alfred A. Knopf, New York, 1972 (Guerra sin fin: los planes americanos para los próximos Vietnams).

- (51) La estrategia americana en Vietnam fue absolutamente incoherente. Profesando una guerra contrarrevolucionaria y llevando a cabo en gran parte una guerra convencional, pasando de un objetivo a otro, y sin ninguna relación entre los objetivos y la estrategia. Ver John Collins, **La gran estrategia**, p. 441-485.
- (52) Los americanos han confundido la guerra revolucionaria con la guerra de liberación nacional que no formaba parte de su sistema conceptual, por falta de referencia histórica. Cf. R. Arón, **Penser la guerre, Clausewitz**; t. II, p. 184-193; 199-210.
- (53) Cf. Trinquier, **La Guerre Moderne**, París, 1961; General Beaufre, **Strategie de l'action**, París, 1966; **La guerre revolutionnaire**, París, Fayard, 1972. Ver R. Aron, **Penser la Guerre, Clausewitz**, t. II, p. 336-338.
- (54) En Brasil, más del 50% del tiempo está consagrado a esta forma de guerra en los programas de 1965. En la Escuela de Comando y Estado Mayor del Ejército (ECEME) de Brasil, en 1956; ningún curso sobre el comunismo, la guerrilla; 1966: 222 horas de cursos sobre la seguridad interna, 129 horas sobre la lucha contra la guerrilla, 24 horas sobre la guerra convencional. Ver. A. Stepan, **The New Professionalism of Internal Warfare and Military Role Expansion** (El nuevo profesionalismo de asuntos de guerra interna y expansión del rol militar), en **Autoritarian Brazil**, ed. por A. Stepan, Yale University Press, Londres-New Haven, 1973, p. 57.
- (55) Discurso del 11 de septiembre 1976.
- (56) Cf. José Alfredo Amaral Gurgel, **Segurança e Democracia**, p. 140-142.
- (57) Citado en la revista **Estrategia**, N° 24, p. 44 y ss.
- (58) El prestigio de la inteligencia explica por ejemplo, los privilegios exorbitantes de que goza en Brasil el comisario Sergio Fleury, principal responsable del Escuadrón de la Muerte en Sao Paulo y promotor de instituciones semejantes en diversos países latinoamericanos. Ver el libro recientemente publicado por la comisión Justicia y Paz de Sao Paulo, 1976, del que es autor el juez Hélio Bicudo, **O. Esquadrão da Morte**.
- (59) De ahí la distinción entre Objetivos Nacionales Permanentes y Objetivos Nacionales Actuales. No insistimos para no complicar la presentación del sistema conceptual. Esta distinción no agrega nada fundamental. En la práctica, ni los Objetivos Permanentes ni los Actuales intervienen de hecho. Pasaremos en seguida a la Seguridad Nacional, es decir, a la lucha contra el comunismo.
- (60) Cf. J. A. Amaral Gurgel, **Segurança e Democracia**, p. 75 y ss.
- (61) Cf. Golbery, **Geopolítica do Brasil**, p. 159.
- (62) Cf. Golbery **Geopolítica do Brasil**, p. 232. Golbery da también una lista larga.
- (63) Cf. E. Bacigalupo S., **El Estado y la Seguridad Nacional**, en **Seguridad Nacional**, N° 1, p. 34. En Chile se usa, y se abusa, del Bien Común. Es citado en toda ocasión, pero como su contenido no es explicitado jamás, se supone que es invocado como una forma de exorcismo para alejar las condenaciones episcopales a las cuales el Presidente parece temer.
- (64) Comp. Osiris Guillermo Villegas, **Políticas y Estrategias para el Desarrollo y la Seguridad Nacional**, Pleamar, Buenos Aires, 1969, p. 43-50, 103-105. El general Villegas fue uno de los ideólogos del gobierno del general Onganía.
- (65) Por ejemplo en el Manual de John M. Collins, **La Gran Estrategia**.
- (66) José Alfredo Amaral Gurgel, **Segurança e Democracia**, p. 138. Comp. las definiciones de G. Cortés R., **La Seguridad Nacional como Objetivo de Gobierno**, p. 144; E. Bacigalupo S., **El Estado y la Seguridad Nacional**, p. 39.
- (67) Cf. John Collins, **La Gran Estrategia**, p. 26.
- (68) Cf. Marvin Kalb y Bernard Kalb, **Kissinger** Dell Publishing, New York, 1975, p. 122.
- (69) Así dice la Ley de Seguridad Nacional del 2 de abril de 1976 de la República del Ecuador: art. 4. El coronel chileno Cortés dice que la Seguridad Nacional "es una función integral que debe utilizar todas las fuerzas vivas de la nación" (a. c. p. 123). Y el coronel Bacigalupo insiste: "La Seguridad Nacional no es un problema exclusivo de las Fuerzas Armadas. Hoy toda la población del Estado tiene una participación ineludible en este proceso" (a. c. p. 40).
- (70) J. A. Amaral Gurgel, **Segurança e Democracia**, p. 83.
- (71) E. Bacigalupo S., **El Estado y la Seguridad Nacional**, p. 40.
- (72) A. Pinochet U., **Geopolítica**, p. 153.
- (73) Cf. J. A. Amaral Gurgel, **Segurança e Democracia**, p. 83-132; Golbery, **Geopolítica do Brasil**, p. 160-162; G. Cortés R., **La Seguridad Nacional como Objetivo de Gobierno**, p. 132-137. Otra manera de presentar la misma división cuádrupartita tradicional es la distinción entre las cuatro estrategias particulares: ver la Ley de Seguridad Nacional de Ecuador; frente externo: art. 25; frente interno: arts. 28-29; frente económico: arts. 35-36; frente militar: arts. 39-40. Sobre las cuatro estrategias, Amaral Gurgel, p. 42.
- (74) Cf. J. A. Amaral Gurgel, o.c. p. 90-99.
- (75) Cf. J. A. Amaral Gurgel, o.c., p. 99-110.
- (76) Cf. J. A. Amaral Gurgel, o.c., p. 110-125.
- (77) J. A. Amaral Gurgel, o.c., p. 110.

(78) Ibid., p. 113-119.

(79) Ibid., p. 119-123.

(80) G. Cortés R., o.c., p. 137.

(81) J. A. Amaral Gurgel, o.c., p. 81. Comp. Golbery, o.c., p. 150-160.

(82) Citamos como ejemplo a un oficial chileno que presenta a los lectores de "El Mercurio" del 19 de diciembre de 1976 (p. 2), la **Academia Superior de Seguridad Nacional** de su país. Firma Teófilo Gómez Vera: "La Academia trabaja con una previsión patriótica para forjar en nuestro pueblo una mentalidad de unidad nacional, pues la defensa de la patria no es sólo el patrimonio de los militares, sino que ella incumbe a todo el pueblo. En la Guerra Total ya no hay más frente civil y frente militar: el país entero, la nación entera constituye un sólo bloque, un solo ejército. La guerra actual impone una unidad absoluta, una cohesión absoluta del país. El sentido del deber, el valor, la decisión y rapidez en la acción, deben existir en el campo de batalla y en el interior del país, en las industrias, las oficinas, las fábricas y muy especialmente en la mentalidad y en el espíritu de toda la familia nacional, y así trabajar íntimamente unidos y ligados los unos a los otros para obtener la victoria final".

(83) El lazo se nota aún en el libro de J. A. Amaral Gurgel, p. 56. Por otra parte, ¿cómo podría ponerse en duda?

(84) Citamos la traducción francesa, **L'essence de la sécurité**, p. 158 y ss.

(85) Cf. J. A. Amaral Gurgel, **Segurança e Democracia**, p. 58.

(86) Cf. A. A. Amaral Gurgel, o.c., p. 53-60.

(87) Cf. J. A. Amaral Gurgel, o.c., p. 58.

(88) Cf. M. Schooyans, **Destin du Brésil**, p. 53-56.

(89) Ver M. Schooyans, **Documentation française. Problemes d'Amérique Latine, La Présidence Geisel au Brésil**, p. 19-21.

(90) Meira Mattos, **Brasil - Geopolítica e destino** p. 104.

(91) Ibid.

(92) E. Bacigalupo, o.c., p. 34-35.

(93) Para Chile: G. Cortés R., o.c., p. 124-132, y el discurso programa del general Pinochet el 11 de septiembre de 1976. Para Argentina, general Osiris Guillermo Villegas, **Políticas y Estrategias para el Desarrollo y la Seguridad Nacional**, p. 130-140: "La coordinación del desarrollo con la seguridad." En general hemos citado poco la literatura argentina; en realidad, ella está muy lejos de ser tan elaborada como

la literatura brasileña. Ella se dedica más a comentar el tema de la guerra anticomunista sin explicitar tanto la doctrina de Seguridad Nacional, que tiene ahí su fundamento.

## CAPITULO II:

(1) Ver las declaraciones de los personeros quienes en Brasil tomaron parte en el Golpe de Estado de 1964, en Eliezer R. de Oliveira, **As forças armadas: política e ideologia no Brasil**, p. 16-18. No es posible poner en duda la buena fe de estos testimonios. Acerca del gobierno de Castelo Branco, en el mismo sentido, ver p. 56-80. Testimonios orales confirman el mismo fenómeno para otros países.

(2) Cf. Thomas E. Skidmore, **Politic and Economic Policy Making in Authoritarian Brazil, 1937-1971**, en **Authoritarian Brazil, Origins, Policies and Future**, ed. by A. Stepan, Yale University Press New Haven and London, 1973, p. 43-46.

(3) Durante los primeros meses de su gobierno, el Presidente Geisel hace un llamado "a la imaginación creadora" de los brasileños, y anuncia "un perfeccionamiento democrático gradual pero seguro". Cf. M. Schooyans, **La presidencia Geisel y el "pragmatismo responsable"**, p. 17.

(4) No existe un discurso de general o de representante autorizado de un gobierno militar que no sea un nuevo compromiso que tiende hacia la democracia. Ver Golbery, **Geopolítica do Brasil**, p. 225-257; Brasil, defensor del occidente, cristiano y democrático. Meira Mattos, **Brasil - Geopolítica e Destino**, p. 104: "No existen dos objetivos aislados, autónomos, desarrollo y democracia. Sí existe, por la vía que hemos elegido, el desarrollo democrático... Implantando el desarrollo por la vía democrática, consolidaremos la única democracia auténtica y legítima, porque está basada en la prosperidad y el bienestar de la población". Las leyes de la Seguridad Nacional tienen como meta únicamente salvar la democracia. Esta es siempre vista más como algo que les es necesario salvar que practicar.

(5) Se trata del sentido del mito del retorno de Portales en Chile (hombre de Estado autoritario que gobernó el país de 1830-1831). Todo lo que ha ocurrido desde ese entonces no ha sido más que una continua decadencia. Los regímenes militares han recogido las críticas al régimen liberal, de donde sea que vengan, de los conservadores, de los nacionalistas, hasta de la izquierda.

(6) Cf. J. A. Amaral Gurgel, **Segurança e Democracia**, p. 66-69; Eliezer R. de Oliveira, **As forças armadas**, p. 43-45.

(7) Cf. Michel Schooyans, **Destino de Brasil**, p. 75-103.

(8) Este es el sentido del bien común siempre invocado en Chile. Los partidos defienden bienes particulares, el Estado defiende el bien común.

(9) En Brasil, el Estado organiza la oposición y la controla: fundó dos partidos; uno, el ARENA, representa la tesis del gobierno; el otro, el MDB, representa la oposición, pero limitada por el control del gobierno. En Chile, Uruguay y Argentina, los partidos han sido suprimidos o suspendidos. En el Perú y en Ecuador, su insignificancia política les permite sobrevivir.

(10) Como dice el general Meira Mattos, "el Estado de Derecho no puede transformarse en la ruina de la democracia. En la presente coyuntura mundial, no se trata de elegir entre el orden y la libertad, sino más bien entre la libertad en el orden o la anarquía sin ninguno de los dos. (**O Proceso Revolucionario Brasileiro**), Brasilia, AERP, 1969, p. 14). En América Latina se tiende a exagerar la categoría de los "tontos útiles" o "inocentes útiles", digamos los inconscientes manipulados por el comunismo.

(11) Acta Constitucional N° 2, del 11-9-76, art. 5: "Chile es una república que se estructura como una nueva democracia con participación de la comunidad y dotada de mecanismos que aseguren su protección, su fortalecimiento y su autoridad". En este mismo sentido, el discurso del presidente Geisel del 1° de agosto de 1975 (M. Schooyans, **El presidente Geisel y el "pragmatismo responsable"**, p. 20).

(12) La Declaración de Principios de la Junta militar chilena publicada en los días que siguieron al golpe, decía: "Chile no permanece neutral frente al marxismo... por lo tanto, el actual gobierno no teme ni vacila en proclamarse antimarxista." (**Declaración de Principios**, p. 27). Además, el artículo 11 del Acta Constitucional N° 3 dice: "Todo acto de personas o grupos destinados a difundir doctrinas que atenten contra la familia, propugnen la violencia o una concepción de la sociedad fundada en la lucha de clases, o que sean contrarias al régimen constituido o a la integridad o funcionamiento del Estado de Derecho, es ilícito y contrario al ordenamiento institucional de la República".

(13) Se trata del sentido de la participación en el art. 5 del Acta Constitucional N° 2 de la República de Chile. Todos los gobiernos emplean la palabra participación. En su discurso, del 11 de noviembre de 1976, el general Pinochet mostraba como ejemplo de participación en la nueva democracia, las secretarías fundadas por él para la mujer y la juventud. Por lo tanto, la participación ofrecida por los regímenes de Seguridad Nacional será la integración en organismos sociales del Estado.

(14) Sobre el elitismo, cf. M. Schooyans, **Destino del Brasil**, p. 62-65.

(15) General Osiris Guillermo Villegas, **Políticas y Estrategias para el Desarrollo y la Seguridad Nacional**, p. 46.

(16) Golbery, **Geopolítica du Brasil**, p. 104.

(17) Osiris Villegas, o.c., p. 46.

(18) El Acta de la Revolución argentina que fundó el gobierno del general Onganía en 1966 en Argentina decía: "la pésima conducción de los negocios públicos por el actual gobierno, como culminación de muchos otros errores de los que le precedieron en las últimas décadas... han provocado la ruptura de la unidad espiritual del pueblo argentino...".

"Los soldados se vieron impelidos a asumir grandes responsabilidades, para salvar al país, y rectificar los vicios que lo llevaron al borde del abismo". (Citado en Osiris Villegas, o.c., p. 253 y ss.).

En Chile, la **Declaración de Principios de la Junta Militar** decía: "A causa de la larga erosión provocada en nuestro país por los numerosos años de demagogia y de destrucción sistemática, que desde 1970 el marxismo había practicado en todos los aspectos de la vida nacional, las Fuerzas Armadas y de policía de Chile, conformes a su doctrina clásica y a sus deberes para con la subsistencia de la nacionalidad, han debido asumir, el 14 de septiembre, la plenitud del poder político (p. 28). Y el director del servicio de comunicación social de la Junta chilena, coronel Orlando Jerez Borges, escribía en una circular enviada a todas las instituciones del país: "Los soldados se vieron impelidos a asumir grandes responsabilidades, para salvar al país, y rectificar los vicios que lo llevaron al borde del abismo". Para el Brasil, nos encontramos con la misma doctrina, cf. Michel Schooyans, **Destino del Brasil**, p. 65-68.

(19) La Junta militar chilena asume "las tareas de reconstruir moralmente, institucionalmente y materialmente el país... en definitiva existe el deber imperioso de **cambiar la mentalidad de los chilenos**". (**Declaración de Principios**, p. 28 y ss.). Asimismo, la Junta argentina de 1966: "Las Fuerzas Armadas, interpretando el más alto interés común asumen la responsabilidad inalienable de asegurar la unión nacional y de hacer posible el bienestar general incorporando al país los elementos modernos de la cultura, de la ciencia y de la técnica, los que, por una transformación sustancial, la ubican donde corresponde." (Ver texto en Villegas, o.c., p. 258).

(20) Un documento significativo y resonante de esta mentalidad es el Memorandum secreto (1) entregado por el presidente Bordaberry, de la República de Uruguay, a los oficiales generales de su ejército. Más militarista que los militares, Bordaberry fue destituido de su cargo por ellos el 12 de junio de 1976. (El memorandum era de diciembre de 1975).

(21) Cf. el mensaje-programa del general Pinochet el 11 de septiembre de 1976: "Es como fruto del análisis precedente que se comprende también que ante el marxismo convertido en agresión permanente resulte imperioso radicar el poder en las Fuerzas

Armadas y el Orden, ya que ellas cuentan con la organización y los medios para hacerle frente." De esta manera, los que disponen de los medios son los mejores calificados para juzgar de los fines. ¿Qué habría dicho Clausewitz?

(22) Cf. Paulo Schillings, **Militares y militarismo en Brasil: mitos y realidades**, en *Víspera* (Montevideo), N° 11, julio de 1969, p. 9. Ver también el libro de las memorias del general Carlos Prats, comandante en jefe del ejército chileno bajo el gobierno de Allende, portavoz de la lealtad y de la doctrina Schneider (constitucionalismo), alejado del cargo pocos días antes del golpe de Estado por la voluntad de los generales, exiliado el 11 de septiembre y asesinado en misteriosas circunstancias en Buenos Aires.

(23) Acerca de la formación del partido de la Seguridad Nacional en Brasil, cf. Eliezer R. de Oliveira, o.c., p. 19-27. No necesitamos decir que esta historia no se escribirá tan luego.

(24) Por ejemplo, el Acta Institucional N° 5, del 13 de diciembre de 1968, centro de todos los debates políticos de Brasil.

(25) Las Actas Constitucionales N.os 2, 3, 4 del 11 de septiembre de 1976 en Chile. Reemplazan algunos artículos de la Constitución de 1925.

(26) Estado de conmoción interna, segundo de los cuatro grados de estado de excepción en Chile; estado de sitio de julio de 1976 en el Perú; estado de sitio en Argentina: estado de sitio en Bolivia, etc.

(27) Por el Acta Institucional N° 5, poco más de un año después de la entrada en vigencia de la nueva Constitución. En Chile, menos de cinco meses después de la publicación del Acta Constitucional N° 3, fue necesario modificar una disposición porque una estación emisora de radio cerrada por el gobierno, invocó un artículo de ésta para apelar ante los tribunales sobre esta decisión. Los redactores del Acta no habían previsto este "abuso" posible: todos los textos que definen derechos están sujetos a recibir rectificaciones como éstas. Por eso valdría más la pena no definir nada.

(28) El Grupo de Estudios de la "Vicaría de la Solidaridad" (institución que reemplaza el antiguo Comité Pro Paz, suprimido por el presidente Pinochet en 1975), redactó estudios jurídicos acerca de las Actas Constitucionales. Estos estudios no se han publicado por razones obvias.

(29) Cf. Mario Rodríguez V., **Fundamento de la nueva institucionalidad** (el concepto de Seguridad Nacional), en *Mensaje* (Santiago) N° 253 (oct. 1976), págs. 460-462; Gonzalo S. Heredia, Actas constitucionales del 11 de septiembre, 1976, en *Mensaje* N° 253, p. 463-465; Mario Rodríguez V., **La experiencia chilena y las Actas Constitucionales**, en *Mensaje* (Santiago),

N° 254 (nov. 1976), p. 554-560. (Nota: estos nombres de autores son seudónimos).

(30) Acta Institucional N° 5, art. 4. Los presidentes han hecho amplio uso de esta facultad. Por otra parte, el motivo que provocó la promulgación de esta Acta, fue justamente la voluntad de querer anular el mandato del diputado Marcio Moreira Alves exiliado desde entonces en París.

(31) Cf. Andrés Barrientos (seudónimo), **El Poder Judicial y las garantías individuales**, en *Mensaje* N° 250 (julio 1976), p. 292-301.

(32) El Grupo de Estudios de la Vicaría de la Solidaridad de la Arquidiócesis de Santiago hizo un estudio comparativo entre la definición de los derechos individuales en la Constitución de 1925 y en el Acta Constitucional N° 4. En él muestra cómo aun en el caso que esta Acta fuese aplicada, lo que supondría suprimir el estado de sitio, la condición de la persona humana, y los derechos individuales estarían en peores condiciones que antes.

(33) El mismo Grupo de Estudios muestra la gran diferencia entre el estado de sitio dispuesto por la Constitución de 1925 y las nuevas formas de estado de sitio dispuestas por el Acta Constitucional N° 4.

(34) La influencia de la presidencia en todos los órganos tradicionales del Estado está nuevamente puesta en evidencia por Andrés Barrientos (seudónimo), referente a la "Contraloría General, institución chilena cuyas atribuciones son más amplias que las de la Corte de Apelaciones en la mayoría de las democracias europeas tradicionales; **La Contraloría General de la República y las garantías constitucionales**, en *Mensaje* N° 252 (sept. 1976), p. 415-425.

(35) Todos están establecidos según el modelo de la CIA, con la cual naturalmente mantienen estrechos contactos. Las relaciones entre los Servicios de Inteligencia, que son específicamente la policía secreta (SNI en Brasil, DINA en Chile, etc.) y los servicios de inteligencia de las diferentes ramas de las Fuerzas Armadas, constituyen un problema bastante complicado y para cuya solución disponemos de muy pocas informaciones.

(36) Por ejemplo, el Decreto-Ley N° 521, que crea la DINA en Chile, estipula explícitamente que varios de sus artículos no serán publicados.

(37) En Chile las detenciones fueron en un principio justificadas por el estado de sitio y las disposiciones legales tradicionales basadas en el estado de sitio. Frente a las protestas de la opinión pública nacional y sobre todo, internacional, el presidente promulgó el decreto-ley 1.009. Luego, no habiendo sido observado este decreto, intervino el Acta Constitucional N° 4. Los decretos tienden a imponer una cierta publicidad a las detenciones: (deber de informar a las familias en un cierto plazo, etc.). El único

resultado práctico de las disposiciones legales destinadas a tranquilizar a la opinión mundial, es que los arrestos se hacen cada vez más sin testigos, para que así puedan ser simplemente negadas.

(38) A fines de 1976, la Vicaría de la Solidaridad de Santiago de Chile dispuso de una lista de 914 personas "desaparecidas", acerca de las cuales el gobierno niega que estén detenidas, puesto que oficialmente no hay prisioneros políticos que no hayan sido previamente condenados o sometidos a juicio. Seguramente, de esas 914 personas un cierto número están efectivamente detenidas en algún lugar secreto de la República. Pero, un cierto número ha sido sin duda muerto. Por otro lado, la misma fuente posee una seria documentación acerca de los casos de ejecuciones sumarias por elementos de los Servicios de Inteligencia.

(39) Una vez las personas desaparecidas son puestas en libertad, éstas deben comprometerse a no revelar nada de lo que saben: las presiones a los familiares son fuertes. Otro tipo de chantaje: de 3 de julio de 1976 los carabineros envían un ultimátum al gobierno y le obligan a destituir a su jefe, el general Corvetta, porque éste trató de imponer normas contra la represión.

(40) Discurso en una solemne sesión de conferencia acerca de las Actas Constitucionales.

(41) Existe una abundante literatura acerca de las guerrillas, en todos los idiomas. Como introducción, sugerimos a R. Debray, *La crítica de las armas*, 2 tomos, Seuil, París, 1974.

(42) Ver por ejemplo el Decreto-ley 477 (1969) que prohíbe en Brasil cualquier actividad "subversiva" de los miembros de la Universidad: divulgar ideas subversivas, organizar manifestaciones, etc.

(43) La actividad de los sindicatos debe limitarse a la defensa de los intereses de una categoría particular de trabajadores, bajo el control del Poder público y sin la menor referencia a una lucha social. Así es la doctrina oficial. Cf. J. A. Amaral Gurgel, *Segurança e Democracia*, p. 166.

(44) El coronel Orlando Jerez Borges, jefe del servicio de comunicación social de la Junta de Chile, expresa perfectamente en su carta del 24 de abril de 1975, lo que se espera de la Iglesia: "La Iglesia y las Fuerzas Armadas son las dos grandes y únicas defensas que pueden oponerse frente al avance del ateísmo". Desgraciadamente, hay sectores, como los 17 obispos que fueron detenidos en Riobomba el 12 de agosto de 1976, que ponen en peligro "la Seguridad Nacional, la estabilidad política y el prestigio de la patria". (Declaración del subsecretario del Interior, Javier Manrique, el 25 de agosto de 1976, en la TV ecuatoriana).

(45) Una oposición como ésta sólo puede interpretarse como una infiltración del marxismo internacional. El general Pinochet lo dirá en dos ocasiones en su discurso del 11 de septiembre

de 1976. Es un tema muy corriente de la ideología.

(46) Cf. Eliezer R. de Oliveira, *As forças armadas: política e ideologia no Brasil*, p. 13 s.

(47) Cf. la obra colectiva clásica de Ed. Shils, Lucian W. Pye, John J. Johnson, Edwin Lieuwwen, etc., *The Role of the Military in Under-developed countries*, traducido al portugués en 1964, Río, Zahar, y en español Buenos Aires, Pleamar, 1967.

(48) La otorgación del atributo de "modernizantes" a los militares latinoamericanos fue hecha oficialmente por el célebre Rapport Rockefeller en 1969. También era la doctrina de la Rand Corporation. Cf. Alfred Stepan y Luigi Binaudi, *Latin American Institutional Development: Changing Military Perspectives in Perú and Brasil*, Sta. Mónica, Rand Corporation, R-586-DOS, abril 1971.

(49) Entre ellos: Alfred Stepan, Ph. Schmitter, Thomas Skidmore, Juan J. Linz, Ronald M. Schneider.

(50) Cf. Juan J. Linz, *Totalitarian and Authoritarian Regimes*, en Fred I. Greenstein y Nelson W. Polsby, *Handbook of Political Science*, Reading, Mass., Addison-Wesley Publ. Co. 1975, t. II, p. 175-411. Del mismo autor: *The Future of an Authoritarian Situation and the Institutionalization of an Authoritarian Regime: The case Brazil*, en *Authoritarian Brazil*, ed. A. Stepan, p. 233-254. Sobre este autor Cf. Patricio Chaparro, *El modelo de organización política autoritario*, en *Mensaje* (Santiago de Chile), N. 251 (agosto 1976), p. 352-360.

(51) Cf. Bolívar Lamounier, *Ideología en regímenes autoritarios: una crítica a Juan J. Minz*, en *Estudos CEBRAP*, Sao Paulo, N. 7. (ene.-mar. 1974), p. 67-92.

(52) Ver todas las contribuciones en *Authoritarian Brazil*, Ed. A. Stepan, New Haven-London, 1973, especialmente la de A. Stepan, p. 54-59, de Th. Skidmore, p. 18, de Juan J. Linz, p. 235, de Ph. Schmitter, p. 228.

(53) Eliézer R. de Oliveira, *As forças armadas*, p. 15.

(54) En el caso de Chile, algunos se preguntan si se va hacia el modelo español de Franco o hacia el modelo brasileño: se permanece en el mismo contexto. Cf. Santiago L. Ortiz, *Tres años del país: gobierno y fuerzas socio-políticas*, en *Mensaje* N. 252 (sep. 1976), p. 391-397.

(55) Se encontrará una extensa bibliografía en M. Schooyans, *Demain, le Brésil*, Cerf. París, 1976, p. 159-163.

(56) Cf. Michel Schooyans, o. c., p. 34 s.

(57) Cf. Michel Schooyans, *La presidencia Geisel y el "pragmatismo responsable"*, p. 22; Paul Singer, *As contradicções do milagre*, en *Estudos CEBRAP*, N. 6, Sao Paulo (oct. dic. 1973), p. 57-78.

(58) Cf. José Carlos Duarte, *Aspectos da distribuição da renda no Brasil em 1970*, Univ.

de Sao Paulo, 1971 (mimeo.), citado en Paulo I. Singer, *El "milagro" brasileño*, en *Víspera*, N° 35 (Montevideo), 1974, N. 45.

(59) Datos recogidos en **Crescimento e pobreza**, vol. col. ed. Loyola, Sao Paulo, 1975. (Obra realizada por la Comisión Justicia y Paz de la Arquidiócesis de Sao Paulo con la colaboración de especialistas de CEBRAP).

(60) Cf. Patricio Meller y Sebastián Piñera, **¿Es necesaria una desocupación tan alta?**, en *Mensaje*, N. 256, enero 1977, p. 44-47.

(61) Cf. J. Aldunate, **Salarios y precios**, en *Mensaje*, N. 238, mayo 1975, p. 186-188; **Precios y salarios a los dos años**, en *Mensaje*, N. 244, nov. 1975, p. 520-523; **El hambre en Chile**, en *Mensaje*, N. 253, oct. 1976, p. 507-512; **Salarios y despegue** en *Mensaje*, N. 255, dic. 1976, p. 648-650.

(62) **Bolivia: 1971-1976. Pueblo, Estado, Iglesia**, CEP, Lima, 1976, p. 101.

(63) Cf. Glaucio Ary Dillon Soares, **O novo estado na América Latina**, en *Estudios CEBRAP*, N. 13, jul.-sept. 1975, p. 72.

(64) Acerca del sistema socio-económico actual de Brasil, se encontrarán sobre todo ensayos en los estudios CEBRAP, de Sao Paulo. Nos basamos especialmente en Fernando Henrique Cardoso, **O modelo político brasileiro e outros ensaios**, Col. Corpo e alma do Brasil, 2da. ed., Sao Paulo, 1973; **Autoritarismo e Democracia**, Paz e Terra, Río de Janeiro, 1975; y un resumen de sus principales tesis, **As tradições do desenvolvimento-associado**, en *Estudios CEBRAP*, N. 8, 1974, p. 41-76.

(65) Cf. Luciano Martins, **Nação e corporação multinacional**, Río de Janeiro, 1975.

(66) El 5 de mayo de 1975, el presidente Geisel expresaba los principios de su gobierno en lo que respecta a las multinacionales: "Sujetas a reglas preestablecidas y por tanto, siendo compatibles con los supremos intereses de la Nación, las empresas extranjeras, aun de carácter transnacionales, encuentran su lugar en el modelo de desarrollo adoptado. El gobierno les reconoce un papel digno de ser destacado, como vehículos de captación de ahorros externos, de traspaso de tecnología y de incorporación de capacidad de gestión en el ámbito de los negocios y de diversificación de la gama de las exportaciones".

(67) Cf. F. H. Cardoso, **As tradições do desenvolvimento-associado**, p. 69-72. M. Schooyans, **La presidencia Geisel y el "pragmatismo responsable"**, p. 22-24-30.

(68) Cf. M. Schooyans, a. c., p. 27-30 acerca de los contratos de riesgo.

(69) Acerca de las empresas chilenas, ver la revista *Ercilla*, N. 2.166, 2-8 de febrero de 1976, **¿Cuáles son las empresas más grandes de Chile?** Referente a Brasil, las estadísticas provienen de las obras de F. H. Cardoso.

### CAPITULO III:

(1) Obviamente, no existió un estudio más o menos completo sobre este sistema. Todos los estudios sobre las relaciones entre la política exterior de los Estados Unidos y las grandes compañías transnacionales o los grandes sectores de la economía americana son generalizaciones que parten de algunas encuestas de las que no se sabe bien hasta qué punto son representativas del conjunto. Ocurre lo mismo en cuanto al papel de las Universidades o de los medios de comunicación de masa, de la industria, de la cultura. Sobre las actividades de la CIA y de los otros Servicios de Inteligencia sólo se poseen informaciones fragmentarias. Aunque las revelaciones de la prensa americana hayan finalmente dado a conocer más documentos sobre la política exterior de los Estados Unidos que sobre la de cualquier otra potencia, quedan aún muchos secretos guardados. Nos limitamos a citar algunas obras de las cuales hemos hecho uso: Richard J. Barnet, *Intervention and Revolution*, New American Library, New York, 1968; *The Roots of War*, Atheneum Publ., New York, 1972. (Citamos según la edición Penguin Books, 1972); Richard J. Barnet y Ronald Müller, *Global Reach: The Power of the Multinational Corporations*, Simon and Schuster, New York, 1974; Michael T. Klare, *War without End: American Planning for the Next Vietnams*, A. Knopf, New York, 1972; Ronald Steel, *Pax Americana: The Cold War Empire and the Politics of Counterrevolution*, Viking P. Leonard S. Rodberg y Derek Shearer, *The Pentagon Watchers: Students Reports on the National Security State*, Doubleday and Co., Garden City, New York, 1970.

(2) Cf. Morton Berkowitz y P. G. Bock, *American National Security A. Reader in Theory and Policy*, The Free Press, Collier-Mac-Milliam, New York, 1965; Richard Smoke, *The National Security Affairs*, en *Handbook of political science*, Publ. por Addison Wesley Publ. Co., Reading (Mass.), tomo 8, p. 247-362 (1975); Robert McNamara, *The Essence of Security*, Harper and Row, New York, 1968; H. Kissinger, *The Necessity for Choice: Prospects of American Foreign Policy*, Harper and Row, New York, 1961; *Problems of National Strategy: a Book of Readings*, Prager, New York, 1965.

(3) A. M. Schlesinger, *La Presidencia imperial*, PUF, Paris, 1976, p. 177 s.

(4) Cf. A. M. Schlesinger, *La Presidencia imperial*, p. 443.

(5) Cf. Richard Smoke, *The National Security Affairs*, p. 324-330.

(6) Cf. Richard Smoke, a. c., p. 276. Se trata del artículo de G. F. Kennan, firmado X., *The sources of Soviet conduct (1947)*. Acerca de este artículo, ver especialmente R. Aron, *República Imperial*, Calmann-Lévy, Paris, 1973, p. 299 ss.

- (7) Sobre la lucha contra el aislamiento, ver R. Aron, **República imperial**, p. 299-328; Arthur M. Schlesinger, **La Presidencia Imperiale**, p. 111-136; Robert Borosage, **The Making of the National Security State**, en **The Pentagon Watchers**, p. 3-9.
- (8) Generalmente se considera al teólogo Reinhold Niebuhr como el iniciador del movimiento. Niebuhr se basa en la separación entre la moral individual y la moral de los Estados. Predicando la aceptación de moral de los Estados, que es la moral del egoísmo, del interés nacional y de la fuerza, cree moderar los delirios de las guerras hechas en el nombre de motivos ideológicamente elevados, que son más desastrosos que las guerras que aceptan la regla de la moral de los Estados. Cf. Reinhold Niebuhr, **Moral Man and Immoral Society**, New York, 1932; **Christianity and Power Politics**, New York, 1940; **Christian Realism and Political Problems**, New York, 1953. Ver también G. F. Kennan, **American diplomacy, 1900-1950**, Univ. of Chicago Press, Chicago, 1951; Hans J. Morgenthau, **Politics among the Nations**, New York, 1948; **In defense of national interest**, New York, 1951; **Politics in the twentieth century**, 3 tomos, Univ. of Chicago Press, Chicago, 1962; ed. resumida en un volumen, Chicago, 1971.
- (9) Ver una crítica de la escuela realista en R. Aron, **Paz y guerra entre las naciones**, Calmann-Lévy, Paris, 1962, p. 573-587.
- (10) Cf. Richard Smoke, a. c., p. 250 ss.
- (11) El problema de los orígenes de la guerra fría y del significado de la doctrina Truman ha sido el objeto de muchos debates, en los Estados Unidos durante los años 60. Los "revisionistas" ponen en duda la tesis oficial según la cual la Unión Soviética habría tomado la iniciativa de la guerra fría. No entraremos en este controvertido asunto. Los principales revisionistas son: Donna F. Fleming, **The Cold War and its origins**, New York, 1961; David Horowitz, **The Free World Colossus**, Hill and Wang, New York, 1965; Gabriel Kolko, **The roots of American Foreign Policy**, Beacon Press, Boston, 1969; Joyce and Gabriel Kolko, **The limits of Power: The World and United States Foreign Policy, 1945-1954**, Harper and Row, New York, 1973; Gar Alperovitz, **Atomic Diplomacy: Hiroshima and Potsdam**, Random House-Vintage, 1967; William Appleman Williams, **The Tragedy of American Diplomacy**, Dell, New York, 1959. Ver el análisis del revisionismo por R. Aron, **República Imperial**, p. 41-71.
- (12) Sobre el papel de la guerra de Corea en la formación de las concepciones americanas, cf. Arthur M. Schlesinger, **La Presidencia imperiale**, p. 137-186.
- (13) Hoy en día dos motivos contribuyen a centralizar en la persona del presidente todos los problemas de seguridad nacional. La multiplicidad de los pactos obliga a los Estados Unidos a estar listos a asumir sus compromisos y a envlar en cualquier momento sus tropas a cualquier parte, sin que se pueda esperar el consentimiento del Congreso. Luego, tornándose la guerra cada vez más tecnológica, se supone que las decisiones deben ser muy rápidas, de ahí que se le encarguen al presidente .
- (14) Cf. Richard Smoke, **The National Security Affairs**. Este autor muestra hasta qué punto las hipótesis acerca de la disuasión abarcan casi todo el campo de las búsquedas sobre la Seguridad Nacional.
- (15) Existe una abundante literatura acerca del lazo entre la seguridad nacional y la estrategia contra-revolucionaria. Ver p. ej. **The Counter insurgency Planning Guide** (1963), publicación de la **Army's Special Warfare School**, más tarde John F. Kennedy School for Military Assistance, Fort Braggs, N. C.; Robert Tucker, **Nation or Empire?**, John Hopkins Univ. Press., 1968; Marcus G. Raskin, **The Kennedy Hawks assume power from the Einssenhower Vultures**, en **The Pentagon Watchers**, p. 65-67; William Stivers, **The will to intervene**, en **The Pentagon Watchers**, p. 145-183; Richard J. Barnett, **Intervention and Revolution**, New York, 1968; sobre todo Michael T. Klare **War without End**, 1972. De la literatura latinoamericana hay que destacar John Saxe Fernández, **Proyecciones hemisféricas de la paz americana**, en el Instituto de estudios peruanos, IEP-Campodónico-ediciones, Lima, 1971; Octavio Ianni, **Imperialismo y cultura de la violencia**, siglo XXI, México, 1970; Horacio Veneroni, **Estados Unidos y las fuerzas armadas de América Latina**, E. Periferia, Buenos Aires, 1973.
- (16) Para América Latina, la post-guerra se divide en dos períodos bien diferentes. De 1945 a 1961, la estrategia consiste en un programa de defensa continental contra una posible invasión rusa proveniente del Atlántico; desde 1961 la estrategia está orientada contra la invasión desde dentro: se trata de los programas de Kennedy que ocasionaron el cambio brusco. En 1961 los programas de asistencia militar cambiaron; en vez de armamentos pesados y de material naval o aero-naval con miras a luchar contra eventuales submarinos rusos, etc., sólo suministraron material ligero destinado a la guerra de guerrilla. Cf. Horacio L. Veneroni, o. c., p. 70-74.
- (17) Sobre la doctrina Nixon, cf. Horacio L. Veneroni, o. c., p. 86-110.
- (18) Las informaciones acerca de las intervenciones americanas en Chile bajo el gobierno de Allende son aún bastante fragmentarias. Sin embargo, las declaraciones hechas frente a la Comisión de encuesta del Senado, especialmente en diciembre de 1975, no dejan ninguna duda en cuanto a las intervenciones. Esto no significa que la caída de Allende se deba exclusivamente a la intervención de los Estados Unidos; también hay que considerar la incapacidad del gobierno

en ponerse de acuerdo con un programa coherente y la oposición interna.

(19) H. Kissinger fue especialmente claro durante su visita a Brasil en febrero de 1976. Obviamente, los brasileños pueden tener otro punto de vista diferente del de la Seguridad Nacional de los Estados Unidos. Pero puede haber una coincidencia entre el deseo brasileño de reconocerse de pronto un papel de leadership en América del Sur y en el Atlántico Sur, por un lado y la necesidad de los Estados Unidos de tener un satélite principal en la misma región, por otro lado.

(20) El problema de las relaciones entre la expansión económica americana a través del mundo y la política exterior de los Estados Unidos constituyen un vasto problema, en el cual entran inevitablemente factores ideológicos. La tesis marxista está principalmente representada por Harry Magdoff en **The Age of Imperialism**, Monthly Review Press, 1969 (Trad. franc. **L'Age de l'Imperialisme**, Maspero, 1970). Los libros de G. Kolko y de W. A. Williams, citados más arriba en la N. 11, subrayan enfáticamente el factor económico. Ver también William Appleman Williams, **The Roots of the Modern American Empire**, Random House, New York, 1969. Ver en este mismo sentido Claude N. Jullien, **El imperio americano**, Grasset, París, 1968. Ver una extensa polémica de estas tesis en R. Aron, **República Imperial**, p. 175-298. Nos conformamos con poner en relieve el hecho subjetivo de que, en la formación de la conciencia de la seguridad nacional, la preocupación económica juega un gran papel. Cf. Richard Barnett, **The Roots of War**, p. 135-238; Robert Borosage, **The Making of the National Security State**, p. 3-6.

(21) Ver una declaración de Dean Acheson en 1944, en Robert Borosage, a. c., p. 4.

(22) Cf. el slogan de la IBM: "World Peace through World Trade" (La paz mundial a través del comercio mundial). El credo del mundo de los negocios afirma la convicción que existen intereses similares entre las grandes corporaciones y los Estados Unidos, que hay acuerdo entre el interés de las naciones pobres en vías de desarrollo y el interés o la riqueza de los Estados Unidos; que la tarea del gobierno consiste en mantener un clima favorable al comercio mundial. Ver R. Barnett, **The Roots of War**, p. 150.

(23) Existe una verdadera mística del anticomunismo. "El nuevo objetivo político era salvaguardar los países no comunistas (digamos el mundo libre, como se le llamaba en esos tiempos de ilusión) de la subversión o de la conquista comunista. Se atribuyeron como misión en Washington de ser el salvador del mundo entero". (J. M. Schlesinger, **La presidencia imperiale**, p. 174).

(24) H. Kissinger trató de encaminar la política americana hacia la práctica europea tradicional del equilibrio de las potencias desde su primer libro, especialmente dedicado al Congreso de Viena y a la política de restauración del orden

europeo que de éste derivó. Ver A. World Restored: Metternich, Castlereagh, and the Problems of Peace, 1812-1822, Houghton Mifflin, 1957. Kissinger ha expuesto sus principios en repetidas ocasiones. Ver especialmente: **The Moral Foundations of Foreign Policy**, Department of State Bulletin, August 4, 1975, p. 161-168.

(25) La expresión "number one nation" es de Lyndon Johnson, pero el sentido de ella es de todos los presidentes y del conjunto del pueblo americano. Cf. R. Barnett, **The Roots of War**, p. 3. Se dirá que en el subconsciente de todas las naciones hay algo similar, pero no todas tienen los medios necesarios para sus pretensiones, y es por eso que no todas pueden darse el lujo de comunicarlo públicamente.

(26) Se echaban las bases de la mística anticomunista, la que iba a servir de alimento a las enseñanzas distribuidas a los países satélites durante los años 60.

(27) El "bipartisanship" pone a la seguridad nacional por encima de las discusiones de los partidos. Era poner el interés nacional por encima de los intereses de los partidos. Pero también se trataba de ahogar la discusión acerca de la política exterior. Esta condición "proporcionaba a la Presidencia en tiempos de paz un arma nueva y poderosa, sacando a luz la teoría de los tiempos de guerra —la Seguridad Nacional—, y haciendo de ésta un fin por el cual todos los demás valores podían ser legítimamente sacrificados cuando las circunstancias críticas lo exigían". (A. Schlesinger, **La Presidencia imperiale**, p. 140).

(28) Según la expresión de David Halberstan, **The Best and the Brightest**, Random House, New York, 1960.

(29) Cf. R. Barnett, **Roots of War**, p. 48-75.

(30) Cf. R. Barnett, **Roots of War**, p. 76-94.

(31) Cf. R. Barnett, **Roots of War**, p. 95-133.

(32) Sobre el culto de la violencia en los círculos de la Seguridad Nacional, Cf. R. Barnett, **Roots of War**, p. 109-120. Y también el libro de David Halberstan, **The Best and the Brightest**. Ver también William Fulbright, **The Arrrogance of Power**, Random House, New York, 1966.

(33) Cf. A. M. Schlesinger, **La Presidencia Imperiale**, p. 230-235. Carl Bernstein-Robert Woodward, **All The President's Men**, Simon and Schuster, New York, 1974; Theodore R. White, **Breach of Faith: The Fall of Richard Nixon**, Dell, New York, 1975, p. 107-180.

(34) Cf. A. M. Schlesinger, o. c., p. 264.

(35) Cf. A. M. Schlesinger, o. c., p. 272-443; Th. R. White, **Breach of Faith: The Fall of Richard Nixon**, p. 160-167, 176-177, 180-304.

(36) El libro de Arthur M. Schlesinger versa sobre la historia de esta evolución hacia la **Presidencia Imperiale**.

- (37) A. Schlesinger, p. 443.
- (38) Cf. A. Schlesinger, **La Presidencia Imperiale**, p. 3-45.
- (39) A. M. Schlesinger, o. c., p. 264.
- (40) A. M. Schlesinger, o. c., p. 346. Acerca del secreto, se puede leer Harry Howe Ransom, **Can American Democracy Survive Cold War?**, Doubleday Garden City, N. Y., 1964, p. 134-253; Robert Borosage, **The Making of the National Security State**, p. 37-45 (con bibliografía); Norman Dorsen, y Stephen Gillers, **None of your Business: Government Secrecy in America**, Viking Press, New York, 1974.
- (41) Cf. R. Borosage, **The Making of the National Security State**, p. 10-36.
- (42) Cf. R. Barnett, **Roots of War**, p. 76-94.
- (43) Sobre el complejo militar-industrial existe una cantidad enorme de literatura. Citemos sólo algunos títulos: Sidney Lens, **The Military-Industrial Complex**, Pilgrim and The National Catholic Reporter, New York, 1970; Fred J. Cook, **The Warfare State**, Collier Book, New York, 1964; **The Pentagon Watchers**, ed. por L. S. Rodberg y D. Shearer, p. 225-372; Seymour Melman, **Pentagon Capitalism**, McGraw-Hill, New York, 1970.
- (44) Cf. Philip Agee, **Inside the Company: CIA Diary**, Penguin Books, 1975. Luego fueron Víctor Marchetti y John D. Marks, **The CIA and the Cult of Intelligence**, Londres 1974.
- (45) El Presidente le encargó a una comisión presidida por Nelson Rockefeller de hacer una investigación sobre las actividades de la CIA en el interior del país. Cf. **The Nelson Rockefeller Report to the President, by the commission on CIA activities**, Manor Books, junio de 1975. Sobre las actividades de la CIA en el exterior hace tiempo que las denuncias han sido hechas. Pero fue difícil fundamentarlas a base de documentos sólidos, por razones obvias. Sin embargo, una vez aparecidas las revelaciones que se hicieron en los Estados Unidos, especialmente por el caso Watergate, como nos lo decía un profesor de Harvard, "estamos dispuestos a creer que todo es cierto".
- (46) Cf. A. Schlesinger, **La Presidencia Imperiale**, p. 267-272.
- (47) Cf. H. H. Hamson, **Central Intelligence and National Security**, Harvard Univ. Pr. 1958; David Wise and Thomas B. Ross, **The Invisible Government**, Random House, 1964. Sobre las actividades de la CIA ("Covert operations"), ver Norton H. Halperin y Jeremy J. Stone, **Secrecy and Covert Intelligence Collection and Operation**, en N. Dorsen y S. Gillers, **None of your Business**, p. 105-136.
- (48) **The Pentagon Papers**, publicados por el New York Times, en julio de 1971.
- (49) A. Schlesinger, o. c., p. 313.
- (50) Se encuentra un buen resumen de esos cursos en **National Security Seminars: Background Readings: 1973-1974**. (El año que especialmente consultamos), Industrial College of the Armed Forces, Fort Lesley J. McNair, Washington, D. C. 20319.
- (51) También habría que considerar la formidable máquina de propaganda montada por el Pentágono. Cf. Derek Shearer, **The Pentagon Propaganda Machine**, en **The Pentagon Watchers**, p. 99-142.
- (52) Cf. A. Schlesinger, o. c., p. 194.
- (53) Cf. Horacio L. Veneroni, **Estados Unidos y las fuerzas armadas de América Latina**, p. 122-130.
- (54) Cf. Horacio P. Ballester, **Conferencias de Comandantes en Jefe de Fuerzas Armadas Americanas. Pasado-Presente-Futuro**, en **Estrategia**, N. 24, p. 8-9.
- (55) Cf. Horacio L. Veneroni, o. c., p. 122-136.
- (56) Cf. Horacio L. Veneroni, o. c., p. 111-115.
- (57) Cf. Horacio L. Veneroni, o. c., p. 115.
- (58) Cf. Horacio L. Veneroni, o. c., p. 117.
- (59) Cf. Horacio L. Veneroni, o. c., p. 120-122.
- (60) El Congreso americano volvió a la carga en 1965, 1967, 1968, 1971, previendo siempre créditos para la ubicación de la famosa comisión permanente. Cf. Horacio L. Veneroni, o. c., p. 117.
- (61) Cf. Horacio F. Ballester, **Conferencia de Comandantes en Jefe**, en **Estrategia**, N. 24, p. 8-19. Horacio L. Veneroni, o. c., p. 135-147.
- (62) En la VIII Conferencia, en Río de Janeiro en 1968, el general Lanusse, representante de Argentina, propuso lo que los americanos siempre habían deseado: un organismo permanente de coordinación. Su proposición no se concretó. Ver la lista de las Conferencias en el artículo de Horacio Ballester.
- (63) En Caracas, el general Carcagno, comandante en jefe argentino, y el general Mercado Jarrín, comandante en jefe peruano, propusieron agregar entre los problemas a tratar, la justicia social, la autodeterminación de los pueblos y otros temas similares. La propuesta fue rechazada por 10 votos contra 6 (Argentina, Perú, Ecuador, Colombia, Panamá y Venezuela), pero constituía un síntoma de insubordinación. Cf. H. Ballester, a. c., p. 12. Ver los discursos pronunciados para esta ocasión por los generales Carcagno y Mercado Jarrín, en **Estrategia** N° 24, p. 20-29 y 29-41. Por el contrario, en Montevideo el ejército argentino había cambiado de orientación y Colombia se había retirado del grupo de los rebeldes. Hoy en día el número de rebeldes habría disminuido aún más.
- (64) Citado por H. Ballester, a. c., p. 13.

- (65) Cf. John Saxe-Fernández, **Proyecciones hemisféricas de la Paz Americana**, Lima, 1971, p. 36-70; Horacio L. Veneroni, **Estados Unidos y las Fuerzas Armadas en América Latina**, p. 21-43; **The Pentagon's Protégés, Nacla's Latin America and Empire Report**, vol. X, N° 1, enero 1976, p. 7-10, con documentación. Ver las estadísticas sobre la importancia de los programas de ayuda militar en el mismo N. de Nacla, p. 24-31.
- (66) Ver, por ejemplo, el pacto entre los Estados Unidos y Argentina, en Horacio L. Veneroni, o.c., p. 191-200.
- (67) Cf. Horacio L. Veneroni, o.c., p. 21-24.
- (68) Cf. John Saxe-Fernández, **Proyecciones hemisféricas**, p. 45-70; **The Pentagon's Protégés**, p. 19-20.
- (69) Ralph Dungan, antiguo embajador en Chile, decía: "A menudo, nuestros militares están disimulados en otros edificios. El Grupo de Consejeros para la Asistencia Militar (MAAG), por ejemplo, está ubicado en el edificio del Ministerio de Defensa de Chile. Esos oficiales generalmente no se limitan solamente a aconsejar o vender armamentos a la institución militar local. Tienen un poder tal, que están a menudo mezclados con la política interior del país". Cf. Horacio L. Veneroni, o. c., p. 68.
- (70) Ver referencias sobre Bolivia, Guatemala, El Salvador, Honduras, Panamá, Ecuador y Brasil, en John Saxe-Fernández, o.c., p. 58 s. Notas.
- (71) Son los Servicios de Inteligencia los que configuran en gran medida la estrategia; son los intelectuales los que mejor saben manejar las fuerzas armadas.
- (72) Cf. Horacio L. Veneroni, o.c., p. 157-168.
- (73) Cf. Horacio L. Veneroni, **Los Estados Unidos y las Fuerzas Armadas de América Latina**, p. 43-51.
- (74) **The Pentagon's Protégés**, p. 7-10.
- (75) Cf. Michel Schooyans, **La Presidence Geisel y le "pragmatisme responsable"**, p. 24-26.
- (76) Cf. Horacio L. Veneroni, o.c., p. 28-35. En un mensaje al Congreso en 1966, Lyndon Johnson dijo que había puesto el más grande énfasis sobre el programa de entrenamiento, siendo éste "uno de nuestros más eficaces métodos para construir una seguridad del mundo" (29). Declaraciones análogas abundan.
- (77) Cf. Las estadísticas en Nacla, **The Pentagon's Protégés**, p. 14-15, 28-30.
- (78) Cf. **The Pentagon's Protégés**, p. 14-15.
- (79) Cf. **The Pentagon's Protégés**, p. 17-18.
- (80) Cf. **The Pentagon's Protégés**, p. 18.
- (81) Se encontrarán referencias sobre este tema en las notas de **The Pentagon's Protégés**.
- (82) Cf. A. Stepan, **The New Professionalism of Internal Warfare and Military Role**, en A. Stepan, ed. **Authoritarian Brazil**, Yale Univ. Press, 1973, p. 47-65. Sobre el mismo tema ver Alfred Stepan, **The Military in Politics: Changing Patterns in Brazil**, Princeton Univ. Press, 1971; Luigi Binaudi, **The Peruvian Military: A Summary Political Analysis**, Rand Corporation, RM-6048 RC, Santa Mónica, 1969. Alfred Stepan y Luigi Binaudi, **Latin American Institutional Development: Changing Military Perspectives in Perú and Brazil**, Rand Corporation, R-586-DOS, Santa Mónica, 1971. Aun en los Estados Unidos el ejército juega un papel más importante en la política interna, la represión de las manifestaciones o los servicios de inteligencia. Cf. Bruce Russett y Alfred Stepan, ed. **Military Force and American Society**, Harper and Row, New York, 1973.
- (84) Cita incluida en John Saxe-Fernández, **Proyecciones hemisféricas**, p. 171.
- (85) Existe una considerable desproporción entre las dimensiones concretas de la acción cívica militar y el papel que se le pretendía hacer jugar. Su función psicológica fue la de politizar a los militares. Cf. John Saxe-Fernández, **Proyecciones Hemisféricas**, p. 42, nota 66; Cf. Horacio L. Veneroni, o.c., p. 35-41. En sus informes y sus escritos, McNamara le atribuye una importancia fuera de lo común: también servía para dar una buena consciencia y para mostrar los aspectos positivos de las estrategias contrarrevolucionarias.
- (86) Cf. John Saxe-Fernández, o.c., p. 167-172.
- (87) Sobre el concepto de "Nation-building" ver John Saxe-Fernández, **Proyecciones Hemisféricas de la Paz Americana**, p. 35-43. Los autores de la teoría de los militares modernizadores y constructores de naciones son: Lucian Pye, **Armies in the Process of Political Modernization**, en **European Journal of Sociology**, t. 2, 1961, p. 82-91; Edward Shils, **Political Development in the New States**, Mouton, La Haya, 1962; Edwin Lieuwen, **Arms and Politics in Latin America**, Fr. A. Preager, New York, 1960. Ver el compendio: **The Role of the Military in Underdeveloped Countries**, con el título **Los Militares y los Países en Desarrollo**.
- (88) Ver una crítica a esta preparación de los militares latinoamericanos para un papel político en Michael T. Klare, **War without End**, p. 270-310.
- (89) Citado en John Saxe-Fernández, **Proyecciones hemisféricas**, p. 61. Lo único que hacía Westmoreland era retomar la política ya definida desde 1961. Por ejemplo, el 18 de marzo de 1964, Thomas Mann, subsecretario de Estado para Asuntos Latinoamericanos, reunió a todos los embajadores de América Latina y les comunicó las instrucciones del

Gobierno: Mann dijo a los embajadores que debían dedicarse más especialmente a los intereses inmediatos de la Seguridad Nacional: por ejemplo, la protección de las inversiones americanas y la resistencia al comunismo. Sugirió la conveniencia de un compromiso menos visible y menos ferviente por la libertad política y la justicia social. Según esta "doctrina Mann", de allí en adelante, los Estados Unidos no deberían oponerse más a los golpes de Estados militares o a dictaduras de derecha. Ver referencias en Neiva Moreira, *Modelo peruano*, p. 23.

(90) De los 12 generales y coroneles que hicieron el golpe de Estado militar nacionalista en Perú, en 1968, 10 recibieron un entrenamiento en los Estados Unidos, entre los cuales el presidente Juan Velasco Alvarado, el general Edgardo Mercado Jarrín, primer ministro de Relaciones Exteriores y luego primer ministro e ideólogo del régimen, es un diplomático del Colegio de Mando y de Estado —mayor de Fort Leavenworth (U.S. Army Command and General Staff College), una de las dos escuelas de nivel más alto en los Estados Unidos para la formación de oficiales de la más alta categoría. También hay que citar al general Omar Torrijos, autor del golpe de Estado militar nacionalista en Panamá, en 1968, y el general Guillermo Rodríguez Lara, autor del golpe de Estado en Ecuador y Presidente de la República (1972-1976).

(91) Ver *The Rockefeller Report on the Americas*, Quadrangle Books, Chicago, 1969. Cf. los comentarios de Horacio T. Veneroni, o.c., p. 89-96; Gunnar Myrdal, *El desafío del mundo pobre*, NRF, Gallimard, París, 1971, p. 431-466. De este último autor: "El Informe Rockefeller siembra impresionantes esperanzas en el advenimiento de regímenes militares latinoamericanos" (p. 463).

(92) *Report on the Americas*, p. 53.

(93) En este punto de lo expuesto cabría introducir la historia de la acción americana con miras a hacer prevalecer la estrategia en cada país. Esta historia no está hecha aunque bastantes informaciones podrían ser obtenidas de la prensa, las revistas y ciertos archivos. Muchos datos fueron divulgados por *NACLA'S Latin America and Empire Report*, publicado mensualmente desde 1967 en Berkeley. La acción de la diplomacia, de la CIA, de las Fuerzas Armadas y de las grandes empresas americanas muy pocas veces ha constituido un conjunto preestablecido; pero como esos factores actuaban en un mismo sentido, sus esfuerzos se conjugaron. No cabe duda de que su influencia fue determinante, no sólo de manera indirecta, como lo hemos demostrado, pero también de manera muy directa. La estrategia no es tema ya acabado. Más bien sería el tema de un trabajo mucho más extenso que éste.

#### CAPITULO IV:

(1) La obra clásica sobre la historia militar del Brasil es la de Nelson Werneck Sodré, *Historia Militar no Brasil*, Civilização, brasileira, Rio de Janeiro, 1968; *memorias de um Soldado*, Civilização Brasileira, Rio de Janeiro, 1967.

(2) Sobre el "poder moderador" se encontrará una amplia bibliografía en M. Schooyans, *Destino de Brasil*, p. 61 s. En cuanto a los lejanos orígenes de la Escuela Superior de Guerra y las corrientes que pueden constituir etapas históricas, ver M. Schooyans, *Destino de Brasil*, p. 30-46; José Alfredo Amaral Gurgel, *Segurança et Democracia*, p. 16-20; Eliezer Rizzo de Oliveira, *As forças armadas: política e ideologia no Brasil*; p. 34-40; Paulo Schilling, *Militares y militarismo en el Brasil*, mitos y realidades, en *Víspera* (Montevideo) N° 11, 1969, p. 3-11. Ver también naturalmente las obras de los *brasiliamistas*: Ronald M. Schneider, *The political system of Brazil, Emergence of a "modernizing" authoritarian regime*, 1964-1970, Columbia Univ. Press, New York, Londres, 1971; John W. F. Dulles, *Unrest in Brazil. Political-military crises, 1955. 1964*, Univ. of Texas Press, Austin, 1970; Thomas E. Skidmore, *Politics in Brazil, 1930-1964. An experiment in democracy*, Oxford University Press, New York, 1967.

(3) Se trata de dos clásicos de la "realidad brasileña", los precursores de la ciencia política, la que toma como principio criticar el mimetismo político del Brasil. Alberto Torres, *A Organização Nacional*, 1914; Oliveira Vianna, *Instituições Políticas Brasileiras*, varias ediciones pero, desde 1922: *O Idealismo na Evolução Política do Imperio e da República*. Estos autores no sólo denuncian la irrealidad de las instituciones políticas republicanas copiadas de Inglaterra o Francia, pero también el carácter artificial de cualquier cultura política, la irrealidad total de las élites políticas, su total falta de preparación y para terminar el estado atrasado de todo el cuerpo de la nación. De todo esto se puede desprender un llamado a nuevas élites.

(4) Sobre la geopolítica del Brasil, ver General Meira Mattos, *Brasil-Geopolítica e destino*, p. 41-68.

(5) Sobre la fundación de la Escuela Superior de Guerra, hay varios testimonios de los mismos fundadores. Están recopilados por Eliezer Rizzo de Oliveira, *As forças armadas*, p. 19-24; José Alfredo Amaral Gurgel, *Segurança e Democracia*, p. 27-34.

(6) José Alfredo Amaral Gurgel, o.c., p. 30.

(7) Ver los documentos recopilados y anotados (algunas citaciones) en José Alfredo Amaral Gurgel, *Segurança e Democracia*, p. 34-60. Es notable que el general Golbery, organizador de los Servicios de Inteligencia del primer gobierno militar haya podido reeditar en 1967,

escritos ya editados en 1952, 1959 y 1960, o sea, mucho antes de ejercer el poder que él tenía desde hace tres años, justificándose de la siguiente manera: "No nos parece que valga realmente la pena hacer un esfuerzo de actualización". (*Geopolítico do Brasil*, p. 4). Un bello ejemplo de un hombre fiel a sus doctrinas abstractas aún después de haber ejercido el poder a alto rango. ¿O acaso se defendió de antemano contra cualquier influencia de la práctica política sobre las teorías preconcebidas?

(8) Ver acerca de la diferencia de los comportamientos, Eliezer R. de Oliveira, *As forças armadas*, p. 19-21.

(9) Es necesario observar atentamente lo que realmente ocurrió en marzo y abril de 1964. El grupo de la Escuela Superior de Guerra tomó el poder al mismo tiempo en el Ejército y en el Estado. No pudo conquistar el poder político porque no supo maniobrar hábilmente para lograr el control del Ejército. Se trataba de un grupo minoritario cuya tarea más difícil debía ser la de consolidar su empresa en las Fuerzas Armadas. Sobre el golpe de Estado, ver Eliezer Rizzo de Oliveira, o.c., p. 45-55. Acerca de la historia de estos acontecimientos, además de las obras citadas en la nota 2, las que deben necesariamente abordarla, Cf. Hélio Silva, 1964: *Golpe o contragolpe?*, *Civilização brasileira*, Rio de Janeiro, 1975; Fernando Pedreira, *Março*, 31. *Civis e militares no processo da crise brasileira*, Rio de Janeiro, 1964.

(10) Los **brasilianistas** americanos llamaron la atención acerca de la eficacia de la doctrina de la seguridad nacional en el caso brasileño. Ver Thomas E. Skidmore, *Politics and Economic Policy Making in Authoritarian Brazil, 1937-1971*, p. 18; A. Stepan, *The New Professionalism*, p. 54-59. Juan J. Linz (*The Future of an Authoritarian Situation*, p. 235), se pregunta si la Seguridad Nacional puede proveer una base suficiente para un Estado: parece, sin embargo, que los hechos muestran la posibilidad. Sobre la historia del modelo de seguridad nacional, ver Fernando Pedreira, *Brasil*, Política, 1964-1975, Sao Paulo, 1975; Luis Viana Filho, *O Governo Castelo Branco*, col. Documentos brasileiros, 2ª ed., José Olympio, Rio de Janeiro, 1975; Eliezer Rizzo de Oliveira, *As forças armadas*, p. 56-113.

(11) Thomas E. Skidmore, o.c., p. 3-17, muestra bien cómo la línea dura siempre termina por imponer su voluntad. También pone en evidencia la complicidad de la línea dura y de la clase tecnocrática. Por cierto se base en un análisis de hechos económicos fundamentales para mostrar que la nueva política económica suponía conflictos tales, que sólo un gobierno autoritario podía imponerlos. La alianza entre la línea dura y los tecnócratas está por lo tanto basada objetivamente.

(12) Ver acerca de esta etapa fundamental en el proceso brasileño en Eliezer R. de Oliveira, o.c., p. 60-64.

(13) Se encontrará una evocación de las últimas luchas de la oposición en Marcio Moreira Alves, *La paix est morte*, DDB, París, 1975. Hasta 1968 todavía se creía en ciertos medios que la línea dura aún no había vencido.

(14) En cuanto a las posibles repercusiones de un detenimiento del desarrollo percibido por las clases sociales que constituyen el mercado y participan en el consumo, Cf. Albert O. Hirschman, *Mudanças na tolerancia com a desigualdade de renda no curso do desenvolvimento económico*, en *Estudos CEBRAP* N° 13, p. 29-54.

(15) Perú al igual que Brasil, tiene sus especialistas americanos. Cf. Abraham F. Lowenthal, ed., *The Peruvian Experiment Continuity and Change under-Military Rule*, Princeton Univ. Press, N. J. 1975; Ph. C. Schmitter, ed. *Military Rule in Latin America, Function, Consequences and Perspectives*, Beverly Hills-Londres, 1973; Kevin J. Middlebrook and David Scott Palmer, *Military Government and Political Development Lessons from Perú*, Sage Publications, Beverly Hills (Calif., London, 1975; Alfred Stepan and Luigi Binaudi, *Latin American Institutional Development: Changing Military Perspectives in Peru and Brazil*, Rand Corporation R-586-DOS, Santa Mónica, 1971; Neiva Moreira, *Modelo peruano*, La línea, Buenos Aires, 1974; Arnaldo Pedrodo d'Horta, *Perú: da oligarquia económica a militar*, ed *Perspectiva*, Sao Paulo, 1971.

(16) Se encontrará la más completa exposición de los cambios en el libro de Neira Moreira; los representantes de la izquierda peruana han naturalmente discutido el alcance de las reformas introducidas o proyectadas por el gobierno militar. Ellos en general se han dividido. Ver los estudios críticos de José Matos Mar, Julio Cotler, Jorge Bravo Bressani y otros especialmente en el volumen colectivo *Perú: Hoy*, Siglo XXI, México, 1971.

(17) Esta ideología se expresa a través de los discursos de los jefes militares, y en primer lugar los del presidente Juan Velasco Alvarado (ver especialmente **Velasco**, la voz de la revolución, E. Peisa, Lima, 1971). También existen los discursos de los artesanos de la Revolución, los generales Jorge Fernández Maldonado, Leonidas Rodríguez, Enrique Gallegos Venero, etc. Entre los portavoces civiles, el más fecundo fue Carlos Delgado. Ver, por ejemplo, *El proceso revolucionario peruano: testimonio de lucha*, Siglo XXI, México, 1972. En todos estos escritos se encuentran los temas del socialismo, participación, cogestión, etc. Se publica sobre Yugoslavia en el Perú: ver Yaroslav Vanek, *La economía de participación: hipótesis evolucionista y estrategia para el desarrollo*, Instituto de Estudios Peruanos, Lima, 1971. El modelo de sociedad, que pretende construir la Revolución peruana está anunciado en el *Plan Inca*, elaborado por un grupo de oficiales la víspera del golpe de Estado, y divulgado en numerosas ediciones populares, al

igual que en las Bases ideológicas de la Revolución peruana.

(18) Los civiles generalmente no hacen alusión a esto, ya que el concepto de ideología está tan unido por su pasado marxista y delimitado por los hechos económicos. Sin embargo, no es dudoso que en el proceso peruano la política sea conducida por la ideología propiamente militar, aunque algunos militares no se den cuenta de la fuerza de esta ideología. En general los militares no saben que tienen una ideología. Para ellos ella tiene la fuerza de la evidencia. Ella constituye el modelo, gracias al cual perciben la realidad, y creen que la ven objetivamente, científicamente, sin la intervención de ninguna ideología. Pero no es porque los militares nieguen tener una ideología que hay que creerles.

(19) Del general Edgardo Mercado Jarrín, hay que ver **Seguridad, Política, Estrategia**, ed. Ministerio de Guerra, Lima, 1974; ed. argentina, Schapiro, Buenos Aires, 1975; citamos la edición argentina; además **Ensayos**, ed. Ministerio de Guerra, Lima, 1974. Además, es necesario leer el importante discurso pronunciado en la IX Conferencia de los Ejércitos americanos en Caracas en 1973, ya que fue un discurso histórico que marcó una nueva etapa en la historia de los ejércitos americanos. Cf. la revista argentina **Estrategia**, N° 24, p. 29-40.

(20) Cf. A. Pedroso d'Horta, Perú, p. 113-124.

(21) Sobre los hombres de la Revolución, ver Pedroso d'Horta, Perú, p. 97-112; Neiva Moreira, **Modelo Peruano**, p. 21-57.

(22) Cf. Arnaldo Pedroso d'Horta, o.c., p. 115-117; Neiva Moreira, **Modelo Peruano**, p. 99-183.

(23) Cf. Neiva Moreira, **Modelo Peruano**, p. 35-37.

(24) Sobre el CABM, ver Arnaldo Pedroso d'Horta, Perú, p. 118-124; Neiva Moreira, **Modelo Peruano**, p. 119-124.

(25) Cf. Arnaldo Pedroso d'Horta, Perú, p. 120-122; Edgardo Mercado Jarrín, **Seguridad, Política, Estrategia**, p. 24-29.

(26) Cf. Edgardo Mercado Jarrín, **Seguridad, Política, Estrategia**, p. 111-114, 167-188; **Ensayos**, p. 183-192; **Hacia el establecimiento de una política general colectiva del Tercer Mundo**, en **Estrategia**, N° 33 (marzo-abril 1975), p. 38-43.

(27) Cf. E. Mercado Jarrín, **Ensayos, El poderío de los pobres**, p. 193-208.

(28) Cf. E. Mercado Jarrín, **Seguridad, política, estrategia**, p. 110-111.

(29) Sobre la concepción de la subversión y su papel en la política, cf. E. Mercado Jarrín, **Seguridad, política, estrategia**, p. 199-219; **Ensayos**, p. 89-119. Sobre la primacía de la

política en la estrategia militar sobre este punto. Cf. **Ensayos**, p. 118. La base de la concepción consiste en que la guerrilla no constituye una amenaza urgente que exija una concentración de la Nación alrededor de las operaciones militares y que es necesario llevar la solución ahí donde están las causas, es decir en la desigualdades sociales excesivas.

(30) Sobre el extremismo de extrema derecha, Cf. **Seguridad, política, estrategia**, p. 204-206; **Ensayos**, p. 104-106.

(31) Cf. E. Mercado Jarrín, **Seguridad, política, estrategia**, p. 169-180. **Ensayos**, p. 165-182.

(32) Cf. E. Mercado Jarrín, **Ensayos**, p. 148, 159.

(33) Cf. E. Mercado Jarrín, **Seguridad, política, estrategia**, p. 116-148.

(34) Cf. E. Mercado Jarrín, **Seguridad, política**, p. 116-120.

(35) Cf. E. Mercado Jarrín, **Seguridad**, p. 20-36.

(36) Cf. E. Mercado Jarrín, **Seguridad**, p. 27-29-31.

(37) Cf. E. Mercado Jarrín, **Seguridad**, p. 58 s.

(38) Cf. E. Mercado Jarrín, **Ensayos**, p. 133-137, 145-161.

(39) Cf. E. Mercado Jarrín, **Seguridad**, p. 59-65; **Ensayos**, p. 145, 161.

(40) E. Mercado Jarrín, **Ensayos**, p. 159.

(41) Cf. E. Mercado Jarrín, **Ensayos**, p. 155 s.

(42) Cf. E. Mercado Jarrín, **Seguridad**, p. 37-52.

(43) Cf. E. Mercado Jarrín, **Seguridad**, p. 31-33, con un esbozo respecto a los componentes de la participación. La promoción de las masas es uno de los fines esenciales de la Revolución.

(44) Existen relativamente pocos estudios sobre la ideología chilena. Ver dos artículos que reflejan la perplejidad de la primera fase: Jaime Ruiz-Tagle P. **Nacionalismo, democracia y desarrollo**, en **Mensaje**, N. 243, oct. 1975, p. 407-410; Santiago L. Ortiz, **Tres años del país gobierno y fuerzas socio-políticas en Mensaje**, N. 252, sept. 1976, p. 391-397. Entre los estudios publicados fuera del país destacuemos José Antonio Viera Gallo, **Esquema analítico de la ideología de la junta militar chilena: un fascismo dependiente**, en el boletín **Chile-América del Centro de Estudios y de Documentación de Roma (Viale Trastevere 221/5)**, N. 8-9, 1975, p. 33-41.

(45) Se encuentra un testimonio al respecto en un libro colectivo publicado poco después del golpe de Estado por un conjunto de personalidades conservadoras, Pablo Baraona U., Ricardo Cox, etc. **Fuerzas armadas y seguridad nacional**, ed. Portada, Santiago, 1973.

(46) El 12 de marzo de 1977, un nuevo decreto declara ilegales todos los partidos cualesquiera que sean. La medida apunta en primer lugar a la Democracia Cristiana, objeto de un resentimiento muy particular del Gobierno. En efecto, es acusada de haber abierto las puertas al marxismo bajo el gobierno de Frei, al promover ciertas reformas sociales, como la reforma agraria.

(47) Discurso del presidente de la honorable Junta de Gobierno el 11 de octubre de 1973, ed. Nac. Gabriela Mistral, p. 5.

(48) *Ibid.*, p. 5.

(49) *Ibid.*, p. 5 ss. "El gesto del 11 de septiembre incorpora a Chile a la lucha heroica de los pueblos amantes de la libertad contra la dictadura marxista. Los chilenos se han penetrado del mismo espíritu de libertad que movió a los checoslovacos y los húngaros para luchar contra un enemigo sin clemencia, para vencer el marxismo internacional". Los textos que ilustran esta tesis son innumerables.

(50) La tesis es ésta: nuestro concepto de seguridad nacional no forma parte de una doctrina: defendemos la Seguridad Nacional, pero no una doctrina que lleve ese nombre. Si se le opone la doctrina, bastante conocida internacionalmente, dicen que ésta no expresa su convicción. Pero basta con leer los discursos del Presidente de la República, los comunicados del gobierno, las cláusulas de los decretos-leyes relacionadas con la Seguridad Nacional, y las Actas Constitucionales N.os 2, 3 y 4, para darse cuenta de la realidad: en ningún otro país la doctrina de la Seguridad Nacional aparece tan claramente y sin misterio. Las publicaciones hechas bajo los auspicios del gobierno confirman la misma interpretación. Por otra parte, la Academia Superior de Seguridad Nacional, a la cual el gobierno otorga la más grande importancia es, ella sola, un elocuente testimonio.

(51) Para no despertar las sospechas de los obispos católicos, la Seguridad Nacional se presenta desde entonces acompañada del "Bien común", expresión que, como se sabe, forma parte de la jerga eciesiástica. Se pretende introducirla, gracias a esta tranquilizadora asociación. Asimismo, todas las imágenes orgánicas han sido eliminadas de la descripción del Estado o de la Nación.

(52) El grupo de estudios del Vicariato de la Solidaridad del Arzobispado de Santiago, ha redactado una serie de estudios sobre las implicaciones de la doctrina de la Seguridad Nacional en la legislación chilena actual, en las instituciones políticas y en la práctica política corriente, como asimismo en el sistema económico creado por el régimen militar. Estos estudios no han sido publicados hasta ahora.

(53) Sobre la historia política del ejército argentino, Cf. Jorge Abelardo Ramos, *Historia*

*política del Ejército argentino*, A. Peña Lillo, Buenos Aires, 1959.

(54) Hay naturalmente varias maneras de comprender y de presentar la historia de Argentina en el curso de los últimos años. Adoptamos globalmente la perspectiva de un social-cristiano más o menos nacionalista de izquierda, Ignacio Palacios Videla, "Revolución argentina" y crisis de la democracia, en *Víspera* (Montevideo), N. 15 (1970), p. 36-52.

(55) Cf. Juan José Hernández Arregui, *La formación de la conciencia nacional (1930-1960)*, Plus ultra, Buenos Aires, 3ª ed., 1973, p. 393-436.

(56) Ver Osiris Guillermo Villegas, *Tiempo geopolítico argentino*, Pleamar, 1975, p. 177. "El Pueblo y las Fuerzas Armadas en una lucha común".

(57) Cf. J. J. Hernández Arregui, *La formación de la conciencia nacional*, p. 525-529.

(58) Cf. Horacio L. Veneroni, *Estados Unidos y las fuerzas armadas de América Latina*, p. 189-200.

(59) Hemos dado más arriba una lista de traducciones de libros franceses. Entre los autores argentinos que se sitúan en la línea francesa, se citará al muy prolífico general Alberto Marini, autor de una decena de libros alrededor del mismo tema. El último cronológicamente es *Estrategia amarilla*. Rioplatense, Buenos Aires, 1975. En la misma línea, Julio Alberto Cirino, *Argentina frente a la guerra marxista*, Rioplatense, Buenos Aires, 1974.

(60) Sobre el nacionalismo de derecho, ver J. J. Hernández Arregui, *La formación de la conciencia nacional*, p. 165-282.

(61) El "Movimiento de sacerdotes para el Tercer Mundo" es una asociación que, en el momento de su más grande expansión reunió alrededor de 100 prelados argentinos o establecidos en Argentina alrededor de una ideología de desarrollo y de liberación concebida a partir de la teoría de la dependencia. Han publicado varios fascículos donde se expresan sus ideas *Sacerdotes para el Tercer Mundo, Nuestra reflexión, Los sacerdotes para el Tercer Mundo y la actualidad nacional*, ed. La rosa blindada, Buenos Aires.

(62) Cf. Ignacio Palacios Videla, "Revolución argentina" y crisis de la democracia, p. 41.

(63) Cf. Benjamín Rattenbach, *El sistema social-militar en la sociedad moderna*, p. 30; Osiris Guillermo Villegas, *Políticas y Estrategias para el Desarrollo y la Seguridad Nacional*, p. 58-62. En Argentina, hay igualmente una escuela Superior de guerra para crear la doctrina de Seguridad Nacional, es la Escuela Nacional de Guerra.

(64) Cf. Osiris Villegas, o. c., p. 253-260.

(65) General Osiris Guillermo Villegas, **Políticas y Estrategias para el Desarrollo y la Seguridad Nacional**, Pleamar, Buenos Aires, 1969.

(66) Cf. Osiris Guillermo Villegas, o. c., p. 39-50, para los principios más fundamentales.

(67) Cf. Alberto Methol Ferré: **Geopolítica de la Cuenca del Plata. El Uruguay como problema**. A. Peña Lillo, Buenos Aires, 3ª ed., 1973.

(68) Cf. Philip Agee, *Inside The Company*. CIA. **Diary (Dentro de la Compañía, Diario de la CIA)**, p. 99-316.

(69) Se encuentra aquí una innovación: la división de la estrategia de Seguridad Nacional en cuatro "frentes": el frente externo, interno, económico y militar. En este momento los ministros hacen figurar, al lado de su título ministerial, el del frente que dirigen: Jefe del frente económico, etc.

(70) Este hecho inmortaliza el nombre de aquel que ha asumido la responsabilidad, el Dr. Javier Manrique, subsecretario de Estado del Interior, cuya obra política se limitará, sin duda, a esta hazaña.

(71) Cf. Alipio Valencia Vega, **Geopolítica en Bolivia**, ed. Juventud, La Paz, 1975.

## CAPITULO V:

(1) Benjamín Rattenbach, **El sistema social-militar en la Sociedad moderna**, Pleamar, Buenos Aires, 1972, p. 38.

(2) Golbery de Couto e Silva, **Geopolítica do Brasil**, p. 9.

(3) El general Beaufre fue el principal protagonista de la "Estrategia general", sobre todo en su **Introducción a la Estrategia** (1963) y su **Estrategia de la Acción** (1966). La crítica de R. Aron es ampliamente pertinente; Cf. **Pensar la guerra, Clausewitz**, t. II, p. 258-260, 271-277. Las mismas objeciones son válidas contra la estrategia de los americanos.

(4) Cf. R. Aron, **Pensar la guerra, Clausewitz**, t. II, p. 268-274.

(5) Contra el concepto de guerra fría, ver R. Aron, **Pensar la guerra, Clausewitz**, t. II, p. 247-257. Las críticas apuntan antes que nada hacia el general Beaufre, especialmente en la **Estrategia de la acción**, p. 66.

(6) No pretendemos excluir la acción de las organizaciones internacionales. Para citar sólo un ejemplo, la **IV Internacional** desempeña un rol

en la guerrilla latinoamericana, pero la **IV Internacional** no es el "comunismo internacional".

(7) La más mínima crítica es considerada como que pone en peligro los fundamentos del Estado. Según los discursos del famoso subsecretario de Estado en la cartera del interior del Ecuador, Javier Manrique, los diecisiete obispos, la gran mayoría ancianos, que estaban reunidos en Riobamba en agosto de 1976, ponían en peligro la Seguridad de la nación. Es por esto que fue necesario un gran despliegue de servicios secretos para detenerlos, mantenerlos en secreto, arrestarlos con metrallas, bombas de gas lacrimógeno, etc.; siempre la misma desproporción, exorbitante entre las "amenazas" y la "prevención".

(8) Tema habitual en Chile. Toda la acción mundial en favor de los Derechos Humanos está maniobrada por Moscú. Ver por ejemplo la Declaración oficial del gobierno chileno de 8 de marzo de 1977 respecto al hecho que la víspera un grupo de un centenar de esposas de individuos desaparecidos se reunieron en los corredores del palacio de justicia para solicitar la intervención del presidente de la Corte Suprema frente al Presidente de la República, con el fin de que fuera abierta una investigación relativa a la suerte de casi quinientos desaparecidos, cuyas detenciones niega el Gobierno. He aquí la declaración oficial relativa al hecho: "La noticia de que se trata y los hechos de que se da cuenta constituyen una muestra más de la canallasca campaña iniciada por el marxismo contra Chile desde el 11 de septiembre de 1973 y que ha encontrado eco en personas e instituciones que consciente o inconscientemente no advierten o no quieren advertir que son utilizadas para debilitar el gobierno por haber puesto freno a la labor desquiciadora del marxismo dentro del país".

(9) Al caso, si se consideran las amenazas contra el orden y la seguridad del Estado. Si se considera que la función de los Servicios de Inteligencia es también la de preservar una situación económica altamente favorable para los privilegiados, es obvio que cualquier crítica constituya una seria amenaza.

(10) El decano de la Facultad de Derecho de la Universidad Católica de Santiago explicaba las Actas Constitucionales chilenas, recientemente promulgadas, diciendo que si alguien es detenido y encarcelado por la policía secreta sin que se le reproche delito alguno, no hay lugar a quejas. Efectivamente, el Estado no lo acusa ni lo castiga. Se trata de una simple medida precautoria: se podría dar, en efecto, que su presencia en libertad pueda ser un peligro para la seguridad del Estado, aunque no se percatara de ello y aunque no cometiera ningún delito. En resumen, una simple formalidad, como un control de identidad o un control de aduana, lo que no es infamante para nadie.

(11) B. Rattenbach, **El sistema social-militar en la sociedad moderna**, Buenos Aires, 1972, p. 31.

(12) Ver también las acotaciones críticas de Arnold Wolfers, "**National Security**" as an

ambiguous symbol, publicada en 1952, y retomada en **American National Security: A Reader in: Theory and Policy**, ed. por Morton Berkowitz y P. G. Bock, The Free Press, 1965, p. 43-53.

(13) Ver el conjunto del estudio del General Osiris Villegas, **Políticas y Estrategias para el desarrollo y la Seguridad Nacional**, Buenos Aires, Pleamar, 1969.

(14) H. Morgenthau resume su idea acerca del Interés Nacional en **Another "great debate": the National Interest of the United States**, publicado en 1952, retomado en **American National Security**, de M. Berkowitz y P. G. Bock, p. 26-42. Ver estudios críticos de Charles A. Beard, **The idea of national interest**, primero publicado en 1934 y retomado en **American National Security**, p. 3-16; William Coplin, Patrick J. McGowan, Michael K. O'Leary, **American Foreign Policy: An Introduction to Analysis and Evaluation**, Buxbury Press, North Scituate (Mass), cap. 2: **The myth of the National Interest**, p. 25-38.

(15) Ver las acotaciones de Bertrand de Jouvenel, **Los comienzos del Estado moderno. Una Historia de las ideas políticas en el siglo XIX**. Fayard, París, 1976, p. 253-272 (**La sociedad industrial y sus rasgos militares**).

# BIBLIOGRAFIA

## ESTADOS UNIDOS:

Arthur D. Larson, **National Security Affairs: A Guide to Information Sources**. Gale Research Co., Detroit, 1973.

Theodore F. Dutko, **Current Works on Economic and Social Aspects of National Security: A Selective Bibliography**. Industrial College of the

Armed Forces, Washington, D. C., 1962.

David M. Abshire and Richard V. Allen, **National Security: Political Military and Economic Strategies in the Decade Ahead**. Frederick A. Praeger, New York, 1963.

**American Defense Policy since 1945. A preliminary bibliography, compiled by John Greenwood**, ed. by: Geoffrey Kemp, etc., published by the National Security Education Program, by the University of Kansas. Lawrence - Manhattan - Wichita, Kansas State University, 1973.

Morton Berkowitz and P. G. Bock, **American National Security; A Reader in Theory and Policy**. The Free Press, Collier-Macmillan. New York, 1965.

Frank N. Trager and Philip S. Kronenberg, **National Security and American Society**, University of Kansas Press, Kansas Cy, 1973.

Robert S. McNamara, **The Essence of Security**, Harper and Row, New York, 1968.

Henry A. Kissinger, ed. **Problems of National Strategy: A Book of Readings**. Fr. Praeger, New York, 1965.

Henry A. Kissinger, **The Necessity for Choice: Prospects of American Foreign Policy**, Harper and Row, New York, 1961.

**National Security Seminar. Background. Readings**. Industrial College of the Armed Forces, Fort Lesley J. McNair, Washington, D. C., annuel.

Richard Smoke, **The National Security Affairs**, dans le tome 8: **International Politics**, ed. par Fred I. Greenstein and Nelson W. Polsby, du Handbook of political science publ. Addison-Wesley Publi. Cy, Reading (Mass), 1975, p. 247-362.

John M. Collins, **The great Strategy**, Naval Institute Press, Annapolis, Maryland, 1974.

## AMERICA LATINA:

Golbery do Couto e Silva, **Geopolítica do Brasil**, José Olympio, Rio de Janeiro, 1975.

Esta bibliografía contiene exclusivamente las obras que tienen relación con la doctrina de la Seguridad Nacional.

José Alfredo Amaral Gurgel, **Segurança e Democracia**, José Olympio, Rio de Janeiro, 1975.

Eliezer Rizzo de Oliveira, **As forças armadas: política e ideología no Brasil (1964-1969)**. Vozes Petrópolis, 1976.

Michel Schooyans, **Destin du Brésil. La technocratie militaire et son idéologie**, Duculot, Gembloux (Belgique), 1973.

Edgardo Mercado Jarrín, **Seguridad, política, estrategia**, Ministerio de la Guerra, Lima, 1974; Schapire, Buenos Aires, 1975.

Edgardo Mercado Jarrín, **Ensayos**, Ministerio de la Guerra, Lima, 1974.

Osiris Guillermo Villegas, **Políticas y Estrategias para el Desarrollo y la Seguridad Nacional**, Ed. Pleamar, Buenos Aires, 1969.

Mario Zañartu, Ed. **Seguridad Nacional y Bien Común**. Santiago, 1976.

Revues: **Estrategia** (Buenos Aires), **Actualidad militar** (Lima), **Seguridad Nacional** (Santiago).

## SUPLEMENTO

### BIBLIOGRAFIA 1976 - 1978

## ESTADOS UNIDOS

1) Nació en Washington el "Center for National Security Studies" (CNSS) (122 Maryland Ave. N. E., Washington, D. C., 20002) bajo la dirección de Morton H. Halperin. El centro se dedica a la investigación crítica del sistema y de la doctrina de Seguridad Nacional aplicado por los Estados Unidos dentro y fuera de las fronteras de la nación.

El centro publica una revista mensual: **First Principles: National Security and Civil Liberties**.

El centro publica también libros y folletos. Entre los libros recién publicados, se puede destacar:

Morton H. Halperin, Jerry J. Berman, Robert L. Borosage and Christine M. Marwick, **The Lawless State: The Crimes of the U.S. Intelligence Agencies**, Penguin Books, New York, 1976.

Morton H. Halperin and Daniel Hoffman, **Top Secret: National Security and the Right to know**, New Republic Press, Washington, 1977.

Morton H. Halperin and Daniel N. Hoffman, **Freedom vs. National Security**, Chelsea House, New York, 1977.

Robert Borosage and John Marks, **The CIA File**, Grossman-Viking, New York, 1976.

2) Historia.

Daniel Yergin, **Shattered Peace: The Origins of the Cold War and the National Security State**, Houghton Mifflin Co, Boston, 1977 (526p.)

3) Seguridad Nacional y distensión.

Gen. Maxwell D. Taylor et al., **New Dynamics in National Strategy: The Paradox of Bower**, Thomas Y. Crowell Co., New York, 1975.

Gen. Andrew J. Goodpaster and faculty members of the US Army War College, **National Security and Détente**, Thomas Y. Crowell Co., New York, 1976.

4) Seguridad Nacional y Comisión Trilateral.

**La comisión trilateral y la coordinación de políticas del mundo capitalista**, revista **Estados Unidos: perspectiva latinoamericana**, cuadernos semestrales, n° 2-3, México, 1978 (498 p.)  
Michel Crozier, Samuel P. Huntington, Joji Watanuki, **The Crisis of Democracy: Report on the Governability of Democracies to the Trilateral Commission**. New York Univ. Press, 1975.

5) Política actual de los Estados Unidos y sus principios relacionados con la Seguridad Nacional.

n° 1 de los cuadernos semestrales **Estados Unidos perspectiva latinoamericana: ¿nuevas relaciones estados unidos - américa latina?**, México, abril 1977 (226 p.)

Gregory P. Treverton, **Latin America in World Politics: The Next Decade**, The International Institute for Strategic Studies, London, 1977.

Richard H. Ullmann, **Trilateralism: "Partnership" for What?**, en **Foreign Affairs**, vol. 55, N° 1 (oct. 1976).

Abraham F. Lowenthal, **The United States and Latin America: Ending the Hegemonic Presumption**, en **Foreign Affairs**, vol. 55, N° 1 (oct. 1976), p. 199-213.

Stanley Hoffmann, **The Hell of Good Intentions**, en **Foreign Policy**, N° 29 (winter 1977-1978), p. 3-26.

S. E. Fiver, **The Military and Politics in the Third World**, en W. Scott Thompson, ed. **The Third World: Premises of US Policy**, Inst. for Contemp. Studies, San Francisco (Calif.), 1978, p. 63-98.

Actualidad: entrevista de James Reston a Zbigniew Brzezinski, **The World according to Brzezinski**, en **The New York Times Magazine**, dec. 31, 1978.

6) Síntesis:

Gerald and Patricia Mische, **Toward a Human World Order: Beyond the National Security Straitjacket**, Paulist Press, New York, 1977.

## AMERICA LATINA:

Brian Loveman and Thomas M. Davies, Jr. **The Politics of Antipolitics: The Military in Latin America**, Univ. of Nebraska Press, Lincoln and London, 1978.

**Estados Unidos y los Estados de Seguridad Nacional en América Latina**, en *estados unidos perspectiva latinoamericana*, cuadernos semestrales, N. 1, México, 1977, p. 103-120.

Jan Knippers Black, **United States Penetration of Brazil**, Univ. of Pennsylvania Press, 1977.

Abraham Lowenthal, ed. **The Peruvian Experiment: Continuity and Change under Military Rule**,

Princeton University Press, Princeton, 1976. Las revistas latinoamericanas siguen publicando sobre el asunto, frecuentemente en un tono defensivo con el fin de rechazar las denuncias hechas sobre todo en la Iglesia.

## Puebla:

El Documento de la III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, conocido como **Documento de Puebla**, contiene condenaciones formales sobre la doctrina de Seguridad Nacional. Ver los números 49, 314, 547-549, 1.262.

## Documento:

Un documento interesante que contiene una elaboración de los conceptos de la Doctrina de Seguridad Nacional es el **Reglamento General de la Ley de Seguridad Nacional**, promulgado por el decreto supremo N° 913 F. de la República del Ecuador (17-II-1976). (Publicación de la Secretaría General del Consejo de Seguridad Nacional).

Este reglamento que viene a determinar la aplicación de la Ley de Seguridad Nacional, fue publicado cuando el gobierno militar anunció su intención de entregar el poder a un nuevo presidente elegido según una nueva constitución. El **Reglamento General de la Ley de Seguridad Nacional**, es, como la misma **Ley de Seguridad Nacional**, un documento concebido como anterior y superior a la constitución. Este documento muestra claramente los límites de la vigencia del nuevo Estado democrático.

En todos los países que vuelven a una "democracia protegida" se promulgan textos jurídicos semejantes a este aunque no tan explícitos.

**CUESTIONES MORALES  
A PROPOSITO DE LA  
SEGURIDAD NACIONAL**

**P. José Comblin**

## CUESTIONES MORALES A PROPOSITO DE LA SEGURIDAD NACIONAL

En este momento en Chile y en diversas naciones latinoamericanas está abierto un debate sobre una "nueva institucionalidad" y una nueva Constitución del Estado. Muchos se preguntan sobre el lugar y el rol que le reservarán a ese famoso concepto de "seguridad nacional" en la nueva ley fundamental del Estado, y sobre la forma como se podría institucionalizar la función de defender esa "seguridad nacional".

Los defensores de la "Doctrina de Seguridad Nacional" importada desde los Estados Unidos creen firmemente que ese concepto es una gran conquista a la vez de la estrategia y de la ciencia política. El concepto figura en todos los manuales norteamericanos, y dado que cada año de ... 25.000 a 30.000 páginas de literatura militar se traducen del inglés al castellano, (1) podemos imaginar la presión ideológica que emana del mundo militar del Hermano Mayor.

En los Estados Unidos, el concepto de "seguridad nacional" está estrechamente vinculado al rol imperial que, con o sin razón, esa nación se atribuye a sí misma. En la divulgación sistemática que los Estados Unidos han hecho y continúan haciendo de ese concepto en sus satélites y, particularmente, en América Latina, hay una buena parte de propaganda: por el concepto de "seguridad nacional" se quiere solidarizar la estrategia de los países dependientes con la de su metrópoli.

En naciones modestas que no pueden tener la ambición de desempeñar un rol imperial, veremos que el alcance de una "seguridad nacional" es muy modesto. Querer hacer de ella la base o uno de los soportes de la construcción de la nación es una mistificación.

En todo caso, en virtud de esa presión ideológica norteamericana, la discusión alrededor del concepto de "seguridad nacional" es inevitable. Habrá

Este capítulo representa una innovación respecto de la primera edición: nos ha parecido sin embargo importante añadir en esta recolección estas reflexiones del padre José Comblin, respecto de las grandes preguntas que las concepciones sobre seguridad nacional se suscitan desde el punto de vista moral y ético para los cristianos.

inevitablemente una tendencia muy fuerte para introducir esa "retórica" de la "seguridad nacional" en las nuevas Constituciones. De ahí el interés de algunas consideraciones morales al respecto.

A propósito de la "seguridad nacional" levantaremos cuatro preguntas: ¿seguridad de quién?, ¿qué seguridad?, ¿seguridad cómo?, ¿seguridad de qué?

### ¿SEGURIDAD DE QUIEN?

El problema de la seguridad se plantea para el individuo y para todos los niveles de la vida social y para todas las instituciones. Hay el problema de la seguridad de los individuos, la seguridad de la familia, de la ciudad, de la sociedad nacional o del pueblo, de la nación, de la sociedad mundial, la seguridad del Estado, de las instituciones internacionales, del régimen político, del régimen económico, de las grandes instituciones no gubernamentales o culturales como la Iglesia, la universidad, etc., la seguridad, en fin, del gobierno.

La Doctrina de Seguridad Nacional y las ideologías que tratan de legitimarla enuncian dos afirmaciones. La primera es que de todas esas "seguridades" hay una que es privilegiada y constituye un objetivo siempre bueno, indiscutible, sin restricción, incondicional, y es la Seguridad de la nación; la Seguridad Nacional es prioritaria. La segunda afirmación es que la Seguridad Nacional es la síntesis de todas las demás; si está garantizada la seguridad de la nación, están garantizadas todas las demás seguridades; es decir que el problema de la seguridad es uno solo y es posible colocar en el concepto de Seguridad Nacional el fundamento de todas las otras formas de seguridad.

Esas dos afirmaciones son falsas. En primer lugar, entre las diversas "seguridades" hay inevitablemente conflictos o contradicciones. La seguridad del gobierno no coincide necesariamente con la seguridad del régimen político; al revés, la seguridad del régimen puede exigir que caiga un gobierno, y la seguridad de un gobierno determinado puede poner en peligro la supervivencia del régimen. La seguridad de un régimen político puede poner en peligro la existencia del Estado o de la nación; y la preocupación por la supervivencia del Estado puede llevar a un cambio de régimen político. Lo mismo se aplica a un régimen económico. Habrá frecuentemente conflictos entre la seguridad de tal nación fuerte y la seguridad mundial; pues una nación poderosa cree fácilmente que su seguridad requiere el control del mundo entero. En fin, y sobre todo la gran fuente de inseguridad de los ciudadanos puede ser la seguridad de un gobierno, de un régimen político o económico, o la seguridad del Estado y de la nación.

Es falso que la seguridad del individuo esté ligada a la seguridad del gobierno del régimen, o del Estado, o de la nación, o del régimen económico implantado en el país. El estudio moral del problema de la seguridad requiere que se haga un examen minucioso de todas las dimensiones de la seguridad, de todas las oposiciones o divergencias y hasta contradicciones tales que sea necesario pensar en suprimir tal forma de seguridad (por ejemplo, la seguridad de tal institución o de tal Gobierno).

En segundo lugar, entre todas esas "seguridades" hay una jerarquía. No todas tienen el mismo valor. En caso de oposiciones o de contradicciones, la solución habrá de inspirarse en la jerarquía de los valores.

En primer lugar está la seguridad de las personas. Pues todas las instituciones sociales, incluyendo la nación, y la

sociedad en todos sus estratos están subordinados al bien de la persona. Por lo tanto, la seguridad de todas las instituciones estará en función de la seguridad de las personas, incluyendo la Seguridad Nacional.

La seguridad de la familia está estrechamente ligada a la seguridad de las personas. En verdad, se trata básicamente de la misma realidad.

En segundo lugar, viene la seguridad de la sociedad; se puede considerarla también como la seguridad del pueblo o de la convivencia; es la capacidad de tener libremente todos los tipos de relaciones entre las personas y los grupos del tejido social. La sociedad es anterior a la nación y al Estado, que son instrumentos subordinados a su libre desarrollo. La sociedad es naturalmente abierta a la convivencia universal. Esa sociedad es la expresión de la solidaridad entre los hombres y los pueblos que es el valor social supremo. Todas las naciones y los Estados, así como todos los regímenes, están subordinados a esa solidaridad.

En tercer lugar viene el valor de la justicia tanto en las relaciones basadas en el poder, como en las relaciones basadas en los bienes económicos. Podemos decir de otro modo: la democracia y la justicia social. Tanto la democracia como la justicia social valen más que la nación y el Estado. La nación y el Estado son instrumentos en vista de la democracia y de la justicia social y están subordinados a ellas. Por eso la Seguridad Nacional y la seguridad del Estado deben ceder el paso si están en juego la justicia política o democracia y la justicia social o los derechos socioeconómicos de los pueblos.

La promoción de una verdadera democracia o de una mayor justicia social pueden exigir que la nación y el Estado abandonen una parte de su soberanía, por ejemplo, a un conjunto más amplio, si se estima que solamente en una unidad superior esos fines

podrían alcanzarse. Así, en Europa muchos creen que el porvenir de la democracia y de la justicia social requieren que los Estados abandonen una parte mayor de su soberanía para constituir una unidad política superior. Las exigencias de la justicia política o económica pueden ser tales que impongan la división o la supresión de una nación: si la Seguridad Nacional fuera el valor supremo, la separación de Bangla-Desh del Pakistán hace pocos años habría sido ilegítima. Muchos creen que, en América Latina, la condición de cualquier real desarrollo y verdadera democracia es la integración en una unidad en que las naciones vayan cediendo una parte cada vez más importante de su soberanía. Es que la soberanía nacional está lejos de ser el valor supremo. La nación es un instrumento y no un fin. Si se concentrara la atención sobre la Seguridad Nacional, se cerraría el paso a la consideración de los valores ciertamente superiores que son la democracia y la justicia social.

#### ¿QUE SEGURIDAD?

A esa pregunta la Doctrina de Seguridad Nacional contesta: la mayor posible. La seguridad se presenta como un bien en sí, algo siempre bueno. Si se contempla en forma abstracta, separada de la realidad social del hombre, la seguridad puede parecer una realidad sencillamente buena. Por eso, los estrategas inspirados en la doctrina norteamericana requieren la mayor seguridad posible. Aquí, de nuevo, el concepto de Seguridad Nacional revela, aunque trate de ocultar, el gran designio imperial de esa superpotencia. La mayor seguridad posible es la capacidad de orientar el mundo entero de acuerdo con los intereses de uno. Tal es la ambición de los líderes en los Estados Unidos, y ningún gobierno se atrevería a renunciar públicamente a ese designio.

Sin embargo no hay duda de que esa concepción de la seguridad —compartida en gran parte por la otra superpotencia, la URSS— es fuente de inseguridad permanente para muchas naciones. ¿Por qué?

Es que, como lo hacía notar el mismo Kissinger, el problema de la seguridad y la inseguridad es un problema social. La inseguridad de uno viene de los otros. Cada persona puede ser un problema de seguridad para otra persona; cada grupo para otro grupo; cada nación para otra nación. Si no existieren los otros, no habría inseguridad. Nuestra inseguridad viene de los otros.

Ahora bien, todas las medidas que tomamos para defendernos contra otros pueden ser entendidas por nuestros vecinos como una amenaza a su propia seguridad. Nuestra mayor seguridad ¿de dónde proviene? Del hecho de que logramos acumular más fuerza que nuestros vecinos, más armas, o más fuerza económica, o más fuerza ideológica. El desequilibrio entre nuestras fuerzas y las de nuestros competidores es lo que crea la seguridad. Si no hay desequilibrio, hay incertidumbre; en caso de conflicto tenemos la seguridad de defendernos eficazmente si tenemos una superioridad de fuerza. Ahora bien, esa superioridad, ese desequilibrio es justamente lo que suscita la inseguridad en los competidores.

En esa forma, la seguridad de uno engendra la inseguridad del otro. Si todos se concentran alrededor del problema de su seguridad y hacen de su seguridad una prioridad, habrá una carrera hacia el poder, un círculo vicioso de la conquista del poder, en el que cada competidor trata de alcanzar el nivel de los otros y de superarlo. Cada uno hace lo mismo hasta crear una situación radicalmente absurda.

Desde siempre, los hombres han entendido que la vida civilizada y pacífica está basada en la aceptación de una relativa inseguridad y del riesgo. La civilización es precisamente el arte de organizar la convivencia entre personas y grupos mutuamente peligrosos.

La "civilización", o sea el modo "civil" de vivir, que es el modo de vivir en la mayor paz posible en este mundo, es el arte de coexistir peligrosamente, el arte de coexistir entre enemigos.

El arte de esa coexistencia recibió dos nombres en la historia de la civilización: diplomacia y política.

No es en vano que la Doctrina de Seguridad Nacional y la búsqueda de la seguridad en forma indiscriminada son la muerte de la diplomacia. La diplomacia es el arte no de vencer, sino de convencer al adversario. Es ese arte de lograr fines, ventajas, progresos sin recurrir a la fuerza. Que la diplomacia es posible, lo muestra toda la historia de la humanidad, aunque esté lejos de solucionar todos los problemas. Ella es posible porque entre los hombres nunca hay enemigos absolutos, nunca todas las ventajas están por un solo lado, nunca hay amigos totales o enemigos totales. Es decir que el problema de la seguridad siempre es problema relativo. Es posible en la mayoría de los casos organizar una convivencia sin recurrir a la amenaza, sin poner en peligro la existencia de los competidores, en una palabra, sin hacer intervenir el problema de la seguridad.

En todo caso, las naciones pequeñas tienen toda ventaja en elegir la diplomacia más bien que la carrera de la seguridad. En la práctica una Doctrina de Seguridad Nacional se revela muy peligrosa para las naciones que no tienen los medios de su Doctrina.

Si se contempla lo que sucede dentro de la nación, ahí la búsqueda prioritaria de la seguridad es la muerte de la política. Lo que practican a menudo los gobiernos militares latinoamericanos es, como dice el título de un libro recién publicado en los Estados Unidos sobre ellos, una "antipolítica". (2)

Según la tradición de los pueblos "civilizados", la política es el arte de organizar dentro de una unidad humana la coexistencia entre adversarios. Es el arte de estructurar la sociedad y darle normas para que los individuos, grupos, partidos, clases, ideologías, empresas en competencia vean sus derechos respetados y respeten los de los demás; más aún, es el arte de crear y mantener estructuras dentro de las cuales los conflictos puedan expresarse y la competencia ejercerse en forma pacífica.

Al revés, la Doctrina de la Seguridad Nacional define la política como una estrategia, es decir, como proceso de integración de los ciudadanos y los recursos materiales de manera de constituir un solo Poder Nacional en vista de los Objetivos Nacionales. Es la negación de la política. Ese sistema es virtualmente totalitario. Si sus defensores no han logrado crear un totalitarismo absoluto, es porque han encontrado en su camino la resistencia pasiva de muchos ciudadanos, incluso dentro de las mismas Fuerzas Armadas, y la oposición abierta de la Iglesia. Es también que les faltaron los recursos materiales necesarios.

Pero el proyecto existe. Las definiciones dadas por ejemplo en la revista "Seguridad Nacional", definiciones de la Seguridad Nacional, del Poder Nacional o de los Objetivos Nacionales, son siempre la clara expresión de esa antipolítica totalitaria. (3)

Es verdad que ellos proclaman el principio de subsidiariedad. Pero la aplicación que hacen de ese principio

es sorprendente. El principio de subsidiariedad consiste en esto: que el Estado deja a los particulares toda la autonomía posible, siempre que tenga la seguridad de que esos particulares actuarán en el sentido que le conviene. La subsidiariedad es libertad para mis amigos, ninguna libertad para mis enemigos.

Por cierto la seguridad, es decir todos los tipos de seguridad, es un elemento que hay que tomar en cuenta. Sin embargo, la política es el arte de saber vivir peligrosamente, con el riesgo de inseguridad; mientras haya conflictos y competidores, habrá peligro de inseguridad. Pero esa es la condición verdaderamente humana; la alternativa es la sumisión de todos a un orden que les es exterior, impuesto desde afuera. Por eso, la democracia está normalmente en estado de crisis y al límite de la inseguridad. No se puede deducir de eso que ella es inviolable. Su modo de vivir es justamente eso. Los problemas de seguridad tienen que integrarse dentro de la diplomacia y de la política y no pretender absorber diplomacia y política.

Por otro lado, una vez que se le concede una prioridad, la Seguridad Nacional asume el rol de conservadorismo y tiende a paralizar todo cambio social. Por cierto una política de seguridad se hace acompañar por un programa de desarrollo. Pero se trata de un desarrollo cuantitativo, un desarrollo por crecimiento que nada cambia de la estructura social. Es un desarrollo unidimensional. La historia muestra cómo las sociedades progresan por cambios, reformas y aun revoluciones. Pero cualquier cambio trae riesgos. Un gobierno que busca en primer lugar la seguridad, no aceptará tales riesgos. Está impedido de cambiar los rumbos de la evolución. Está condenado a mantener los mismos mecanismos, aunque, como sucede en América Latina, esos mecanismos produzcan una polarización siempre más fuerte de la

sociedad y una marginalización creciente de grandes masas.

La vida humana real incluye el riesgo. Las sociedades que no aceptan riesgos se paralizan aunque crezcan cuantitativamente. Por eso la preocupación por la seguridad tiene que ser mantenida al nivel que le corresponde, y que no es el de una prioridad.

### **¿SEGURIDAD COMO?**

Lo que se ha dicho hasta ahora mostró que el concepto de Seguridad Nacional es vago, fluido de tal modo que su imprecisión hace de él un instrumento ideal para un programa totalitario. Esto puede confirmarse más aún por una tercera consideración sacada de los medios para la seguridad.

Pues es reconocido por todos que uno de los atributos del Estado es el monopolio de las armas. El Estado es la instancia que en la nación y en nombre de la nación, por delegación del pueblo se reserva el derecho de usar la violencia de las armas. Esa prerrogativa es un poderoso factor de orden y de paz social tanto entre las naciones como dentro de ellas. Sin embargo, el monopolio de las armas es un privilegio peligroso.

Por eso la sabiduría política tradicional trató de definir lo más claramente posible los límites del poder de usar la violencia, con el afán de lograr contener efectivamente el uso de la violencia dentro de las fronteras de lo absolutamente indispensable. Es decir, que la ciencia política trató de restringir en toda la medida de lo posible los casos en que la violencia puede ser usada o debe ser usada por el Estado.

Consecuentemente, la ciencia política definió conceptos diferentes para situar claramente las misiones que el Estado puede cumplir con el uso de la violencia y las misiones que no puede cumplir

con la violencia. En vista de que esos conceptos quedaran claros, la ciencia política eligió palabras diferentes para representarlos.

Fue así como la ciencia política hizo una distinción clara entre tres diferentes misiones o tres tipos de acción del Estado, según su relación con la violencia de las armas.

Varias palabras fueron propuestas y generalmente ellas son sinónimas. Las más clásicas para representar las tres áreas son las siguientes: bien público, orden público, defensa nacional.

El bien público envuelve la totalidad de los objetivos que el Estado debe conseguir sin uso de armas. El orden público es el conjunto de objetivos que el Estado puede conseguir con armas limitadas, o sea, por la policía, dotada de armas limitadas para nunca tratar a los ciudadanos como a enemigos exteriores. Finalmente, la defensa nacional es la esfera de acción en que el Estado puede usar las armas en forma ilimitada.

Más aún, la ciencia política trató de delimitar mejor esa área en que permite el uso ilimitado de la violencia: será no para defender cualquier interés fuera del país, ni para promover cualquier bien nacional, ni para apartar cualquier amenaza o evitar cualquier peligro contra la seguridad de la nación, sino solamente para defender la nación contra una agresión caracterizada.

La Doctrina de Seguridad Nacional considera todos esos conceptos como obsoletos e introduce el concepto de Seguridad Nacional. La Seguridad Nacional es una sola tarea considerada como homogénea a pesar de las diversas áreas en que se desarrolla. La Seguridad Nacional se refiere a lo militar, lo político, lo económico, lo ideológico. Una vez que se unifica así la tarea del Estado, desaparecen las motivaciones que legitimaban las restricciones al uso de la violencia.

Ya no se hace distinción básica entre medios violentos o no violentos. La Seguridad Nacional usa indiferentemente ambos medios según las conveniencias. Si hay un solo problema, todos los medios podrán ser usados según las conveniencias o necesidades en todas las áreas.

De hecho los Estados que invocan la Seguridad Nacional no han restringido el uso de la violencia armada, incluso la violencia ilimitada. Invocar la Seguridad Nacional les pareció ser una razón suficiente para intervenir con violencia en cualquier área. La Doctrina de la Seguridad Nacional ha abierto la puerta al uso de las armas para solucionar problemas económicos o ideológicos o de política interna. En política exterior, la violencia se usa no solamente para defender la nación contra una agresión caracterizada, sino para actuar contra cualquier amenaza, como consta por ejemplo en el caso del ex embajador y ex ministro Letélier. Es decir que saltaron todos los límites al uso de las armas. Las armas son consideradas como medio de gobierno ordinario, cuyo uso depende únicamente de consideraciones pragmáticas.

La práctica ha confirmado los temores que la teoría despertaba. Realmente la Seguridad Nacional funcionó como teoría política destinada a dejar el campo abierto al uso de la violencia por parte del Estado. Una vez desaparecidas las limitaciones teóricas, los escrúpulos desaparecieron también en la práctica.

De ahí el peligro del vocabulario de Seguridad Nacional: por su vaguedad ese vocabulario se presta a justificar el uso ilimitado de la violencia, y la historia comprobó que por detrás del vocabulario había efectivamente una disposición a usar las armas sin restricción.

Se comprende muy bien la utilidad de tal concepto para las superpotencias acostumbreadas a intervenir militarmente de modo abierto u oculto

("covert" o "covert actions") en cualquier parte del mundo en donde creen que sus intereses están amenazados.

Realmente para ellas la vieja concepción de la Defensa Nacional se revela incómoda.

Pero lo que no se entiende es el interés que tendrían las naciones débiles en promover una teoría de la que serán fatalmente un día las víctimas.

Al mismo tiempo, el vocabulario de la seguridad apaga la distinción entre agresión externa y desorden interno, y, por lo tanto, entre el uso de las armas para mantener el orden público y el uso de las armas para rechazar una agresión externa. Es decir, que ella suprime la distinción entre policía y Fuerzas Armadas. Ambas intervienen para mantener el orden. Las Fuerzas Armadas asumen la función de orden y lo hacen con la brutalidad de la violencia total a la que están preparadas para la guerra externa. Las fuerzas de policía son integradas en las Fuerzas Armadas y reciben un armamento siempre más pesado, y aprenden a usar la violencia en forma mucho menos limitada. Con eso crece la inseguridad de los ciudadanos, y crece la convicción de que la violencia es la verdadera realidad política.

## ¿SEGURIDAD DE QUE?

El problema de la violencia nos lleva a contemplar otro aspecto de la Seguridad Nacional. Pues la sabiduría de la política tradicional no permite usar la violencia ni siquiera en caso de agresión externa o interna para defender cualquier tipo de bien de la nación.

Al revés, en los Estados de Seguridad Nacional, desde el momento en que se aplica a una situación la referencia a la Seguridad Nacional, pareciera como si todos los medios fueran permitidos.

Y así desaparecen todas las reglas que imponían límites al uso de la violencia armada.

Se ha visto anteriormente que el concepto de Seguridad Nacional puede corresponder a ciertas situaciones de peligro para la nación. Se ha dicho también que la seguridad de la nación es algo bien diferente de la seguridad de los ciudadanos, o de la seguridad del régimen o del gobierno, etc. Sin embargo, hay casos en que la seguridad de la nación como nación podría estar amenazada. Sin embargo, aun en tales casos no podríamos aceptar de modo alguno que el Estado pueda usar la violencia de las armas de modo indiscriminado. Importa ver de qué amenaza se trata: cuando se habla de "seguridad de la nación" ¿de qué seguridad se trata? ¿Qué es lo que está en peligro? ¿Qué parte de la nación está amenazada? En una palabra, ¿la seguridad de la nación es la seguridad de qué?

La nación puede estar amenazada en grados diversos o a diversos niveles. Puede haber peligro por la misma existencia o la supervivencia de la nación: ésta es la amenaza más grave.

Los Estados de Seguridad Nacional, movidos por su doctrina del mismo nombre, tienden a exagerar las amenazas y a invocar el peligro de destrucción de la nación a propósito de cualquier conflicto. Sin embargo, si se examina fríamente la situación, nadie puede imaginar que por el momento en América Latina ninguna nación puede estar seriamente amenazada en su supervivencia como nación. La razón es que no existe nadie en el mundo que esté interesado en hacer desaparecer una nación latinoamericana.

Por consiguiente todo problema de Seguridad Nacional en sentido estricto, problema de supervivencia de la nación en América Latina es un problema ficticio que sirve de pretexto o de cortina de humo para esconder y legitimar otra cosa.

Por otro lado, se ha dicho que la existencia de una nación no es un bien absoluto. La nación y su supervivencia están subordinados al bien del pueblo, o sea a la aspiración democrática y a la aspiración a una mayor justicia social. Están subordinados al bien común de la humanidad entera, y están subordinados a la seguridad de las personas y sus familias.

Sin embargo, hay casos a veces en que la supervivencia de la nación debe ser definida aun con los mayores sacrificios. En tales casos la ética política tradicional justifica incluso la guerra.

A un nivel inferior, la nación puede estar amenazada en su integridad territorial. En tal caso, para que la guerra sea legítima se requiere que la amenaza alcance realmente una parte sustancial de la nación. La defensa de algunos territorios sin importancia en la vida del pueblo ciertamente no justificaría el recurso de la guerra.

En todo caso, en la actual situación de América Latina ni siquiera parecen existir tales amenazas.

Por eso los regímenes de Seguridad Nacional invocan frecuentemente para usar la violencia el argumento de la defensa de la "integridad moral" de la nación o de su "supervivencia moral". ¿Qué entienden por "integridad moral"? Con eso quieren defender contra todo peligro y contra toda contestación o bien un régimen político, o bien un régimen económico, por ejemplo el capitalismo (o el socialismo de Europa del Este), o bien un sistema ideológico, o bien un gobierno. Ahora bien, dar a tales amenazas el nombre de Seguridad Nacional es un abuso conceptual. Si hay amenazas sería al régimen político, al régimen económico, a una situación social determinada, son problemas diferentes de los problemas de Seguridad Nacional. El Estado no puede invocar en tales casos los argumentos que sirven para defender la

seguridad de la nación. No consta en absoluto que sea tan legítimo defender por las armas un régimen económico, o un régimen político o una ideología dominante. De todas formas hablar de Seguridad Nacional en tales casos es una mistificación. Tal mistificación sirve sencillamente para justificar el recurso a las armas para eliminar adversarios políticos o económicos o ideológicos. Es una aplicación clara de la "antipolítica". Ella consiste en reemplazar el juego normal de los conflictos en la sociedad y de los mecanismos pacíficos de solución de los conflictos por la decisión de las armas.

A un nivel aun inferior se hace referencia a la Seguridad Nacional cuando se trata de promover el prestigio de la nación al exterior, o bien de promover su fuerza política, su penetración ideológica, su expansión económica, su conquista de mercados extranjeros, su control de recursos naturales situados fuera del país.

En realidad, en tales casos las superpotencias recurren de hecho no solamente a los medios de presión que les confiere su superioridad en diversas áreas, sino también a la fuerza de las armas. Por eso se dan el lujo de extender el concepto de Seguridad Nacional de tal modo. Se trata naturalmente de una mistificación, pues no se trata de la "seguridad" nacional, sino de la "expansión" nacional. Las superpotencias quieren justificar el uso que hacen de la fuerza y aun de la fuerza militar para realizar su expansión nacional y dominar el mundo. Por eso usan el eufemismo de "seguridad nacional". En ese caso la "seguridad nacional" no es nada más y nada menos que la expresión velada de su afán imperial. Hay que distinguir las cosas: Seguridad Nacional es una cosa y expansión nacional es otra cosa. Para defender la Seguridad Nacional, en casos extremos el recurso a las armas puede ser legítimo. Para promover la

expansión nacional, el recurso a las armas nunca es legítimo. La Doctrina de la Seguridad Nacional tiende precisamente a borrar esa distinción. Por eso de nuevo se entiende muy bien cuál es la utilidad de tal doctrina para las superpotencias. Gracias a ella, las superpotencias justifican o tratan de justificar sus intervenciones en el mundo entero con todos los medios de que disponen. Pero no se entiende la ventaja que podrían sacar de tal doctrina las naciones débiles que no tienen medios para imponer su voluntad en el mundo, ni siquiera en sus vecinos. Al revés, al adoptar tal teoría ellas proporcionan argumentos a las grandes potencias para meterse en sus asuntos internos. Si ellas requieren para sí mismas todos los derechos que confiere la Doctrina de la Seguridad Nacional, no les será fácil negar los mismos derechos a otras naciones más poderosas que ellas.

#### CONCLUSION.

En conclusión podemos decir que si el concepto de seguridad de la nación tiene un contenido real, en determinados casos la misma existencia de la nación puede estar amenazada. En determinadas circunstancias ella merece ser defendida. En determinadas circunstancias esa defensa puede legitimar el recurso a las armas ya sea dentro, ..... , ya sea fuera del país, contra agresores del país o de otros países. En América Latina, por el momento, tal eventualidad es muy poco probable. Casi todos los problemas, para no decir todos, que afectan América Latina, en materia de conflictos, son problemas diferentes: no son de Seguridad Nacional. Afectan la seguridad del Estado, y más veces, el régimen político, o económico, o las ideologías, o la seguridad de las personas, pero prácticamente nunca la seguridad de la nación.

Por eso, la Doctrina de Seguridad Nacional y sus elaboraciones ideológicas son más bien una mistificación que tiende a crear un clima ideológico favorable al uso de las armas sin restricción. En efecto, esa doctrina es una simplificación tremenda de toda las ciencias sociales. Ella borra las distinciones tradicionales y, en forma principal, las distinciones que tendían a imponer límites a la violencia. A partir de una motivación vaga, imprecisa, confusa de Seguridad Nacional, el Estado se atribuye el derecho de intervenir con las armas en cualquier asunto: economía, cultura, educación, política. Inova las armas en cualquier momento para solucionar cualquier conflicto.

Si se quiere elaborar una doctrina correcta de la Seguridad Nacional habrá que fijar claramente las diversas formas o los diversos tipos de seguridad que hay en una sociedad. Habrá que fijar bien la jerarquía de valores entre todas esas seguridades y colocar la Seguridad Nacional a su debido rango, que no es el primero, ni siquiera el segundo.

Habrá que plantear claramente que la seguridad no es un valor absoluto, y que la inseguridad relativa es tan necesaria a la sociedad realmente humana como la seguridad relativa. Habrá que colocar el valor de la seguridad al lugar que le corresponde, y que no es el primero, tanto en la diplomacia como en la política. Habrá que mostrar claramente que la búsqueda de la seguridad no puede ser tal que logre impedir los cambios sociales necesarios por temor a los riesgos.

Será también necesario fijar bien las áreas que justifican el uso de la violencia, recordar las distinciones tradicionales entre las diversas áreas de la misión del Estado, y recordar las condiciones impuestas al recurso a las normas para que una vaga Seguridad Nacional no venga a sembrar la confusión.

Finalmente, habrá que reestablecer las distinciones tradicionales entre supervivencia, integridad, desarrollo o expansión de la nación, en lugar de confundir todas esas finalidades bajo un solo nombre de Seguridad Nacional. Pues esas diversas finalidades no legitiman el recurso a los mismos medios. El recurso a la violencia, ya sea contra los adversarios exteriores, ya sea contra los opositores internos no se justifica en todos los casos. La invocación de la "seguridad nacional" abre la puerta a todos los abusos. De ahí la necesidad de distinguir claramente las cosas.

La conclusión final sería que la ciencia política tradicional aún es válida y no hay por qué reemplazarla por una doctrina cuya finalidad parece tan clara. La Doctrina de Seguridad Nacional fue fundada y es practicada por las dos grandes superpotencias precisamente para justificar su rol de superpotencias; el rol que ellas se atribuyen. Para los otros países, ella es una trampa y nada más. (4)

## NOTAS

(1) Cifras dadas por la revista **Military Review**, vol 50 N° 4 (abril 1970) p. 88-93, reimpreso en **The Politics of Antipolitics: The Military in Latin America**, ed. Brian Loveman and Thomas M. Davies, Jr. University of Nebraska Press, Lincoln and London, 1978, p. 151.

(2) Ver el título del libro citado en la nota anterior.

(3) Ver la definición citada por Luis A. Molina Palacios en "La educación y la Seguridad Nacional", en **Seguridad Nacional**, N° 7 (1977), p. 40: "La Seguridad Nacional se puede definir como la capacidad del Estado para prevenir o superar, con éxito, situaciones de orden interno o externo que comprometan la obtención o la mantención de los objetivos nacionales, mediante acciones que posibiliten el desarrollo integral, garanticen la supervivencia del Estado y preserven los intereses vitales de la Nación". Imposible ser más vago, confuso, y mezclar más todos los conceptos y asuntos. Con esa definición todo es objeto de Seguridad Nacional y todo justifica el uso de todos los medios del Estado: es la puerta abierta para el uso de la violencia sin límite claro en cualquier asunto; es la puerta abierta al totalitarismo más completo.

(4) Podría ser conveniente someter a un examen crítico semejante los otros conceptos de la Doctrina de Seguridad Nacional, por ejemplo los conceptos de Objetivos Nacionales o de Poder Nacional. Como esos conceptos son correlativos, la crítica sería paralela. Esos conceptos son mistificaciones al igual que el concepto de Seguridad Nacional.

# **SOBRE LA ACTUAL IDEOLOGIA DE LA SEGURIDAD NACIONAL**

**Alberto Methol Ferré**

# **SOBRE LA ACTUAL IDEOLOGIA DE LA SEGURIDAD NACIONAL**

## **INTRODUCCION.**

Pareciera que en América Latina estuviéramos abriendo una nueva etapa histórica, cuyos rasgos estarían ya definiéndose con cierta precisión. Nada nace de un día para otro, sino que tiene siempre largos antecedentes. Pero como decía Aristóteles, la esencia de un proceso sólo se percibe en su madurez. Para algunos, como Comblin, la novedad ha alcanzado suficiente madurez, principalmente a través de Brasil; ya podríamos sistematizar sus notas más características y generales.

Aquí se trata de un intento de evaluar la caracterización hecha por Comblin de este proceso histórico latinoamericano. Nuevo también en cuanto a relevancia, en cuanto a hegemónico o determinante de otros hechos, pues, como dijimos, ya existía antes pero sin esa omnipresencia. Por lo menos, así parece. Tendremos como referencia de nuestra reflexión dos artículos de Comblin: "Los conceptos básicos de la ideología de la Seguridad Nacional" y "la Seguridad Nacional" (publicado éste en "Mensaje", marzo-abril 1976). No los consideramos en conexión con el conjunto del pensamiento de Comblin, porque eso sería interminable. Acotamos bien nuestro análisis a los dos artículos. Y esto se justifica porque son ellos los que más han repercutido por sí mismos. Vale poner atención sobre el tema, no sólo por su índole, sino también porque Comblin es uno de los más fecundos teólogos contemporáneos, siempre "da que pensar" —rara virtud— compártanse o no sus diversos planteos y tesis. Más aún, en este caso, aunque no se suscriba el conjunto del enfoque, ha prestado un gran servicio dando una primera forma teórica a la preocupación de la Iglesia latinoamericana sobre esta problemática tan candente e insoslayable. Ha puesto a la Iglesia en alerta y en camino a una más exacta autoconciencia de los problemas reales que enfrenta actualmente. Ha puesto

en marcha nuevos motivos para el ahondamiento y el desarrollo del pensamiento católico contemporáneo. El reto tiene tanta importancia práctica como teórica. Porque tiene importancia práctica, la tiene teórica. Y un reto bien respondido implica un aprendizaje teórico-práctico. Sin aprendizaje no hay respuestas, ni superación.

Haremos primero una exposición de las tesis de Comblin. Tesis en las que se expone la génesis y la estructura conceptual de la "doctrina de la Seguridad Nacional" imperante. Para esto Comblin toma como referencia principal el pensamiento del general brasileño Golbery Couto e Silva ("Geopolítica de Brasil") y el compendio de José Alfredo Amaral Gurgel ("Seguridad y Democracia"). En la exposición de Comblin aparecerán también las críticas que formula a los principios de esta doctrina. En una segunda parte, desarrollaremos nuestros comentarios.

## I. LAS TESIS.

### Tesis I: **Un nuevo tipo de Estado emergente.**

El Estado Liberal está en crisis. Se rompe con la filosofía política tradicional de Occidente, del Estado de Derecho, con su clásica división de los tres poderes. Emergen dos nuevos poderes, como órganos del Estado: El Consejo de Seguridad Nacional, como órgano supremo que define la política y la controla, y una Central de Inteligencia (CIA, SNI, DINA, etc.) con poder e intervención sin límites en todos los órganos del Estado, instituciones particulares y vida de todos los ciudadanos.

Esta estructura del Estado es algo totalmente ajeno a la república democrática, que con diversas

variables impera entre nosotros desde la Independencia. No es un régimen de transición para periodos críticos, sino que es un poder político que responde a una ideología y situación, no de emergencia o transitoriedad, sino definida, estable y con sustentación doctrinal clara.

### Tesis II: **Origen y Difusión.**

El nuevo tipo de Estado emergente —con esos dos poderes que aunque coexisten con los tres anteriores los vacían o hacen variar su contenido y función— tiene su punto de partida en EE. UU. en 1947, con la creación del National Security y la CIA, que se establecen por encima de los poderes constitucionales, principalmente en defensa y política exterior. Esto ha suscitado continuas tensiones entre los poderes: los escándalos de Watergate son su paradigma.

Sin embargo, este nuevo tipo de Estado ha adquirido su pleno desarrollo no en EE. UU. sino en América Latina. Brasil es su ejemplo más maduro. Allí su germen estuvo en la Escuela Superior de Guerra, fundada en 1949, a imitación del National War College, instituido en 1946 con finalidad semejante. Esta Escuela Superior de Guerra, la "Sorbonne" tiene su mayor representación en el general Golbery Couto e Silva, autor de "Geopolítica de Brasil" y fundador del Servicio Nacional de Información en 1964, tras el golpe de Estado que abre la nueva época en Brasil. Los viejos tres poderes se hacen de más en más formales, pierden sustancia. Procesos similares acaecen en Argentina, Uruguay, Bolivia, Perú, Ecuador, Chile.

### Tesis III: **Ideología del nuevo Estado.**

La ideología del nuevo Estado se sintetiza en la doctrina de la Seguridad Nacional, que se basa en tres temas fundamentales: la geopolítica,

la estrategia total, el rol privilegiado de las Fuerzas Armadas. Su filosofía es la geopolítica, su ética la estrategia total, su protagonista las Fuerzas Armadas.

#### Tesis IV: **La Geopolítica.**

Es la filosofía política del nuevo Estado, y como tal, implica una concepción global del hombre y el mundo.

Sus raíces remotas están en el pangermanismo, su fundador es el sueco Rudolf Kjellen 1916, se desarrolló en contacto con el nazismo (escuela de Munich de Haushofer), pasó en la Segunda Guerra Mundial a los Estados Mayores norteamericanos, y hoy se enseña en todas las escuelas militares del mundo, con las mismas consecuencias. La geopolítica es la ciencia que estudia los factores geográficos en la vida y evolución de los Estados, a fin de extraer conclusiones de carácter político. Esta definición es tan abstracta que no permite adivinar el destino histórico y el alcance de esa disciplina en la cultura contemporánea. La geopolítica entró en cierto modo en las bases de la ideología nazi. Esto le valió el rechazo radical por parte de los Aliados durante la guerra, pero luego éstos creyeron que era separable de su relación con el nazismo. Sin embargo, no resulta evidente que ella pueda existir en forma independiente de programas políticos bastante análogos al programa nacional socialista.

Lo máximo es la Nación, pero la Nación sin el Estado no puede nada.

El Estado es Poder. El Mundo es nada más ni nada menos que la lucha de poderes. Entonces, por definición, las naciones son rivales y están en lucha por su subsistencia y expansión. Toda nación vive en estado de guerra. La categoría fundamental es la de amigo-enemigo; en el mundo sólo existimos como aliados y enemigos y unos y otros en guerra permanente. El antagonismo fundamental de todo ser humano, y de las naciones, hoy se

concreta radicalmente en la visión geopolítica de un antagonismo fundamental que lo determina todo: Occidente versus Comunismo, Este contra Oeste. Entre ambos bloques, la guerra es continua. El poder del Estado está en función de su seguridad y la posición de cada Estado en el mundo antagónico define la problemática de su seguridad. El objeto propio de la geopolítica son las luchas de los centros de poder en los espacios: luchas entre ellos mismos y luchas contra las resistencias de las condiciones materiales. La geopolítica plantea la ecuación Estado-Poder-Seguridad que será el eje de la Doctrina de la Seguridad Nacional. Ella incluye una ideología del Estado significativa tanto por sus silencios como por sus conceptos.

A la geopolítica corresponde una geoestrategia. En la misma forma como la Seguridad Nacional de cada nación está inscrita en su posición en uno de los dos bloques que se reparten el dominio del espacio en la tierra, la geoestrategia impone a cada nación su estrategia nacional. Así, la estrategia nacional es una parte de la estrategia global elaborada en función de los antagonismos mundiales. América Latina está determinada esencialmente por su posición en ese conflicto. Frente a este hecho, todo lo demás es relativo. La nación es un absoluto y su compromiso en esta guerra fundamental es insoslayable.

#### Tesis V: **Estrategia global.**

Estrategia es la ciencia que regula la conducta en la guerra. Así como la geopolítica ocupa el lugar de la filosofía, la estrategia es la nueva moral. Y la estrategia es total, porque la guerra es total.

Hay una relación estrecha entre política y estrategia. La política define los objetivos y reúne los recursos que constituyen el Poder Nacional.

La estrategia define los planos para alcanzar los objetivos con la ayuda de los recursos disponibles. En tiempos pasados la estrategia se limitaba a la conducción de los ejércitos en las guerras limitadas contra los enemigos del exterior. Pero en el siglo XX la guerra limitada ha pasado a ser guerra total. A la guerra total corresponde una estrategia total y, cada vez más, una identificación de la estrategia a todas las tareas planteadas por la política. La estrategia total engendra o constituye la política de la Seguridad Nacional. Por tanto, el nuevo concepto de guerra y el concepto de estrategia total proporciona las bases de la ideología de la Seguridad Nacional al lado de la geopolítica.

La guerra total abarca dos aspectos. El primer aspecto fue determinado por el general Lundenorf luego de la Primera Guerra Mundial: la guerra total era la que envolvía a todos los ciudadanos y a todos los recursos materiales de la nación. No hay distinción esencial de civil y militar. Todas las actividades económicas, culturales, etc., son actos de guerra y herramientas de lucha. No hay actos neutrales. El segundo aspecto viene luego a la Segunda Guerra Mundial: la guerra envuelve a todos los pueblos y suprime la distinción entre países combatientes y países neutrales: todos están implicados en la guerra. La guerra revolucionaria acentuó el carácter total y no neutral de cualquier acto en la interioridad de los Estados. La guerra es no sólo hacia el exterior, sino también hacia el interior.

La guerra es permanente, y lo que se llama paz es continuación de la guerra en otras formas, la paz es guerra fría. Lo que antes se llamaba "política" ahora es guerra. La guerra sustituye a la política, la política es sólo un aspecto de la guerra. Así, no se puede salvar un Estado sin una estrategia total. Esa estrategia es la política de la Seguridad Nacional. Queda ya definida la ideología que expresa y orienta esa política.

La estrategia total está basada en tres conceptos básicos: el Proyecto Nacional, la Seguridad Nacional y el Poder Nacional. El Proyecto Nacional son los objetivos que una nación puede razonablemente alcanzar dada su condición geográfica y el conjunto de sus recursos. La Seguridad Nacional es la base de este proyecto. Y todas las actividades encuentran en el Poder Nacional su valor, su legitimidad, su límite y su estímulo.

Seguridad y desarrollo se complementan y engendran mutuamente. En la lucha de poderes, el subdesarrollo constituye un obstáculo inmenso. Hay una enorme diferencia de poder entre las naciones desarrolladas y subdesarrolladas. El desarrollo proporciona los elementos constitutivos del Poder Nacional. En un mundo que cambia, el que queda atrás está condenado a perder su soberanía. El desarrollo es un fenómeno global que afecta a todos los factores de poder: economía, educación, salud pública, ciencia, técnica, etc. El desarrollo es un factor de potencia y el desarrollo no se puede separar de la estrategia que tiene por fin la seguridad. El desarrollo es un aspecto de la guerra total.

La estrategia total tiene cuatro partes. La estrategia económica, cuya finalidad es el desarrollo económico. La norma del poder económico es el Poder Nacional. La estrategia sicosocial, utilización de las ideas y otros objetos culturales (incluso la religión) para aumentar el Poder Nacional. La estrategia política, orientar y utilizar todos los órganos del Estado y si es necesario a todas las asociaciones privadas para movilizar a la nación para la guerra contra el marxismo internacional. La estrategia militar: las acciones específicamente militares no siempre son necesarias, depende de la estrategia global el determinarlas. El determinar la coyuntura de tales o cuales sacrificios que no pueden ser siempre idénticos. No conviene limitar las libertades individuales hasta el punto

que los ciudadanos tengan la impresión de que son esclavos. Los esclavos son malos soldados (Golbery).

**Tesis VI: El agente de la Estrategia.**

¿Quién se hace cargo de la estrategia? Naturalmente las élites de la nación: nunca se entregó la dirección de la guerra al pueblo o a las masas. El papel de las élites será tomar conciencia del Proyecto Nacional, la Seguridad Nacional y el Poder Nacional, pensar y realizar estrategia y convencer al pueblo de su valor y necesidad. En América Latina sólo las Fuerzas Armadas son el protagonista, el agente de la Estrategia, están identificadas con la nación, son el lugar de la soberanía, su última instancia.

Los civiles no han servido. Los políticos han fracasado. Ni mantuvieron el orden, ni acrecentaron el Poder Nacional. Comprometieron la subsistencia misma de la nación. Abrieron las puertas a la subversión, lo que obligó a la intervención de las Fuerzas Armadas. Por eso, las Fuerzas Armadas tienen el rol mesiánico de "regenerar" a la nación. Y de reubicarla en la guerra geoestratégica mundial. Sólo las Fuerzas Armadas están también interconectadas a nivel panamericano.

**Tesis VII: Estrategia total y Religión.**

Occidente tiene tres sistemas simbólicos que permiten identificarlo y oponerlo al comunismo: el cristianismo, la democracia y la ciencia. Los tres sistemas simbólicos son necesarios, no su contenido, para motivar la lucha contra el marxismo. La fe no importa, es cosa personal, lo que interesa es el signo socialcristiano, como instrumento de movilización popular. Desde esta perspectiva, los regímenes de seguridad nacional ofrecen a la Iglesia una alianza

íntima, creyendo que ésta es provechosa para las dos partes. En declaraciones oficiales los militares usan el lenguaje de la Iglesia, a veces personajes eclesiásticos que les redactan sus documentos. Pero todo queda en el papel. Es táctica. Lo importante son los medios que se usan para conseguir esta sociedad que no tiene nada que ver con el Evangelio. Creen que para ambos el marxismo es el enemigo principal, por tanto una estrategia común es indispensable. Pero desgraciadamente hay sectores de la Iglesia que no quieren comprender el verdadero interés de la Iglesia, no ven la guerra que los amenaza a ellos mismos. Son, o bien infiltrados marxistas o ingenuos inescrupulosos, o tontos útiles. Si es así, las Fuerzas Armadas deben salvar a la Iglesia del peligro que no quiere ver, pues no puede permitir que se transforme en aliada objetiva del marxismo internacional. Todo debe someterse a la estrategia del Poder y de la Seguridad Nacional, bien supremo. Así, el antimarxismo militar es ambiguo: ateísmo y totalitarismo no son monopolio del marxismo.

**En resumen:**

Se trata de un nacionalismo absolutista y totalitario, militar, occidentalista, que deroga al antiguo Estado de Derecho, o lo vacía o lo suspende, aunque mantenga por tradición nacional la simbólica liberal-democrática y la cristiana, también vaciadas de contenido, meramente instrumentales. El enemigo principal es el marxismo, en un mundo dividido en dos bloques. Su objetivo principal es la Seguridad Nacional, el Desarrollo Nacional y el Poder Nacional. Para eso su filosofía política es la geopolítica, y su moral la estrategia total.

Esta filosofía política está en la tradición de Hobbes. Postula que la guerra es esencia de la vida, convierte así a la "seguridad" en el bien absoluto del Estado. Nada está por

encima del Estado, del Poder Nacional. Ante estos principios, la crítica de Comblin es clara: reafirma el valor de la libertad (atributo principal del hombre, pecado original y redención brotan de actos libres y respeto de Dios por la libertad), la necesidad interna para el equilibrio del Estado del disenso. Reafirma el valor propio de la amistad, de la paz, de la justicia. El Estado no crea la sociedad, es servidor de ella. No es Poder creador de la Ley, sino su servidor. El Poder no es superior a la Ley. La Iglesia, defensora y promotora de libertad del pueblo como superior al Estado, es irreductible y contradictoria con semejante filosofía política, base de la nueva legitimación del nuevo Estado emergente.

Si esta imagen de aspecto monolítico, cerrado, es verdadera, gravísimos problemas tiene planteados la Iglesia latinoamericana. Se encontraría ante un nuevo Leviatán. No es para asustarse demasiado, pues la historia de la Iglesia es en gran parte su resistencia a los levitanes. La Iglesia es experta en levitanes, desde su nacimiento. Pero no confiamos demasiado en la larga experiencia, en el vasto osario de Levitanes que es la historia, y pongamos atención en los retos auténticos de nuestra actualidad, para poder comprender y asumir así las responsabilidades evangélicas nuestras, intransferibles.

Conviene no apresurarse y examinar las cosas con el mayor discernimiento. Analizar punto por punto. No limitarse a tragar o vomitar. La gravedad del asunto planteado es tal, que nos exige la mayor seriedad y atención. Aquí sólo abordamos algunos aspectos e intentaremos abrir algunas pistas. Ante algo tan complejo no puede aspirarse a ser exhaustivo, pues los procesos no están cumplidos, se trata de interpretaciones sobre la marcha, sujetas a muchas variantes y novedades. No puede comprenderse a la historia sin cierta sistematicidad, pero sabiendo que la historia desborda los

sistemas, es más flexible, más rica, más imprevista que cualquier sistema posible. Aquí sólo cuestionaremos algunas premisas, y aportaremos perspectivas, a veces diferentes, a veces complementarias. Hay que detectar con claridad la verdadera índole de la ideología, su alcance, sus contradicciones y ambigüedades, qué inflexiones distintas recibe, etc. Y hay que tener bien presente la siguiente regla: todo nuevo reto histórico que no conduzca a replanteos y ahondamientos pastorales y teológicos señalaría una incapacidad eclesial de respuesta adecuada, indicaría un quedarse o refugiarse en coyunturas pasadas, cayendo en impresionismos superficiales, que sólo empujan a fracasos en la evangelización.

## II. COMENTARIO.

### 1. Siempre presente.

La cuestión que enfrentamos tiene vastos alcances. No se concentra sólo en si estamos o no frente a un nuevo tipo de Estado, frente a tal o cual ideología, sino también ante un protagonista concreto fundamental: las Fuerzas Armadas. Y con las armas nadie puede ser frívolo pues el costo es muy alto. Los ejércitos son el hecho más permanente y decisivo, atravesando las vicisitudes que fueren. Lo indispensable a tomar en cuenta es: en las próximas décadas los ejércitos latinoamericanos tendrán siempre un papel protagónico en nuestro acontecer histórico. No son ni serán nunca el único protagonista. Pero sí serán siempre protagonista, ya por acción ya por dejar hacer.

Quien proyecta su acción en América Latina, quien pretenda algo en América Latina, tendrá que contar con el Ejército. Y si no, no. Es algo obvio, y sorprende que todavía haya gente no enterada de esto. Y esto vale para

todos los pueblos, incluso para la Iglesia, en la medida que es solidaria con el destino de nuestros pueblos. Los ejércitos son condición **sine qua non** de las transformaciones en América Latina. Cualquier político sabe que puede, con los ejércitos mucho, sin los ejércitos nada o muy poco. Lo contrario también es verdad: los ejércitos, por sí mismos, solos, nada pueden ni podrán, sino muy provisoriamente. Están siempre condenados a marchar encadenados con otras fuerzas históricas, sociales, culturales, que no se reducen a su propio espejo castrense.

Desde Pedro, los centuriones han sido, son y serán siempre objeto de evangelización. Y los centuriones pueden o no ser obstáculo para la evangelización, incluso, indirectamente, pueden facilitarla en determinadas condiciones. Los ejércitos necesitan, también como todos, del Evangelio. Pueden facilitarla en determinadas condiciones.

Quizás ellos más que otros, pues su oficio es mortal, trata con la muerte de otros y de sí mismos. Son en cierto sentido, "dueños de la vida" en los Estados y ¿a qué abismos está expuesto un hombre señor de la vida y de la muerte que no responda ante Dios, ante Cristo? Un hombre elevado a última instancia de la vida se expone a lo peor. Terrible la exigencia ética del soldado, cuya acción es para situaciones límites del hombre, implantado en el gozne de la vida y la muerte. Por ello, es tradición que grandes soldados han sido profundamente religiosos. Los grandes códigos del honor militar son religiosos. De lo contrario, es fácil deslizarse en la degeneración de la trivialidad corrupta de los matones y matarifes. Cuando se discute sobre las doctrinas de la "Seguridad Nacional", no debe perderse nunca de vista su sujeto principal: las Fuerzas Armadas. Esto requiere de nuestra parte el mayor y mejor conocimiento. La necesidad de saber a fondo qué son y qué no son sus

orígenes sociales, sus estilos de vida, sus tipos de formación, sus valores, sus cambios, etc. No todos los ejércitos son lo mismo ni juegan el mismo papel, no son seres sociales fijos, y un mismo Ejército puede representar en momentos diferentes cosas contrarias. No son homogéneos. Nada peor que inmovilizar a los ejércitos en estereotipos y generalidades, como si estuvieran al margen de la vida, de las vicisitudes de cada sociedad. Ellos también, a su modo, reflejan el cosmos social del que emanan y en que se insertan, son un compendio de su historia. Varían de país a país, varían en distintas épocas de su país. La Iglesia debe saber y evaluar esto muy bien, si no quiere ser mal pastor.

Hace años, a poco del golpe de Estado en Brasil, Darcy Ribeiro me decía: "El drama actual del desarrollo de América Latina reside en gran medida en el divorcio entre sus tres élites intelectuales fundamentales: la clerical, la militar y la universitaria. Hasta que no haya convergencia entre esas tres élites, no habrá vigor para la independencia de América Latina". Era un momento en que Darcy, miembro de las élites universitarias, pagaba con el exilio su desconocimiento de las militares y descubría la importancia de las clericales. El asunto planteado da para mucho, cabrían numerosas puntualizaciones, pero ahora no vienen al caso. Pero es altamente significativo, y es bueno tomarlo de telón de fondo para nuestra cuestión. Siempre presente.

## 2. La médula del problema.

La existencia de instituciones nuevas, que introducen nuevas lógicas en la intimidad del Estado, no son suficientes por sí mismas para generar un nuevo tipo de Estado, salvo que reflejen también una nueva filosofía del Estado. Sólo así se altera la sustancia misma de la legitimación del Estado. Sólo así se altera la sustancia misma de la

legitimación, de la validez de los presupuestos mismos del Estado antes existentes. De tal modo, todas las tesis valen en la medida que valga la Tesis III, que se refiere a la nueva ideología y su agente realizador. De lo contrario, las nuevas instituciones carecerían de base justificativa suficiente como para sobreponerse inexorablemente al Estado liberal democrático.

Sin nueva ideología, sin nueva legitimación, el poder de las nuevas instituciones sería meramente coyuntural, pues estarían condicionadas en última instancia por el horizonte de validez del Estado liberal democrático. A lo sumo instaurarían un régimen de "excepción", un provisorio más o menos largo, sin alterar la sustancia de la legitimación. Podrá hacer vacuas muchas instituciones "legítimas", pero estarán dependiendo finalmente del "horizonte de validez" del Estado liberal democrático. Y un horizonte de validez no es algo históricamente etéreo, sino un poder formidable, muy concreto, que no se destruye sólo con situaciones "de facto". El problema sería, desde el punto de vista de la legitimidad, el de la alternativa: 1) o los nuevos roles del Ejército en América Latina, generan una nueva legitimidad que reduce a cáscara vacía la del Estado liberal democrático; 2) o es al revés: no hay realmente nueva legitimidad, y las ideologías militares no tocan la sustancia del régimen liberal democrático, por más que suspendan algunas de sus instituciones o las modifiquen. Si fuera esta segunda alternativa, desde el ángulo de la legitimidad, el débil, el instrumental, sería el Ejército —que no se propondría un nuevo Estado— y el fuerte, la finalidad vigente, sería ese aparente esfumado de la "validez" liberal democrática. Y nos encontraríamos así con que los símbolos dominan a las armas. ¿Quién es la cáscara de quién?

La respuesta de este problema depende de la verdad o el error de la Tesis II,

o sea, principalmente, el de la filosofía política. Es allí donde todo está en juego. Comblin lo sabe bien, y por ello se concentra en los principios, en los conceptos fundamentales. Sin duda ésa es la médula del problema. Aunque quizás no todo el problema.

### 3. Filosofía política, geopolítica y estrategia total.

Aquí Comblin plantea tres aspectos básicos: sus orígenes, su conexión con la seguridad y el "Poder Nacional", su relación con el antagonismo principal Occidente-Oriente.

#### ORIGENES:

Aún si Comblin tuviera razón en su visión estrecha de los orígenes de la geopolítica y efectivamente la geopolítica hubiera aparecido ligada a una determinada filosofía política, esto no alcanzaría para una evaluación cabal. Señalar un origen no es hacer una evaluación suficiente de su estructura problemática. No es comprender toda la problemática que abarca. La economía apareció ligada a liberales como Adam Smith o Ricardo. ¿Bastaría ello para desinteresarse de la economía? El psicoanálisis a Freud, ¿bastaría para dejarlo? Y los ejemplos se pueden multiplicar al infinito. Invocar los orígenes es útil para esclarecer un problema, no para eliminarlo o congelarlo en determinada versión. Los católicos hemos pagado demasiado caro en la modernidad el hacer argumentos sólo principistas, para ahorrarnos seguir un pensamiento en todas sus fases concretas, y poder así aprender verdades de su error. Para Comblin, la geopolítica estaría determinada por sus orígenes. Con lo que oscurece el problema.

Por otra parte, Comblin se limita a señalar los orígenes "externos" a América Latina. No intenta entender

las causas "internas" a América Latina para apreciar y entender la difusión actual de la geopolítica. No hay en Comblin una dialéctica de lo "interno" y lo "externo". Sólo lo externo parece jugar, extendiéndose entre nosotros no se sabe bien por qué. ¿Sólo importa el "afuera" como promotor? ¿Eso basta? ¿No hay causalidades internas latinoamericanas, donde se recibe al modo del receptor? Este prescindir de la dialéctica interno-externo, para fijarnos ante todo en la exterioridad, se repite a todos los niveles del abordaje de Comblin. Quede aquí señalado de una vez por todas. Nos llega una ideología, la adoptamos, la agigantamos, pero no se sabe por qué. Muestra orígenes externos, no internos. Eso es quedarnos a mitad del camino para entender las significaciones.

Veamos la cuestión de los orígenes por sí misma. Sin duda, Kjellen fue el que acuñó el término "geopolítica". Pero el nombre no hace la cosa, que existía antes. Geopolítica dice relación de la política con los espacios, y eso es inherente a toda política. De modo más o menos tematizado. El hombre hizo antes geopolítica que "geografía", que es una consideración más abstracta y más tardía históricamente. No hay modo de abstraer la política concreta de la geografía humana, de la geografía política. De las sociedades en tales o cuales espacios. Se comprende, de espacios concretos, organizados, según el nivel técnico, poblacional, cultural, económico, social, de cada Estado, y en relación con otros espacios concretos. La historia se "especializa", sin cesar, así como los espacios se "historizan". De esta dinámica nadie puede prescindir, salvo a altos niveles de abstracción. Podemos no hablar de geopolítica al nivel más general de "filosofía política". Pero nunca omitirla en relación al análisis de las praxis políticas reales, históricas. Los que no saben dónde "están", lo aprenden pronto de mala manera. La geopolítica integra la prudencia política.

¿Por qué de algo tan estructural y tan remoto, se habla tan recientemente? ¿Qué significa su denominación tan tardía? Muy sencillo. Cuando ahora se habla de "geopolítica", esto se refiere inmediatamente a su "sistematización" en una etapa reciente de la historia humana: se habla de ella desde la configuración de toda la Tierra en un solo sistema de relaciones políticas. Esto sólo comenzó efectivamente a fines del siglo XIX, clausurándose la era de los "descubrimientos". Recién en el umbral de nuestro siglo XX la política de los Estados está incluida necesariamente en una dinámica planetaria, global. Antes nunca había sido así. El mundo estaba fragmentado, disperso, en varios sistemas políticos, de escasa o nula interacción mutua. Lo que acaecía en el imperio Inca del siglo XV no incidía ni en Mesoamérica, ni en Europa, etc. En cambio hoy cualquier suceso político en cualquier lugar de la Tierra repercute en todos. Hoy hacer política implica necesariamente perspectivas terrestres globales, "geopolíticas". Los grandes hombres inaugurales de la "geopolítica" son plenamente conscientes de ese hecho novedoso e intentan organizar planeamiento político en proyección planetaria. Nos referimos al inglés Mackinder, al norteamericano Mahan y al alemán Ratzel, sus figuras fundadoras. El origen está en liberales democráticos como el almirante Mahan (íntimo del populista Teodoro Roosevelt, y autor de la "política del garrote"), del geógrafo y parlamentario Sir Harold Mackinder, y el antropólogo Ratzel, cristiano, que ejerciera influencia decisiva en muchas vertientes, como por ejemplo, en el pensamiento del P. Schmit y su célebre escuela católica vienesa de etnología y prehistoria. Son anteriores a los orígenes que señala Comblin. Fueron progenitores de geopolíticas norteamericanas, inglesas y alemanas.

De esto se desprende que la geopolítica es más concreta, que la

filosofía política es inseparable de la situación desde la que se formula, implica una determinada perspectiva dentro de la tierra, en un tiempo y espacio dados. Una misma filosofía política puede realizarse en varias geopolíticas según los Estados que la realicen. Distintas filosofías políticas, dentro de un mismo Estado, pueden llegar a formular geopolíticas mucho más afines entre sí, que lo que son entre sí esas filosofías políticas diferentes. Esto es tan evidente, que huelgan los ejemplos. Claro, la geopolítica supone siempre una filosofía política, pero es un punto de vista "concreto", desde tal o cual Estado. Hans Weinvert, uno de los enemigos más enconados de la geopolítica alemana, lo formula claramente: "No existe en absoluto una ciencia general de la geopolítica que pueda ser aceptada por todas las organizaciones estatales. Existen tantas geopolíticas como sistemas estatales". Nosotros somos más amplios: hay tantas geopolíticas como filosofías políticas y Estados concretos. Lo que viene a decir: hay tantas geopolíticas como políticas. Se podrá ser o no consciente a ello pero no por ello deja de ser. Y Weivert anota atinadamente: "Cada nación tiene la geopolítica que se merece".

Desde este marco puede hablarse de la geopolítica pangermanista como una de las geopolíticas posibles, pero nunca de la única, ni de la arquetípica. Decir que es arquetípica es restringir por definición el sentido de la geopolítica, y atribuir nazismo por analogía a todo lo que huele a geopolítica. Si es así, disolvemos la cuestión en un juego de palabras, otorgándonos en la definición nominal toda la resolución de la cuestión. Y vale aquí una acotación, respecto del mentado Haushofer. Este no fue nazi y terminó encarcelado por Hitler. Y es significativa la razón de su prisión. La geopolítica de Haushofer (él fue quien popularizó el nombre) se basaba en la necesidad

de la unión de Alemania con Rusia y Japón. La esencia de esta geopolítica pangermanista prototípica era "antioccidental": proclamaba la alianza de Alemania y Rusia con los "pueblos de color" contra la dominación de "Occidente" (Inglaterra, Estados Unidos, Francia). El ataque de Hitler a Rusia significó el derrumbe del prócer alemán de la geopolítica, que juzgó tal invasión como contraria a su geopolítica y razón de la ruina de Alemania. Mal puede entonces Haushofer en la fundamentación del antagonismo "Occidente-Oriente", en el sentido que tomó luego de la Segunda Guerra Mundial. Por el contrario, esta geopolítica tiene remotas raíces liberales anglosajonas, como constata L'ajom Brown: "Las ideas que expuso el capitán Alfred Thayer Mahan antes de la Primera Guerra Mundial, refinadas luego en el período interbélico por Sir Harold Mackinder, postulaban una contienda fundamental por el predominio mundial entre el gran imperio ruso en expansión y los estados insulares: Gran Bretaña, Estados Unidos y Japón". Con todo esto, los presupuestos de Comblin sobre la geopolítica quedan radicalmente cuestionados.

#### UNIDAD Y DIFERENCIA:

Conviene insistir en una distinción, para esclarecer las ambigüedades del pensamiento. Nosotros hablamos de dos niveles de abordaje a la realidad política histórica. El nivel más universal, abstracto, más relativo a los "principios", es el de la filosofía política. El nivel más cercano a lo histórico mismo, a la comprensión de la praxis histórica en su individualidad, en sus coyunturas, a lo contingente, pertenece al orden del "conocimiento prudencial". A este nivel más concreto pertenecen las sistematizaciones empíricas de las "ciencias históricas" dentro de las

cuales puede incluirse la perspectiva geopolítica.

Claro, todo tipo de conocimiento prudencial político supone en sí mismo el de una filosofía política. Se liga por una parte a los principios más universales y por otra al devenir histórico concreto. Pero ni es reductible a la filosofía política, ni ésta se confunde con la otra. Hay unidad y diferencia. La filosofía política revierte sobre los principios de la historia, el conocimiento prudencial supone los principios, pero se vierte en el análisis de la historia concreta, en lo que está sucediendo. Esta distinción importa, porque Comblin pasa continuamente de un nivel a otro como si fuera lo mismo.

Esto tiene su explicación. La atención máxima de Comblin es al nivel de la "filosofía política". Eso le es vital para demostrar que efectivamente hay una "nueva legitimación" del Estado, y por ende, un nuevo tipo de Estado. A Comblin no le importa la geopolítica por sí misma, no hace ningún análisis en este orden, sino la "filosofía política" que supone aquélla. Por eso habla de la geopolítica sólo como filosofía política. Y lo mismo puede decirse de la "estrategia global": allí tampoco Comblin estudia la estrategia, sino en cuanto "ética", lo que es igual también a "filosofía política".

Cuando Comblin expone sobre geopolítica o sobre estrategia global, no es por ellas mismas, sino para detectar la filosofía política, los principios universales que encierran.

Al analizar el contenido de la "Seguridad Nacional" y el "Poder Nacional", Comblin encuentra allí los principios del Leviatán. Descubre a Hobbes, la visión de la existencia como guerra del hombre contra el hombre. Ve desalojado el sentido clásico de la "política", como ámbito de la persuasión y el consentimiento, por el sentido de la coerción, de la resolución final violenta y por ende la

obsesión de la seguridad. En vez del pensamiento de Clausewitz, "la guerra es la prosecución de la guerra por otros medios", prima el de Lúndendorf, "la política es la prosecución de la guerra por otros medios". Aquí el orden de los factores altera el producto. Implican la antítesis de política y guerra. La guerra lleva consigo una actitud maniquea, no así la política. Aunque la verdad, esto que especulativamente es claro, en el orden práctico es más confuso, porque política y guerra son compañeras inseparables en la historia del hombre. No hay política sin coacciones, sin fuerza; no hay guerra sin diálogo, sin negociación, sin política. Unidad y diferencia.

El punto de referencia de Comblin para extraer los principios de Leviatán es Golbery de Couto e Silva. Cierto que la visión de la Seguridad Nacional en el general brasileño tiene muchas de esas connotaciones. No interesa aquí la discusión pormenorizada de este aspecto. Concedamos que así sea. Ante esto, es evidente la justicia de la reacción de Comblin. La Iglesia tiene una larga tradición contra ese naturalismo totalitario. Siempre resistió y cuestionó la pura "razón de Estado". Las afirmaciones de principio que Comblin contrapone son verdaderas. La negación de la guerra como esencia de la vida, la afirmación de la política, de la posibilidad real de paz, el valor de la libertad, de la amistad. Sobre esto no hay dudas posibles. Estamos de acuerdo. No abundemos sobre lo que es obvio para los cristianos. Sólo una advertencia: para el cristiano, aunque en otro sentido: la historia es también una dialéctica de amigo-enemigo. Hay también un curso satánico (enemigo) de la historia. El enemigo, bajo mil figuras, es ineliminable hasta el fin de la historia. Cristo nos hace el mandamiento nuevo de amar al enemigo, pero no de no tener enemigos. Negamos la primacía del enemigo, pero no ignoramos la profunda trama de enemistad que se teje en la

historia. Contamos con ella para comprender la historia y las posibilidades efectivas del bien. No alcanza sólo con invocar al amor, la paz, la libertad, la reconciliación, si no damos todo su peso a las luchas incesantes de la historia. De lo contrario, si hacemos mera contraposición, podemos incurrir en un idealismo de la peor especie. Y el cristiano es eminentemente realista. Contraponer principios es válido, pero no suficiente. Es indispensable responder con una práctica prudencial histórica que cuente con los enemigos. Aquí también, en otro sentido, unidad y diferencia. La enemistad no es la esencia de la vida, pero la enemistad es un hecho histórico casi omnipresente.

#### ¿MODELO LATINOAMERICANO?

El nivel de los principios es fundamental, pues sólo si emergen principios políticos radicalmente diferentes habrá posibilidad de constituir un nuevo tipo de Estado. Concedemos que eso aparece en Golbery. Pero faltan otros escalones. ¿Es ésa la realidad práctica del Estado brasileño? Supongamos que sí. No basta. Hay que inquirir todavía ¿qué universalidad latinoamericana tiene la filosofía política de Golbery? ¿Es realmente un modelo maduro, representativo de lo que acontece en Argentina, Uruguay, Chile, Ecuador, Perú? ¿Podemos afirmar acaso que la tendencia general de los ejércitos latinoamericanos está en camino de semejante filosofía política? Me parece que aún no podemos hacer tales afirmaciones. No alcanzan sólo ciertos vocabularios convergentes. Hay que ver si la realidad efectiva de los pensamientos y las prácticas son convergentes. Pero todavía no hay esos aportes fácticos que le aseguren credibilidad a la generalización. Lo que puede ser cierto de Golbery, no se convierte **ipso facto** en verdad de varios de nuestros ejércitos.

Eso hay que demostrarlo. En cuestión tan grave vale la pena acumular datos suficientes que tengan significación. Que hay analogías, sin duda ¿pero hasta dónde llegan? Creo que Comblin hace aquí una afirmación dogmática, no verificada. Hay, pues, que proseguir en la cuestión, pero no apresurarse a concluir de inducciones demasiado incompletas.

Sin embargo, Comblin parece aportar un elemento de bastanta universalidad entre los ejércitos latinoamericanos. ¿No es acaso versión de esa filosofía política la interpretación que estamos en una guerra total entre Occidente y Oriente? ¿Y no es ésta una visión que impera en gran parte de nuestras Fuerzas Armadas? Pero aquí viene a cuento la distinción de planos. La coyuntura histórica actual puede ser interpretada en términos de "guerra fría". Es un hecho que ésa es una interpretación que muchos sustentan. Pero creer que la actualidad histórica se define por una situación de "guerra fría" o "guerra total" no es lo mismo que profesar una filosofía política totalitaria y hacer de la guerra la esencia de la historia universal. De hecho, la opinión que vivimos en guerra fría la pueden sustentar hoy muchos liberales, católicos, protestantes, agnósticos, etc. La gama de los que creen vivir una situación de guerra fría es infinitamente más amplia, no coincide, con la de postular un pensamiento totalitario. De tal modo, pasar de la filosofía política a los problemas de cuáles son hoy los antagonismos mundiales principales, no es mantenerse en el mismo nivel, sino pasar a otro. En cambio, para Comblin todo parece estar dentro de la misma demostración. Pero no hay deducción desde los principios a la historia, hay salto de planos. Aunque haya conexión entre los dos planos, no hay un continuo. Con diferentes filosofías políticas, distintas gentes pueden sostener al unísono que se está en un período de guerra, o de guerra total, o que todos los recursos deben mobilizarse,

o que no hay desarrollo sin seguridad nacional, etc. Es una discusión sobre el alcance de una situación de hecho. Si hay o no guerra fría total, es distinto a creer que la guerra es la esencia de la historia. Una situación de guerra fría real puede empujar a formular una filosofía de la enemistad del hombre con el hombre, más fácilmente que un período idílico de paz. Pero no son intercambiables. Una situación de guerra puede llevar a grandes restricciones a un Estado liberal democrático, empujarle a esfuerzos "totales", pero sin convertirse todavía en un Estado totalitario. Por tanto, invocar la creencia en gran parte de nuestras Fuerzas Armadas de la existencia actual de una guerra fría Oriente-Occidente podrá discutirse como cuestión de hecho, pero no se transforma en "elemento" de una filosofía política totalitaria. Podrá ser una condición para explicar el surgimiento de una filosofía política totalitaria, pero no se transforma en esa filosofía misma. Por eso no considero argumento válido de la universalidad de la nueva teoría totalitaria y hobbesiana el hecho que muchos sostengan hoy la existencia primaria de una "guerra fría", y saquen consecuencias prácticas de esto. Me parece que aquí Comblin mezcla las cosas, porque en el principio mismo de su análisis identificó filosofía política y geopolítica. Y usa a la una para la otra, en un continuo que no le permite discriminar. Realiza una perfecta circularidad: usa a la "guerra fría" como Hobbes. Es una exageración, pero valga la imagen.

#### PODER NACIONAL:

Entran aquí dos conceptos: poder y nacional. Conviene un discernimiento mínimo para evitar equívocos. En relación a "poder" no hay que identificarlo con dominación o con "fuerza", contraponiéndolo a servicio, a ausencia de medios coercitivos. Es

una acepción estrecha, que lleva a inexorables confusiones. De hecho, el pensamiento cristiano incurre actualmente demasiado a menudo en tales oscuridades. Hay tendencia a menospreciar el "poder", en atribuirle un cierto rasgo malsano. Lo que tiene funestas consecuencias políticas y pastorales, devorándose en contradicciones sin salida. Poder se contrapone a no poder, o sea, a impotencia. Todo lo que es, es poder. Ese es el único punto de partida.

Poder es capacidad de determinación de sí y de otros. Es una idea muy general, de máxima formalidad. O mejor, me atrevería a decir que es un trascendental en sentido tomista. No hay ser sin poder, no hay poder sin ser. No hay poder sin valores, no hay valores sin poder. En lo real, es inseparable de las cualificaciones que lo determinan. Porque el poder, como puro poder, no existe. Son las cualificaciones que conforman el poder, las que hacen el poder. No tiene sentido entonces estigmatizar al poder, sino a determinar cualificaciones suyas. Repudiar el poder es repudiar la vida, el ser. San Francisco es un tipo de poder; Atila, otro; Kant, otro, etc. Dios es Todopoderoso, y si no fuera así no sería Dios. Hay poderes del espíritu, hay poderes físicos, la gama es tan infinita como la realidad. Servir es un poder. Usemos, pues, las palabras con cuidado, porque con ellas uno no hace lo que quiere. Una idea empobrecida del "poder" pone a la gente fuera de la historia. Impide la comprensión de la historia, lleva a una dinámica inconsciente de suicidio. Y esto no es, por cierto, raro, porque el mundo está lleno de suicidas potenciales. Que no creen realmente en el omnipoder amoroso de Dios. Tener miedo al poder es tener miedo al ser.

Un "poder nacional" es un ser complejo, relacional, que se compone de una comunidad de hombres, donde las oposiciones no están dominadas totalmente por la contradicción, se

compone de técnica, ciencia, cultura, religión, economía, filosofía, artes, etc. La nación no es un sujeto, una hipóstasis, sino un peculiar sistema histórico de relaciones, por lo que el Poder Nacional es resultante del vigor, de la constelación de poderes valiosos que lo configuran. Puede tener una resultante general positiva o negativa en su relación con otros Estados o naciones. Que los miembros de una nación deseen el "Poder Nacional" me parece normal, pues si no la quisieran, sencillamente eligen desaparecer en la historia. Y querer un "poder nacional" es querer siempre la realización de determinados valores y poderes que por sí solos no serían el poder nacional, pero que constituyen el Poder Nacional. Es decir, para querer el "poder nacional" hay que querer otros poderes sin los cuales no habría poder nacional. Querer sólo el Poder Nacional eso sí es idolatría. Lleva en sí la contradicción de los ídolos, de los falsos dioses. Así, me parece muy bien que Comblin repudie al Poder Nacional en cuanto ídolo.

Pero, atención: ¡sólo en cuanto idolatría! Porque en América Latina, en el Tercer Mundo, es en extremo peligroso dejar la cosa sólo ahí. Debe subrayarse inmediatamente el valor del nacionalismo. Debe reivindicarse el buen sentido de la vocación del "poder nacional". Conozco bastante bien el conjunto de la obra de Comblin, y sé que en ella hay infinitamente más que en los dos artículos que estamos analizando. Ha escrito cosas muy pertinentes sobre la nación y el nacionalismo. Pero en los dos artículos que analizamos, y que han tenido tanto eco, no hay una distinción adecuada entre tipos existentes o posibles de "nacionalismo". Deja un poco la impresión —seguramente más allá de su intención y por ceñirse demasiado a su problema— que el "Poder Nacional" o la "Seguridad Nacional" sean objetivos perniciosos. En determinadas condiciones y valores sí, en otras no. Comblin usa la

cuestión del "Poder Nacional" sólo en relación y como ejemplo de una filosofía política hobbesiana, como expresión del Leviatán, y omite contraponerlo con políticas del poder nacional, no sólo legítimas sino hasta incluso cristianas.

Es muy peligroso, reitero, en el Tercer Mundo descartar al "Poder Nacional" sin las debidas aclaraciones y contraposiciones. Y como no se hace esto, por quedarse al nivel más universal de los principios, uno termina con la impresión que el único problema es el de los derechos humanos, en el sentido exclusivo de los derechos individuales. Lo que da, de modo sorprendente, a su perspectiva, un tono exclusivamente liberal, pero no nacional. No los relaciona íntimamente: no sé qué derechos humanos quedarán en pie en el Tercer Mundo sin "Poder Nacional". Un estado de postración nacional, un estado de dependencia nacional, un estado de atraso nacional destruye los derechos humanos y convierte en privilegio o mistificación a los derechos individuales. No podemos afirmar a los derechos humanos, inmersos en la comunidad, en las naciones, si no planteamos simultáneamente las cuestiones nacionales, que son también cuestiones sociales. Y el destino de los pueblos, de las naciones, atañe a la Iglesia. Derechos humanos y situación nacional son inseparables en lo concreto de la historia. Tengo la seguridad que Comblin lo cree así, pero del texto de los dos artículos surge una ausencia que abre a interpretaciones puramente liberales.

Ese moverse al nivel más abstracto de los principios, esa atención exclusiva en mostrar la nueva legitimidad emergente, implica no entrar en la discusión de la validez histórica concreta de la "doctrina de la seguridad nacional", en la complejidad de sus motivaciones, en sus contradicciones internas. La preocupación por los principios hace descartar la

discusión histórica, y eso lleva inevitablemente a la rigidez, impidiendo el diálogo crítico. Por eso no le interesa cuestionar aquí la creencia que el antagonismo principal sea del de Oriente-Occidente, como tampoco le interesó ver si realmente vivimos en el ciclo de "guerra fría" o de "coexistencia pacífica". Porque esta doble discusión, si bien puede emparentarse con la de los principios, no se reduce a ella y abre el campo "histórico" como lugar de disputa, que creo tan indispensable en esta cuestión como la otra, principista. Por ejemplo, si señalamos que hay en la actualidad histórica dos antagonismos principales, el de Occidente-Oriente y el de Norte-Sur, y que esos dos antagonismos principales se entrecruzan de modo muy complejo y diverso según distintas situaciones geopolíticas nacionales, etc., entonces ésta es una vía de cuestionamiento de la doctrina de la "seguridad nacional" muy distinta a la principista. Seguramente mucho más rica. Si una Doctrina de la Seguridad Nacional omite o pone en nivel totalmente subordinado el antagonismo Norte-Sur, que es principalmente con el "Occidente noratlántico", entonces esa doctrina puede revelarse como contradictoria con la Seguridad Nacional, con el Poder Nacional. Con lo que invertiríamos los términos y reivindicaríamos la verdadera seguridad nacional contra una perspectiva errónea o incompleta. Sobre esto habría mucho que decir, pero basta con indicar una vía no recorrida, la más importante, la más fecunda para el análisis y la discusión histórica concreta prudencial.

Esta analítica concreta Comblin no la ha desarrollado. No era su objetivo expreso. Pero no deja indicios para esta segunda parte del camino. Y al no dejarlos, parece convertir a los datos históricos sólo en "momento" especulativo de su fijación de los principios. Si fuera así, lo histórico mismo se evaporaría —al modo de Hegel— en su asimilación al principio

y a ser puro autodesarrollo del principio. Lo que deja al "otro" como un puro monolito enemigo. Con monolitos no hay comunicación posible. Contraponer principios enemigos está bien, pero ahí sólo nos inmovilizamos. Quedamos paralíticos en la enemistad. Por eso mi preocupación por abrir el camino hacia la segunda parte, más propiamente histórica. La que permite un diálogo más a fondo. Hay que pasar al plano de las perspectivas históricas, a sus causas, a sus significaciones particularizadas, que no se conectan inmediatamente con el "principio". Sólo en este otro plano se puede cumplir con las reglas fundamentales de la crítica, y a la vez poner en juego una actitud cristiana: partir siempre de lo mejor del enemigo, para combatir lo peor del enemigo. Sólo desde las verdades del enemigo podemos destruir las mentiras del enemigo. Es estéril y maniqueo señalar al enemigo y quedarse allí. ¡La dialéctica amigo-enemigo es más profunda y dinámica! ¡No hacer con el enemigo lo que atribuimos al enemigo! Se nos exige ver el bien del enemigo para combatir al enemigo. Para conducir al enemigo al bien desde su propio bien. ¿Qué mejor para esto que establecer el diálogo, la discusión sobre "el poder nacional" en y de América Latina?

#### EN RESUMEN:

Si la geopolítica es la filosofía política de la legitimación del nuevo tipo de Estado, no habría tal nueva legitimación, porque geopolítica no es igual a filosofía totalitaria. Puede serlo o no, eso depende de la filosofía política que la anime. Se ha demostrado el error de considerar a la geopolítica como intrínsecamente ligada a una filosofía política totalitaria y de tipo hobbesiano, tanto de hecho como de derecho.

Si en el caso arquetípico de Golbery Couto e Silva puede haber una

filosofía política de tipo hobbesiano, no está demostrado que ésa sea la situación general de los ejércitos latinoamericanos, por lo menos en Argentina, Chile, Perú, Uruguay, Ecuador. Incluso, tampoco que sea suficientemente representativa de la realidad del Estado brasileño actual. No hay que suponer la "madurez representativa", hay que mostrar que efectivamente hay esa madurez. Que haya algunos parecidos no significa que sean lo mismo. La ballena parece un pez, pero es un mamífero. Falta la tarea de una verificación.

Una situación de "guerra fría" o "total" (cuyas características dependen del proceso histórico de democratización y de industrialización) entre Occidente y Oriente no es un momento representativo de una filosofía política: es una situación de constatación fáctica, interpretable desde muchas filosofías políticas ya marxistas, ya liberales, o cualquiera otra. Puede discutirse si hay o no de facto "guerra fría" o "coexistencia pacífica", si habitamos un mundo bipolar o multipolar, si el antagonismo Norte-Sur es el principal, etc. Pero afirmar una u otra de las posiciones en esta discusión no lleva necesariamente a una sola filosofía política. Menos aun a una sola geopolítica. Afirmar una situación fáctica de guerra fría o total, aunque hoy pueda ser un error (y eso es lo que nosotros creemos) no es lo mismo que profesar que la guerra es la esencia de la existencia. No deben confundirse los planos, y la historia debe tomarse como historia, no como momento interno del autodesarrollo de los principios de una filosofía política.

No pueden omitirse en el análisis los procesos históricos propios de América Latina, y quedarnos sólo en las causalidades externas. Es peligroso en América Latina fijar al "Poder Nacional" o a la "Seguridad Nacional" en la idolatría del Leviatán. No se pueden separar los derechos

humanos de la cuestión nacional latinoamericana. En una nación dependiente y subdesarrollada, los derechos humanos quedan devastados. Aquí, nacionalismo y derechos humanos no pueden separarse, pues de lo contrario caemos en derechos individuales efectivos para una minoría privilegiada. La historia es efectivamente una lucha de poderes, una dialéctica diversificada, multiforme, de amigo-enemigo, donde el amor al enemigo es la crítica del enemigo, desde la amistad que hay en el enemigo, para destruirlo como enemigo y salvarlo como amigo. ¡Y en uno mismo habita el enemigo! Esta dialéctica está en la médula del Evangelio. Toda otra actitud, aun bajo rostros espiritualistas o idealistas, conduce al maniqueísmo, con desastrosas consecuencias pastorales y políticas.

Así, si bien Comblin señala algunas tendencias verdaderas, ha hecho una sistematización apresurada con datos insuficientes e incluso parcialmente erróneos. No ha demostrado que esté en marcha una nueva legitimación que configure un nuevo tipo de Estado emergente, por lo menos en el sentido en que lo afirma. Lo que significa que estamos apenas en los primeros pasos para el esclarecimiento urgente y necesario de la nueva situación histórica que estamos viviendo.

#### 4. Ejército e Iglesia.

Descartada la validez de la Tesis III en su parte principal, la referente a la filosofía política (que incluye a la Estrategia total en cuanto ética), todo el resto de la tesis pierde su base, por lo menos en la significación sistemática que les asigna Comblin. No insistiremos pues en nuevas particularizaciones sobre lo ya expuesto. Pero es bueno proseguir el curso de la atención fijada por Comblin, en el esfuerzo de caracterizar nuestra actualidad histórica, los regímenes con que debe convivir la Iglesia para realizar su misión. Aquí nos limitamos a abrir

algunas perspectivas que se mueven en el círculo de preocupaciones que hemos considerado. Los dos sujetos serán los Ejércitos y la Iglesia, se entienda en América Latina. O sea, de algún modo, nos referimos a las tesis VI y VII, y se completa así esta reflexión. Se trata sólo de algunas pistas a proseguir.

#### UN NUEVO ORDEN INTERNACIONAL.

Es conveniente comenzar por el marco mundial en que se inscribe América Latina, y por ende, sus Ejércitos y la Iglesia, para poner un ámbito de referencia común, y luego discernir algunas peculiaridades. Tomemos como referencia útil y sencilla la obra reciente del norteamericano Sean Brown: "Nuevas tensiones en la política mundial. Crisis, replanteo de la geopolítica clásica" (Edisab., Buenos Aires, 1975). Ya hemos hecho anteriormente una cita, que corresponde a esta obra. Está escrita por un experto en política internacional americana. No es útil también por insospechable. La tesis central de Brown es que "las dos poderosas estructuras —las coaliciones de la guerra fría y el sistema nación-Estado— están siendo minadas simultáneamente, pero en distintas proporciones y de manera dispareja en los diversos segmentos del globo". "Las coaliciones de la guerra fría fueron las estructuras de ordenamiento de las relaciones internacionales durante el cuarto de siglo posterior a la Segunda Guerra Mundial. Un nuevo examen de su debilidad básica y de las fuentes de su evidente desintegración constituye, por lo tanto, el punto de partida de todo esfuerzo por armonizar las políticas con la nueva forma que va adoptando la política mundial". (Acotamos que el subrayado es sustitución del texto original, más particular, que se refiere sólo a "la política exterior norteamericana", porque de distintos modos, vale para todos). Vivimos un

momento de desintegración de las coaliciones de la guerra fría. La nueva situación de la Iglesia en el mundo, debe también mirarse desde esta perspectiva.

Los dos grandes bloques de la guerra fría, capitaneados por EE. UU. y la URSS, están en proceso de "despolarización". La antigua "estabilidad" (aunque se la juzgue malsana) del orden internacional da ahora lugar a una creciente "incoherencia", de relaciones intercrucadas, con una multipolaridad creciente como condición inestable, sistemas emergentes de coaliciones múltiples, diversificación de amistades, etc. Las doctrinas de la "seguridad nacional", desde Keenan y Foster Dulles a McNamara, y de Stalin a Brezhnev, son erosionadas por las nuevas condiciones históricas. Los avances científicos tecnológicos militares (poder atómico, misiles, etc.) han quitado relevancia a las antiguas geopolíticas de alianzas militares de los dos bloques. Paradójicamente, semejante poder militar le hace pasar a segundo plano. Hay una menor preocupación por la seguridad. La coexistencia pacífica se ha consolidado en el pacto de "principios" de Washington en 1973. Se nota una atenuación ascendente de la bipolaridad geopolítica e ideológica. Surgen problemas no militares. El sistema monetario internacional formulado desde Bretton Woods se ha derrumbado, de todos lados surge el clamor de "un nuevo orden internacional", las tensiones Norte-Sur se acentúan, nuevos factores como la OPEP desencadenan nuevas lógicas, etc. Si bien el poder militar de la URSS y los EE. UU. es incontrastable, se multiplican los centros económicos poderosos, las tendencias regionalistas. En suma, pues no corresponde aquí extenderse en estos aspectos, las doctrinas de la Seguridad Nacional del tipo analizado por Comblin pierden de más en más su sustento en la realidad histórica. La geopolítica de Golbery se formuló en plena "guerra fría", ahora el mismo Brasil ha pasado

internacionalmente a la doctrina del "pragmatismo responsable", y es el primero en reconocer el gobierno procomunista de Angola, y en concertar con él grandes acuerdos económicos y tiene conflictos con EE. UU. por su desarrollo atómico.

Es curiosa la preocupación de Seyon Brown ante este deshielo generalizado, ante el crecimiento de un sistema poliárquico cada vez más complejo, que no termine en "anarquía": "hay buenos fundamentos para esperar que la deriva hacia tal mundo anárquico, se detenga por la prudencia de los estadistas y que ello ocurra bastante pronto como para evitar la drástica alternativa hobbesiana de un Leviatán global". Sin duda, estructuras incoherentes son peligrosas, pero señalan las necesidades de creación de un nuevo orden internacional ya no tutelado por las superpotencias y en el que la mayoría de la humanidad, el Tercer Mundo, tenga su justo lugar. Esta es la lucha de poderes en los años que vienen. La Iglesia, principalmente desde Pablo VI, ha tomado conciencia de esto. Y por supuesto, moverse en un mundo tan volátil y a la vez tan contrastado, es tarea muy difícil, exige una vigilia que no puede adormecerse en dicotomías simples y rotundas. Por momentos la "complejización" se vuelve más bien incómoda y hasta insoportable. ¡Cuántos añoran los tiempos de la claridad del enemigo, cuando la "guerra fría"!

El proceso de desintegración de la guerra fría y de la emergencia de la coexistencia pacífica tiene ritmos y fases distintas en diferentes partes del mundo. Momentos de aceleración, de crisis, de roces, pero la tendencia parece irreversible por un largo plazo en el Norte industrial (que tanto comprende a EE. UU. como a la URSS, a Europa como a Japón). En el Tercer Mundo, esto no es equivalente, por su situación de dependencia y tensiones especialmente con el Norte Atlántico. Y por las grandes convulsiones que le significa levantar su proceso de

industrialización, acaezca éste con el signo político o ideológico que fuere. Las exigencias de la industrialización, inexorables, son muy duras, requieren grandes sacrificios colectivos. Hay un círculo de hierro: ¿la industrialización en el Tercer Mundo pone en crisis la vigencia de unos derechos para la realización de otros, oprime unos derechos, para poderlos, efectivamente, realizar luego? Todos los indicios, para las próximas décadas, no señalan coexistencias pacíficas en el orden interno de estos Estados. La tendencia es que encarnen tipos de autoritarismos distintos, conservador o progresivo, y eso ya no estaría, en absoluto, ligado a la "guerra fría", sino en el marco de la "coexistencia pacífica" del Norte industrial, cada vez más solidario entre sí, en su propia diversificación y competencia.

#### LA IGLESIA.

Dentro de esta dinámica internacional, ¿qué le ha pasado a la Iglesia? No es habitual todavía conceptualizar los procesos eclesiales ligados a los procesos mundiales. La Iglesia en el mundo, y el mundo en la Iglesia, se piensa en general de modo abstracto, no dentro de las vicisitudes de los Estados que forman el sistema político mundial. O sólo se tienen ópticas locales, pero no en rigor "católicas". No se piensa la unidad y la diversidad eclesiales de modo coherente en el terreno del devenir histórico internacional, de modo histórico concreto. Por eso hay o visiones de la realidad demasiado fragmentarias o globalidades, demasiado idealistas o aturdimiento por una multiplicidad de sucesos que una visión rezagada, que no descubre las motivaciones unitivas de sus contrariedad, se torna caótica. Pero el defecto está en el sujeto, y no en el objeto. Hay que tomar muy radicalmente, el hecho que la Iglesia sea la Encarnación proseguida, difundida y

comunicada en la historia. Ella también es un sujeto geopolítico, o si se prefiere, geopolítico. Claro que la Iglesia no hace geopolítica al modo de los Estados, pero la hace. Aunque no lo tematice. Sería mejor como conciencia de sí en el mundo actual, que se lo tematizara. Esa no cabal autoconciencia es un defecto, no una virtud. Es una falla pastoral, no una cuestión ajena a la pastoral. Creo que estamos en camino de asumir esa exigencia. La dinámica de los Sínodos mundiales la generará seguramente.

La Segunda Guerra Mundial, como época de lucha mortal entre los Estados, que en situaciones límites generan siempre regímenes autocráticos, en un tiempo de dictadores europeos, hizo culminar en la Iglesia el Gobierno central y vertical de Pío XII. Tiempos de guerra, caliente o fría, exigen conducciones férreas, cuando se está en el epicentro de los acontecimientos. El término de la guerra caliente prosiguió luego, desde el 47, con la guerra fría, en un nuevo alineamiento de los antiguos aliados. La ocupación militar soviética de Europa Oriental, la persecución a todas sus iglesias locales, la prisión de todas sus cabezas, hicieron que la Iglesia formara un frente compacto contra el stalinismo, donde convivió, como nunca antes, con antiguos enemigos, ahora aliados:

los protestantes, los liberales masónicos, los socialistas democráticos. Hijos de la reforma e hijos de la ilustración hicieron una nueva relación con los hijos de la Iglesia; viejos antagonismos se atenuaban, y en la dicotomía tajante de la guerra fría se fue preparando, prácticamente (si bien puede establecerse una larga cadena de antecedentes), dentro del bando occidental, el replanteo y la apertura que culminaría en el Concilio Vaticano II. Nunca, en el centro espiritual del protestantismo, Alemania, las iglesias se habían conjugado tanto. Y también en Holanda, Inglaterra, EE. UU. Nunca tampoco tanto con los hijos de la ilustración, de la derecha liberal en EE. UU., en Francia e Italia,

en América Latina. O con los hijos de izquierda socialdemócrata, en Francia, Italia, Alemania, Inglaterra, o con las formas populistas de América Latina. La fortaleza sitiada por la "modernidad" en un nuevo alineamiento, redescubría valores positivos en esa "modernidad". Sin embargo, esa nueva experiencia sólo podía hacer eclosión visible en la Iglesia en condiciones históricas distintas que la guerra fría. Fue el comienzo del proceso de la coexistencia pacífica, en los albores de la distensión y la euforia de la recuperación europea, centro de la Iglesia, con un Foster Dulles sustituido por Kennedy y un Stalin por Kruschev que pudo ser un Juan XXIII que convocara al Concilio. Imposible convocar un Concilio en tiempos de Pío XII, ascendido en la guerra caliente y proseguido en la más intensa guerra fría. El aflojamiento de las tensiones, la recuperación optimista europea, ya opulenta, permitieron el Concilio Ecuménico más pacífico que conoce la historia. Las aguas ya no estaban embravecidas, y el capitán, entrando en remanso, convocó a la tripulación a la mesa. Un nuevo tiempo se abría en la historia de la Iglesia. Ha sido, sin duda, el último Concilio de sello europeo. El Tercer Mundo apenas estuvo allí presente, pero fue irrumpiendo cada vez más en la vida de la Iglesia desde el fin del Concilio. Leuret y Gauthier fueron sus heraldos.

Los años 60 señalan, en términos mundiales, un período en que las aguas de la "guerra fría" y de la "coexistencia pacífica" están aún mezcladas. Pero a pesar de guerras limitadas y otros encontronazos, el deshielo es progresivo. El diálogo se extiende entonces hacia el Este y es el momento de la temática "marxismo-cristianismo". Pero los años 60, a la vez que culminan la recuperación europea, son el remate de todos sus imperios coloniales, y la emergencia definitiva del Tercer Mundo, que venía preparándose ya desde el término de la Segunda Guerra Mundial. Emergen un tercer protagonista, en un mundo bipolar industrial. Juan XXIII lo

había visto. Benedicto XV ya lo había previsto en su instrucción misional de 1919. Y será Paulo VI quien lo asume decididamente. Ese camino del Papado hacia el Tercer Mundo (que incluye a América Latina) tendrá sus momentos culminantes en los viajes y en los documentos de Paulo VI de la **Populorum Progressio**, su discurso en las Naciones Unidas, y la **Humanae Vitae**. La desintegración de la guerra fría es la ruptura de solidaridad masivas. Desde la **Humanae Vitae**, donde la Iglesia se niega a ser instrumento del neomalthusianismo a escala mundial para resolver los problemas del Tercer Mundo, Pablo VI será un Papa no confiable para los poderes del Atlántico Norte, que le harán víctima de una campaña de difamación sistemática. Si la Iglesia quería independizarse de los bloques, tenía que pagar su costo. Porque ese proceso de desintegración de la guerra fría no acaece sin costos. Nada acaece sin costos. Pero Paulo VI asumía la responsabilidad de romper con el encierro encantado de la Iglesia en Europa, y se abría evangelizador a la solidaridad con las multitudes pobres del Tercer Mundo y de América Latina. Esto no fue bien comprendido en América Latina por muchos que se enredaron con las perniciosas influencias europeas de la teología de la secularización o de mezcolanzas "transconfesionales" pseudoecuménicas. La Iglesia comenzaba a caminar sobre el filo de la navaja, en una situación mundial crecientemente multipolar (en el Norte), pero singularmente tensa en el Tercer Mundo y América Latina. Ideas de salón en Europa tomaron un sesgo trágico entre nosotros, dadas nuestras condiciones internas diferentes. El hecho, es que la Iglesia de América Latina, irrumpió en escena desde Medellín. Comenzaba a tener su propia voz.

No me voy a extender sobre este punto. Sólo me interesa poner una pista, en términos muy generales, para visualizar a la Iglesia en la dinámica de transición de las geopolíticas mundiales. Desarrollar esta dimensión, de forma

mínima, sería de extensión imposible. No es nuestro propósito. Otros elementos se verán en lo que sigue.

## LOS EJERCITOS.

Retomamos el hilo de lo que debe estar "siempre presente". Cuando una sociedad está en crisis profunda, es siempre la hora de los ejércitos. Los ejércitos no generan las crisis de la sociedad, por el contrario, son protagonistas forzosos de sus crisis límites. Es su oficio, es su rol de última instancia, la Seguridad Nacional les compete, y por eso actúan en tiempos de máxima inseguridad. Eso es, por lo menos, lo normal. Hay situaciones de crisis endémicas como lo es gran parte de la historia de América Latina desde la Independencia. Las hay episódicas y si un Ejército quiere prolongarse más allá de ellas, la presión social termina por hacerlos regresar a su lugar natural, el cuartel. Si un Ejército gobierna, es que algo muy grave pasa en un Estado. Hay que analizar entonces qué pasa en las estructuras sociales, culturales, económicas, políticas, de ese Estado. No se trata pues de invertir los términos, y hacer del Ejército el promotor de las crisis de la sociedad. No es así, ni puede ser así. Lo que no significa declaración de inocencia para los ejércitos, pues esos roles de "última instancia", de "seguridad nacional" los realizará con contenidos políticos positivos o negativos, según las posibilidades de la circunstancia.

El Estado liberal, que se instaló en América Latina desde la Independencia, no fue un Estado democrático. Hasta el siglo XIX (y parte del siglo XX) fue más común a los ejércitos encarnar tendencias democráticas aún amorfas, que a los civilistas liberales. En el abrir camino a las fuerzas democráticas de las clases medias, en Brasil tuvieron un gran papel positivo, al mismo tiempo que en Perú cumplían uno

totalmente negativo. Paradójicamente, al cabo de los años, Perú y Brasil, actualmente, son ejemplo de versiones absolutamente contradictorias de la "doctrina de la seguridad nacional" de sus ejércitos. Sin embargo, creo que es notorio, ninguno de los ejércitos latinoamericanos rompe con el horizonte de validez de un Estado liberal democrático, aunque lo ponga en suspenso. Oscilarán, más o menos, hacia el polo liberal conservador, o hacia el polo más progresista liberal democrático. Lo que no es poca cosa. Significa líneas históricas muy distintas. Pero hasta hoy no veo que el radio de oscilación de los ejércitos latinoamericanos sea mayor que ése. Salvo, quizá en la etapa de Velasco en la revolución peruana.

En los ejércitos latinoamericanos, la situación de la Iglesia es bastante variada. Hubo ejércitos dominados por liberales anticlericales, masónicos. Hubo ejércitos predominantemente católicos en su composición. No sólo hay ejércitos de tradiciones muy distintas entre diversos países, sino que en un mismo país pasan por fases diferentes, en relación a este orden. Por ejemplo, en Brasil del Ejército fundador de la República, controlado por positivistas, comtianos se pasó desde la década del 30, por intervención de Vargas y el Cardenal Lemes, a una composición mayoritariamente católica. Nada se gana ni se pierde para siempre. Donde la Iglesia está, puede no estar, y donde no está puede estar. Eso depende de la variación de las circunstancias históricas y de su capacidad pastoral. Y en atención a lo que expresamos del "siempre presente", es de tremenda gravedad pastoral incurrir en alguna imagen caricaturesca de nuestros ejércitos. Una pastoral eficaz sólo puede asentarse en una voluntad de verdad. Querer siempre la verdad. Ser objetivo es un acto de amor. Y para la verdad hay que atravesar siempre las apariencias, gruesas capas de slogans y prejuicios.

Por ello, para comprender a nuestros ejércitos, hay que poner atención en ellos mismos y en la sociedad de la que emergen. Hay que poner énfasis en las causalidades internas, latinoamericanas, nacionales, y no sólo en las causalidades externas, que nos dan una visión periférica. Pues lo externo sólo alcanza su potencia cuando lo percibimos en su dialéctica con lo interno.

Un hecho capital a considerar siempre es que nuestros ejércitos se reclutan a lo más en clases medias urbanas y rurales. Que no es carrera habitual en las clases altas. El reclutamiento popular de los ejércitos latinoamericanos hacen que tengan, por lógica, una alta composición de gentes cristianas. Que en la Iglesia profesan, justamente, el tipo de "religiosidad popular". Y cuando están más ahondados en su fe, por la índole de su propio oficio y experiencia, tienen una "afinidad electiva" con lo que convencionalmente llamamos "Iglesia preconciliar". ¿Acaso puede ser extraño? Por eso, no juzgo en absoluto que cuando los ejércitos invocan la "simbólica" cristiana, lo hagan como puro instrumento vacío. Es presuponer un cinismo maquiavélico, bastante distante de los comportamientos militares. Tendrán otros, pero ése, por lo que conozco, muy poco. Por otra parte, nunca es sencillo manipular a los símbolos. Si éstos son algo, es porque no son vacíos. Y si importan, es que son poderosos, tienen su propia consistencia, muy resistente. Y así, es probable que manipulen a esos manipuladores, pues el maquiavelismo es más bien degradación sofisticada de algunos intelectuales. Y todo esto vale tanto en relación con la simbólica cristiana como con la liberal democrática. Son, por otra parte, simbólicas de incidencia diferente. En tanto que deben introducirse muchas matizaciones en cuanto a la real vigencia de la simbólica cristiana en las Fuerzas Armadas latinoamericanas, es indudable que la simbólica liberal democrática tiene en aquéllas

vigencia general y sigue en pie como raíz de la legitimación de sus actos. Por lo menos estos actos no tienen hasta hoy la energía de formular una nueva legitimación firme.

## GUERRILLA Y GUERRA.

Que la guerra es oficio de las Fuerzas Armadas es cosa por demás obvia. Lo que no implica que tengan una filosofía política basada en la primacía de la guerra sobre la política, aunque algunos intelectuales militares tengan esa propensión por deformación profesional. Debemos pues manejar con cuidado las expresiones militares (al igual que las referentes infinitas a que "todo está" al servicio de la Nación o de la Patria o del Estado) que la mayor parte de las veces no deben elevarse al rango de concepto filosófico y ético central de índole pagana. Son fórmulas rituales que entran en la retórica normal de los oficios, que deben interpretarse en esos límites.

Pero hay una situación llamativa. Si la "guerra fría", desde la década del 60, está en proceso de desintegración, ¿qué hizo que sus conceptos persistieran tan hondamente en los ejércitos latinoamericanos (salvo el peruano)?

El proceso de desintegración de los bloques de la "guerra fría" no es homogéneo y está salpicado por "guerras calientes". En América Latina las rigideces de la "guerra fría" fueron realimentadas, especialmente en algunos países, por la difusión ruidosa de las teorías "foquistas" durante la década del 60. La teoría foquista encarnada de modo máximo en Che Guevara, implica una práctica cuyo punto de partida es la lucha armada para el logro final de objetivos políticos. El "Che" es una versión izquierdista de la máxima de Lundendorf. Nosotros, hace años, criticamos abierta y

ampliamente semejante perspectiva, carente de todo realismo y de objetividad respecto de las condiciones políticas de América Latina. La definimos como "política de muerte y la muerte de toda política". Como es evidente, el guerrillerismo tocaba directamente a los ejércitos y los llevaba al protagonismo. Tocaba directamente sus funciones de guerra y seguridad. No podemos omitir este hecho en la comprensión de algunos aspectos de la dinámica reciente, mucho más importante, en algunos países, que presuntas filosofías hobbesianas. Y en efecto, en varios países (Argentina y Uruguay) esto desembocó en una situación de guerra total. La guerrilla urbana, por su índole, implica la más atroz forma de guerra imaginable, la más impía. Ahora, ese proceso está en su trágica consumación en Argentina. Estaba en la lógica íntima del foquismo y era previsible desde hace años.

Por supuesto, el "foquismo" no explica todo, ni mucho menos. El foquismo mismo debe ser explicado. Pues el foquismo no es más que una respuesta errada, carente de fundamentos y por ende condenada al fracaso más cruel. Una respuesta alucinada a las desastrosas condiciones sociales de América Latina, a los problemas de injusticias estructurales y de dependencia. Por otra parte, no hay duda que la versión foquista marxista, de gran eco en los estratos universitarios, tuvo incidencia en algunos sectores eclesiales. En sectores clericales (y estudiantiles) que sufrían las grandes tensiones por los cambios post-conciliares, que descubrían la crítica situación de América Latina, y que proyectaban sus angustias subjetivas en el más dramático e ignorante infantilismo político, que confundían como la forma del "compromiso". De más está decir que esta situación era semillero inevitable de nuevas tensiones y crisis entre el Ejército y la Iglesia. Por el lado del Ejército, todo lo que se

refería a reivindicaciones sociales, era acusado de "subversivo", por el otro, la Iglesia no podía dejar de cumplir su misión, y ésta se enredaba de facto por la radicalización romántica y violenta de algunos grupos. La misma Iglesia sufrió a estos grupos, pues el que es "foquista" políticamente en la unidad de la vida, también desarrolla un "espontaneísmo foquista eclesial". Ese foquismo eclesial, producto de las crisis post-conciliares, se veía alimentado por las teorías de la secularización, un cierto anarquismo institucional, etc. Todo esto es bien conocido. Pero ya todo este ciclo "foquista", tanto política como eclesialmente, está terminado, vive a lo sumo sus últimos estertores. Sería hora de un balance profundo de sus razones.

Hay varias perspectivas de análisis. Una de las más interesantes es la propuesta por el intelectual católico brasileño: Cándido Méndez, en "Después del populismo. Impugnación social y Desarrollo en América Latina" (F. C. E., México, 1974). Su tesis central es que el nuevo papel del Ejército (en Brasil, Argentina, Perú, no en Chile) se liga al fracaso de los esfuerzos populistas para impulsar el desarrollo industrial. De ese modo, la intervención militar representaría "el último estadio del proceso en el cual se produjeron en América Latina la industrialización, la urbanización y la formación de los mercados internos".

Aquí, como Comblin, Méndez toma de modelo principal al brasileño. Cree también, por otra razones, que el nuevo autoritarismo militar ya no es el de los golpes clásicos del siglo XIX, en "el estadio del proceso colonial-político estancado: aparece en una determinada etapa del proceso de cambio social". Está ligado a la pérdida de aliento de los populismos, a su incapacidad para generar una estrategia de desarrollo industrial a largo plazo. Y esta desintegración de los populismos, según Méndez, es la fuente, es lo que lleva a sectores medios a la

impugnación social violenta. Ella radica en su impotencia política.

No es este lugar para exponer y discutir las tesis de Méndez, que tampoco creo puedan generalizarse demasiado. Sólo la trájimos a colación como índice de otro abordaje a la cuestión de la emergencia de los ejércitos al protagonismo político, la impugnación violenta de sectores medios y los problemas crecientes de la industrialización y los mercados internos. Esta es una dimensión de los problemas que la Iglesia también debe percibir en sus contrariedades, y exigencias, para no dar pasos en las nubes, sino en vez para implantar su misión cristiana de libertad y justicia en una apreciación cabal de los signos de los tiempos que debe enfrentar y entender. Justamente, en este orden de las causalidades internas, importa ver otros significados de la geopolítica de Golbery de Couto e Silva.

#### GEPOLITICA LATINOAMERICANA.

La geopolítica de Golbery está ligada a la industrialización de Brasil, al despliegue del mercado interno, a la conquista del Oeste, despegando definitivamente de las costas atlánticas. En realidad, la actual difusión de la "geopolítica" en América Latina, tiene relación intrínseca con los nuevos retos: la industrialización y la integración. Nos explicaremos brevemente.

La geopolítica contemporánea, como vimos, tiene sus iniciadores en el inglés Mackinder, el norteamericano Mahan y el alemán Ratzel. Está ligada a la formación de un solo sistema político cerrado en toda la Tierra. Así, toda política requiere ahora de perspectivas planetarias, y si puede organizarlas sistemáticamente, eso es mejor que opiniones sueltas y fragmentarias, que serían índices de no estar a la altura de las circunstancias. Esta planetarización política implica de suyo

otro hecho fundamental: el desarrollo de la revolución industrial.

De hecho, la geopolítica nació en las grandes potencias industriales. Es que sólo ellas podían elevarse a perspectivas globales sobre el mundo, sólo las necesitaban en su práctica cotidiana. En cambio, las zonas dependientes, los pequeños países, más pasivos que activos, "reciben" y se inscriben en las geopolíticas de los poderes centrales y no pueden gestar la suya propia. Una acción propia sobre el "mundo" les es puramente literaria, en el sentido de lejana. Claro, las situaciones admiten muchas gradaciones. En ese sentido el proceso histórico latinoamericano es muy expresivo.

Durante el tiempo de los imperios constituyentes español y portugués, hubo "geopolíticas latinoamericanas" de aquéllos, muy conscientes de sí mismas, de admirables perspectivas globales, aunque Kjellen no hubiera inventado aún el nombre. En la Independencia, Bolívar, San Martín y Lucas Alemán, fueron herederos naturales de esa amplitud de miras políticas en la que se educaron. Pero la disgregación del área hispánica en una veintena de república descompuso y redujo a nada esa herencia. En cambio, Brasil mantuvo la unidad, y así la continuidad de las vastas perspectivas geopolíticas que lo fueron configurando. Mantuvo la herencia. Como acotación lateral, no olvidemos tampoco que el gran Alejandro de Humbolt, "segundo descubridor de América hispana", tan admirado por Bolívar, es el abuelo directo de la geopolítica alemana, a través de su discípulo Ritter, maestro de Ratzel.

La atomización de América Latina, su "desarrollo hacia afuera" durante el siglo XIX y parte del XX, la arrastró primero a la órbita de la geopolítica inglesa. Luego norteamericana. Cada uno de los Estados latinoamericanos comunicaba con la metrópoli, pero no había vínculos entre sí. Hubo un extrañamiento recíproco general.

Ese extrañamiento comenzó a romperse con la generación modernista del 900, la primera generación propiamente latinoamericana, desde los tiempos de la Independencia. Allí volvieron a vincularse directamente nicaragüenses, venezolanos, uruguayos, argentinos, bolivianos, etc. y vuelven a plantearse la cuestión de la "unidad latinoamericana". Uno de sus miembros, el más grande historiador católico latinoamericano de la primera mitad de este siglo, Carlos Pereira, fue perfectamente lúcido, desde la irrupción norteamericana en América Latina alrededor del 900, la ligazón íntima entre la industrialización y la geopolítica de Mahan. Todo este conjunto de preocupaciones de la generación modernista fue la que generó la primera geopolítica expresa en América Latina, escrita por un diplomático español, Carlos Malagrida, en 1919. No es sorprendente que la primera visión geopolítica global se hiciera desde España, desde Europa. En efecto, la generación modernista tomó plena conciencia de su "unidad perdida" en Europa y no aquí. Sólo desde su reunión en las "luces del centro" le permitieron percibir la dispersión de los arrabales de donde provenía. En cambio, en América Latina el desarrollo hacia "afuera" impedía esa visión unitiva interna. Si los árboles no dejaban ver el bosque, el bosque podía divisarse desde el atalaya de la metrópoli. Tampoco es sorprendente que su primer formulador haya sido un español, formado en el pensamiento de Ratzel, y contertulio de los modernistas en Madrid, pues conservaba la imagen unitaria del imperio en América, anterior a la fragmentación. Pudo entonces formular una primera visión geopolítica de la estructura latinoamericana.

Pero donde más fruto tendría esta obra de Malagrida sería en Brasil. Una geopolítica global latinoamericana resultaba todavía demasiado abstracta, remota, para nuestras repúblicas dispersas. Era algo alejado de las

prácticas reales, y la unidad se volvía nostalgia declamativa. Literatura de precursores. En cambio Brasil, en su vasta extensión central sudamericana, lindaba con casi todos los países de América del Sur, cosa que no ocurría a los demás. Cuando comenzó a hacerse necesario pensar el desarrollo brasileño, en su totalidad, pensar a Brasil requería pensar también a su vecindad. Y la vecindad concreta de Brasil es toda América del Sur, el gran cuerpo de América Latina. De ahí que fuera un notable brasileño, allá por el año 30, que escribiera la magnífica "Proyección Continental del Brasil". Pero Travassos no sólo recogía a Malagrida, sino a toda su tradición nacional brasileña, a su herencia portuguesa, las visiones de José Bonifacio (precursor de la idea de Brasilia), de sus grandes ingenieros en ferrocarriles y navegación, en toda esa marcha de "interiorización" hacia los vastos espacios vacíos interiores, cuyo gran pionero, el general Cândido Mariano Rondón, consolidara la obra diplomática fronteriza del Barón de Río Branco. Así, Mario Travassos estaba en condiciones óptimas para tematizar de modo sistemático la geopolítica brasileña. En él tomaron plena organicidad global la "marcha hacia el Oeste" proclamada durante el ascenso de Vargas, en los comienzos de la democratización y la industrialización. La tradición geopolítica brasileña tiene, pues, una historia y se asienta directamente en sus raíces nacionales. Se prosigue en un siempre renovado encadenamiento, en los generales Everardo Backheuser y el brigadier Lisias Rodríguez. No tuvo que esperar así, para una sólida tradición intelectual en su Ejército (única en relación a los otros ejércitos latinoamericanos), a la fundación muy posterior de la "Sorbonne". De tal modo Golbery de Couto e Silva se limita sólo a recoger esta herencia y repensarla en las condiciones mundiales de la "guerra fría". Todo este proceso interno explica por qué la geopolítica

brasileña es mucho más madura que la de otros países latinoamericanos.

Todos los otros países de América del Sur tienen "vecindad" muy limitada con sus hermanos, y por ello no sintieron la necesidad de pensar el "conjunto" como cuestión vital; sus ópticas tienen dificultad de trascender lo fragmentario y local. Pero el fin de la etapa del "desarrollo hacia afuera", los impulsos generales de la industrialización, que exige la constitución de grandes mercados internos, les impulsa inexorablemente hacia el "regionalismo", hacia América Latina como conjunto ya necesario, y no puramente literario o nostalgia histórica de los orígenes. Ahora es cuestión de vida o muerte. Surgen así todos los problemas de la "integración", que desde la década del 60 se vuelven de más en más acuciantes. Pero la integración no se hace en una América Latina amorfa política y especialmente, al modo de los enfoques muy abstractos de la CEPAL, sino en un sistema dinámico de Estados en relación.

La industrialización, el freno a ésta por asfixia de mercados internos limitados, el consiguiente impulso hacia la "integración" señala el nacimiento generalizado de la geopolítica en América Latina. Implica el conocimiento de sus procesos interiores. Ella se vuelve necesidad política interna de primer orden. Por eso no puede reducirse a la importación de visiones de la guerra fría desde centros metropolitanos. Hay una necesidad propia de América Latina, que le vuelve exigencia vital mirarse geopolíticamente. Ha terminado en América Latina la era de los "Estados Parroquiales", en el lenguaje de Toynbee, y por ende, la de las "ideologías sin espacio", propias de la etapa del "desarrollo hacia afuera", y la limitada de "industrialización por sustitución de importaciones" que no salía de los ámbitos parroquiales, donde cada Estado creía ser una unidad separada del resto de América Latina.

La tesis expuesta de Seymour Brown se refiere a la crisis de dos estructuras: "las coaliciones de la guerra fría y el sistema de Nación-Estado". Nos estamos ocupando ahora de la que él llama crisis de la "Nación-Estado", en su peculiar inflexión latinoamericana. En Europa se trata literalmente de esa crisis, y ella se debate en el pasaje a una unidad de "nivel continental", para formar un nuevo tipo distinto de "nación europea". En eso está, y si no lo logra, poco peso tendrá en las decisiones históricas venideras a pesar de su gran poder industrial. En América Latina este asunto es parcialmente diferente, pues la nueva unidad continental es igual que la realización de su antiguo origen nacional quebrantado. Aquí, continental y nacional pueden ser lo mismo. Podría así hablarse de una "cuestión nacional irresuelta" de América Latina, sin cuya resolución no habrá auténtico "Poder Nacional". Salvo para Brasil, que es el único que reúne en sí mismo las condiciones continentales mínimas para tener protagonismo histórico, para los otros países latinoamericanos esa inviabilidad se presenta, a la larga, como incontrastable. Como variaciones sobre la dependencia, como persistencia sin bases reales para ser protagonistas de su destino, en toda una gama, es claro, de gradaciones. Tendrán otro destino, en que otros se apropiarán, y no habrá más remedio que aceptarlo como propio. Será entonces otra historia. Cosa, por lo demás, que en la historia ha pasado y pasará infinitas veces.

En el mundo actual, quien no se industrializa a fondo pasa a los márgenes de la historia. El Tercer Mundo lucha por esa industrialización, pero ésta requiere condiciones de despegue mínimos, que casi ninguno de sus países cumple. Sólo grandes "naciones continente" (EE. UU., URSS, China, hoy, una Europa Unida, quizás en un futuro la India, quizás entre nosotros si todo sigue como está, sólo Brasil) pueden pasar a la interdependencia

sin dependencia. De tal modo querer la persistencia de nuestros "Estados Parroquiales" y a la vez la independencia, es algo así como pedir la cuadratura del círculo. Y el que quiere los fines, quiere los medios. Si no, sólo pierde el tiempo en imaginaciones superfluas.

Y no habrá real vigencia, mínima, de los derechos humanos en América Latina si no se procesa a la vez la industrialización y la integración, con toda la revolución cultural que esto supone. Los pequeños países (no en sentido espacial abstracto) de América Latina si no rompen con la estrechez de sus mercados internos no podrán industrializarse y seguir un ritmo de progreso y desarrollo integral. En tanto que los compartimentos estancos de los Estados parroquiales prosigan, no veo posibilidad para que las grandes presiones sociales, para que el nivel de nuestros pueblos puedan ser respondidas en un mínimo de justicia. Esta exige hoy rendimientos industriales adecuados. Si no es así, los derechos humanos se volverán de más en más mitológicos, extremadamente parciales y limitados. Pues la crisis estructural de los actuales Estados parroquiales es tan radical, que proseguir en semejantes estructuras es elegir un estado de crisis permanente. Y una situación de crisis permanente es hacer, en consecuencia, que la presencia militar en nuestros gobiernos se haga no menos permanente. La inseguridad alimenta las doctrinas de la "seguridad", pero como ellas a su vez no son resolución íntima del problema, en tanto se mantengan en las estructuras actuales, es previsible, una noria de seguridades e inseguridades sin salida por plazos demasiado largos. No hay fórmulas "liberal-democráticas" de realización efectiva en Estados encerrados en semejantes contradicciones. Porque ni las vigencias liberal-democráticas ni las Fuerzas Armadas podrán resolver nada si su objetivo es la realización del Estado parroquial, que es hoy lo que está substancialmente en crisis.

Mientras se perpetúen nuestros Estados parroquiales, habrá demasiado escasas y esporádicas oportunidades concretas de desarrollo, justicia social y libertad. Debemos saber esto muy bien, si no queremos ser devorados por el eterno retorno de una denuncia ideal-utópica por la crisis de los derechos humanos y la justicia. Ellos están ligados a la configuración real del Poder Nacional.

Claro, insisto, los procesos de industrialización e integración son muy complejos. Exigen perseverancia, paciencia, firmeza, inteligencia. Exigen elecciones de sacrificio, de objetivos que realizarán algunas obligaciones y postergarán otras. Habrá que discutir la pertinencia, la conveniencia, la viabilidad de tales o cuales objeciones, dentro de una perspectiva en que la libertad y la justicia nunca se desarrollan "integralmente". Pero la realidad de la historia es así. Ese es su drama. La realización cabal, la plenitud de los derechos y obligaciones es un horizonte límite. Es la plenitud de la ciudad de Dios. Entretanto, en la historia imantada siempre por el Reino de Dios, los derechos y obligaciones no son espontáneamente compatibles, la realización de uno implica siempre vulnerar a otro. La tragedia de la historia es que no hay compatibilidad simultánea e inmediata de todas las obligaciones, de todos los imperativos. Por eso las elecciones son siempre sacrificio, por eso están tan cargadas de responsabilidad. Sin embargo, la lucha incesante de la historia, la dialéctica amigo-enemigo, es por cumplir con esa totalidad de la ley y del Espíritu que la anima y da sentido. Es muy arduo cumplir la ley del amor. Así, quisiéramos terminar con unos luminosos pensamientos de Simone Weil:

"La primera necesidad del alma, la que está más próxima a su destino eterno, es el orden. Es decir, un tejido de relaciones sociales tal que nadie se vea obligado a violar obligaciones rigurosas para ejecutar otras obligaciones.

Sólo en este caso el alma no sufre violencia por las circunstancias exteriores. Aquel a quien las circunstancias hacen incompatibles los actos ordenados por varias obligaciones estrictas, sin que pueda defenderse, está herido en su amor al bien. Incompatibilidad entre las obligaciones.

"Quien actúe de manera que aumente esa incompatibilidad es un factor de desorden. Quien actúa de manera que las disminuye, es un factor de orden. Quien, para simplificar los problemas, niega ciertas obligaciones, concierta en su corazón una alianza con el crimen.

"Obligaciones idénticas ligan a todos los seres humanos, aunque corresponden a actos diferentes según las situaciones. Ningún ser humano, cualquiera sea, en circunstancia alguna, puede sustraerse a ellas sin cometer algún crimen, excepto el caso en que siendo de hecho incompatibles dos obligaciones reales, el hombre se vea forzado a abandonar una de ellas.

"La imperfección de un orden social se mide por la cantidad de situaciones de este tipo que encierra... Es en relación con éstas como se mide el progreso.

"Aun en este caso hay crimen si la obligación abandonada no es sólo de hecho, sino además negada."

Esta publicación cuesta editarla,  
envíe su aporte a la Vicaría de la Solidaridad.

**Septiembre 1979.**

---

Impreso en Tall. Gráf. Corporación Ltda.  
Alonso Ovalle 748

---